Ferran Blasi

Para conocer la Biblia

RIALP

PARA CONOCER LA BIBLIA

FERRAN BLASI BIRBE

PARA CONOCER LA BIBLIA

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

© 2008 *by* FERRAN BLASI BIRBE
© 2008 de la presente edición *by* EDICIONES RIALP, S. A.
Alcalá, 290. 28027 Madrid

Cubierta: *Abraham y los tres ángeles* (detalle),
Giambattista Tiepolo. Museo del Prado.
© Foto Aisa

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

ISBN: 978-84-321-3667-2
Depósito Legal: M.

Fotocomposición: M. T. S. L.

Impreso en España Printed in Spain

Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

ÍNDICE

PRÓLOGO 9

EL QUÉ Y EL PORQUÉ DE ESTAS PÁGINAS 13

ÍNDICE DE ABREVIATURAS BÍBLICAS 17

INTRODUCCIÓN A LA BIBLIA 19
Aproximación a la Historia de la Salvación . 19

EL DIOS INVISIBLE SE HACE CONOCER 47
Dios: del Antiguo Testamento al Nuevo 47
El rostro de Dios 51
Un Dios trascendente y próximo 58
El Dios que trasciende los géneros 62
Las tres Personas en el anuncio del nacimiento del Precursor 65
Dios Uno y Trino, en el principio y en la plenitud de los tiempos 67

DE LA CREACIÓN 69
Como un proemio de la Biblia 69
Y Dios creó a la mujer 74
Biología y Biblia 75

Con los Patriarcas 77
El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob 77
La hospitalidad de Abraham 80

Abraham, Isaac y el Hijo de Dios 83
De Jacob a las doce tribus 86

Gente de la Alianza 94
Un buen consejo 94
Añorando las ollas de Egipto 97
Los israelitas y la sobriedad 99
El magnánimo David 102
Naamán, Eliseo y una muchacha judía 106
Hombres y mujeres en la Biblia 108
Tres mujeres israelitas 110
Del retrato ideal de una mujer 112

Profetas: hechos, palabras, escritos 119
Perspectivas proféticas 119
Ecumenismo antes del tiempo 121
Un profeta singular 122
Un tema que apunta: la escatología 124
Tarsis en la geografía bíblica 131

Mirando hacia la época del Mesías 138
Sacerdote y género gramatical 138
La purificación de los pecados en la Antigua Ley 140
Pedir perdón y perdonar 144
El perdón de las ofensas 147
De la cátedra de Moisés a la de Cristo 150
Tiempo de diálogo entre los hijos de Abraham 154

La plenitud de los tiempos ha venido 156
Jesucristo: Dios y Hombre, un Varón Hijo de una Mujer 156
Signos de Jesucristo y de María 158
Las bienaventuranzas: la novedad de la predicación de Jesús 160
Un hombre bueno, samaritano 169
De la parábola del hijo pródigo 175
Parábolas para todos 177
Marta y María 179
La Cruz en la cumbre del Calvario 182
Resucitó realmente 190
Una Pascua cada semana 191

Los Apóstoles y los primeros cristianos 194
De Jerusalén a Gaza: un precedente del autostop 194
Obedecer a Dios antes que a los hombres 197
La vocación de Timoteo 199
El apóstol Pablo en Europa 201
Aquila y Priscila..... 204
En el Areópago 205
Signos de contradicción 208

Perspectivas y síntesis 212
Pablo, los israelitas y Cristo según la carne . 212
El Verbo: continuidad en tres estadios 218
El salto de la Encarnación 219
Otros textos 222
La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros: Juan 1 224
En el Cielo 227
De un cabo al otro de la Biblia, la Trinidad . 230

APÉNDICE: CONOCER LA BIBLIA. Sugerencias para una primera lectura de la Biblia 233

BIBLIOGRAFÍA 253

ÍNDICE DE CITAS BÍBLICAS 255

PRÓLOGO

Un ángel del Señor envió a Felipe a la carretera de Jerusalén a Gaza, a ir al encuentro de un eunuco etíope que regresaba de Jerusalén en su carruaje e iba leyendo el libro de Isaías. Era uno de aquellos a los que los judíos llamaban «prosélitos», los que «vienen» o «se acercan» y se instruyen en la fe de Israel. Felipe le preguntó: «¿Entiendes lo que lees?» El eunuco respondió: «¿Y cómo puedo entenderlo, si alguien no me ayuda?» (He 8, 30-31). Últimamente, sobre todo desde el Concilio, la Iglesia está llena de fieles de buena fe que han oído decir que hay que leer la Biblia, la han comprado y se han puesto a leerla, pero se les cae de las manos porque nadie les ayuda a entenderla. Pues bien: mosén Ferran Blasi quiere hacer de Felipe para tantos y tantos cristianos que, como aquel eunuco, se sienten impotentes delante de la Biblia.

Dos cosas querría hacer notar de su libro. La primera es que está bien escrito. Mosén Blasi es periodista y expresa muy bien aquello que quiere transmitir. Su lenguaje presenta aquella simplicidad

aparentemente natural, que se desliza tan suavemente que la forma pasa inadvertida en beneficio del contenido.

La segunda observación, más importante todavía, es que se trata de una introducción, que quiere decir una entrada, no una salida. A diferencia de las antiguas Historias Sagradas, o de los catecismos, incluso de los manuales de teología, que daban resumido el argumento de los libros sagrados y habían extraído su contenido para que no hubiera necesidad de leerlo (cosa que, como ciertas películas, se consideraba peligrosa para los no suficientemente formados), este libro no es para leer en lugar de la Biblia, sino para animar a leerla y orientarte en su lectura personal. Cualquier libro religioso que pretenda suplantar la lectura de la Biblia es una estafa.

Una vez visitó Montserrat el gran poeta Josep Maria de Sagarra. Reunido con todos los monjes, nos recitó un fragmento de su Poema de Montserrat, publicado hacía poco. A pesar de su voz ronca, declamaba maravillosamente y nos emocionó recitando el pasaje en que el abad Oliba visita Montserrat, contempla la santa imagen y se enamora de ella hasta el punto que decide fundar aquí un monasterio con unos monjes que le canten las alabanzas (la imagen de la Moreneta es dos siglos posterior al abad Oliba y la fundación del monasterio, pero aquella poesía es deliciosa). Después, en reunión más restringida con los monjes escritores de la casa, le preguntaron qué lecturas les recomendaba de entre la literatura contemporánea. Sagarra respondió que no estaba al corriente de ello, porque no quería perder tiempo con unas novelas que comien-

zan por el final, no siguen ningún hilo y no acaban. Lo que él no cesaba de leer —nos dijo— son dos cosas: la historia de Roma y la Biblia, porque «son dos historias que comienzan y acaban». Sagarra pedía a algún amigo entendido una buena historia de Roma, la leía, y cuando la había acabado comenzaba otra. Por lo que se refiere a la Biblia, cada noche, antes de dormir, leía un fragmento, y el día siguiente continuaba allá mismo donde la víspera se había quedado, y cuando llegaba al final del Apocalipsis volvía a empezar por el Génesis (su hijo, el escritor Joan de Sagarra, me confirmó que tenía en la mesita de noche, muy sobada, de tanto manosearla, la Biblia de Crampon, que entonces era la más acreditada entre las francesas).

Hay libros que hay que haber leído*, para no hacer el ridículo si te preguntan si lo conoces, pero la Biblia no es para haberla leído sino para leerla, una y otra vez, cada día, sin parar, del Génesis al Apocalipsis y del Apocalipsis al Génesis, como hacía Josep Maria de Sagarra. Hay que* haber leído *este libro de mosén Blasi (o algún otro equivalente) para aprender a leer provechosamente la Biblia, pero de ninguna manera para no haberla de leer.*

HILARI RAGUER

EL QUÉ Y EL PORQUÉ DE ESTAS PÁGINAS

Trabajar sobre la Escritura —o con la Escritura— ofrece siempre ocasión de experimentar la proximidad de Dios. Constituye un motivo de rendirle gracias por el don de habernos hecho destinatarios de su Palabra, y porque la Providencia ha querido que ésta nos haya llegado así, como ahora la tenemos, bien a nuestro alcance: en la materialidad de soportes tan variados, que responden a los más diversos motivos de interés: en cuanto al texto, a las notas, o en los estudios que sugiere.

Todo esto provoca un sentimiento de reconocimiento a todos los que, a lo largo de los siglos, han contemplado, han sentido, han leído, han tocado, con veneración, con sus manos, los libros de la Biblia —todas sus páginas: el texto, y también el aparato crítico y las notas eruditas, cuando las hay—, y han contribuido en alguna medida al general aprecio y admiración que —digámoslo con un hebraísmo— el libro de los libros, el más excelente de los libros, ha conseguido.

Yo experimento ahora estos sentimientos cuando, teniendo a la vista textos originales —hebreos o griegos— pondero la tarea de quienes, en las ediciones

críticas, han sopesado cada una de las variantes y nos han ofrecido la solución de más probable genuinidad. Y también la labor de quienes, con esta misma devoción a la Sagrada Escritura, han ayudado a plasmar las traducciones más insignes: la de los Septuaginta o la Vulgata, y quienes, en todas las culturas, han tratado de respetar la fidelidad a los originales y dejarse llevar por el genio de la lengua de cada pueblo.

Entre todos, hacen que las equivalencias de cada sintagma o de cada palabra que se van plasmando en el trabajo de los traductores, exegetas o comentadores, se asemejen notablemente y que a este resultado haya contribuido mucho el uso escolar, litúrgico o popular, que ha condicionado aquella evolución, y que se tenga la impresión de que salgan espontáneas de la pericia de los traductores: toda una tradición viva se plasma en unas soluciones que, aun así, vienen cada vez más matizadas por la fidelidad a aquellos preciados originales, que son siempre una obligada referencia.

Todo lo ha conducido aquella Providencia, que se manifestó a la sombra del Arca de la Alianza, del Templo, de la Sinagoga o en los comentaristas —los sacerdotes o los escribas—, en sectores o agrupamientos socio-religiosos, o religioso-culturales, sociales, a los que se ha llamado sectas —denominación que deriva del hecho de seguir a una persona, a una norma o a un estilo, como eran las de los fariseos, los saduceos, o los esenios de Qumram, dentro de los límites de un pluralismo que ya apuntaba.

Toda aquella revelación, fragmentaria y de varias maneras, a través de los profetas, tenía que culminar en la Plenitud de Cristo (cfr. Heb 1, 1), y en una tradición que, procedente de él, avanzaba en el tiempo, a través de los Apóstoles, y era guardada en el depósito vivo y dinámico de la Iglesia, en su magisterio,

en una prolongación de la función del Colegio de los Apóstoles, donde Pedro tenía la primacía, con la misión recibida de custodiarla e interpretarla.

En cualquiera caso, estas cosas que aquí se escriben quieren ser una aplicación de aquella recomendación de Pablo, cuando dice a Timoteo, que «toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir, y para educar en la justicia» (2 Tm 3, 16), tanto con respecto a un Testamento como al otro. Y esto vale para todo el que la lee, y obviamente de una manera especial, para el que la escudriña y la trabaja.

Y ojalá estas páginas —que en parte tienen la ilusión de ofrecer instrumentos de trabajo, y también alguna degustación, por aquí y por allá— puedan servir para confirmar en la práctica esta afirmación del Apóstol, y de una manera que resulte estimuladora y grata.

Este volumen se ha propuesto recoger algunas muestras de estima por la Escritura, que han tomado forma con motivo de repetidos cursos de introducción a la Biblia y de presentación de síntesis de la Historia de la Salvación.

Junto con mi homenaje a la Palabra de Dios escrita que nos ha llegado, se han añadido distintos ejemplos de la atención prestada al contenido de algunos libros bien característicos de ambos Testamentos.

El autor desearía que fuera una anticipación del que, por su cuenta, el lector podrá continuar haciendo[1].

---

[1] El autor quiere hacer notar que el método seguido en el presente libro, ya ha procurado utilizarlo en otras publicaciones anteriores, como por ejemplo: *Sin pausa* (Bíblicas), Ediciones Rondas, Barcelona 1999; *La ética de cada día* (Teológicas), id., 1996; *Desde la atalaya* (El hecho religioso), id., 1994; *Al paso de los días*, id., 1989; *El tiempo de una pausa*, id., 1988, con un enfoque periodís-

En algunos casos se trata de una lectura hecha con una particular reflexión o relacionando unos textos con otros de varias épocas, y encontrando analogías. Y esto ha llevado a veces a descubrir cómo algunos valores que se han desarrollado vigorosamente en el Nuevo Testamento tenían ya sus raíces en el Antiguo.

No ocultamos tampoco que en algún punto nos hacemos eco de aquello que tal vez también otros hayan presentido: que ciertos pasajes protagonizados por los patriarcas o los profetas tengan su culminación en la época inaugurada por Cristo.

Y teniendo en cuenta que un poco antes, en la misma epístola, Pablo relaciona «las Sagradas Letras» —y estamos seguros de que tenía en la mente tanto las del Testamento anterior como las del más nuevo y definitivo— con «la sabiduría que lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús» (v. 15), y esto no puede dejar de ser así porque Jesucristo —que lleva al Padre, en el Espíritu— es la clave, la cifra, para captar todo el sentido de las Escrituras.

Que María, que concibió en su seno al Verbo, la Palabra, el Hijo del Padre, hecho Hombre, por obra del Espíritu Santo, y que meditó en todas estas cosas —todo lo que se refería a la Encarnación y a la Redención (Lc 2, 19)—, nos quiera ayudar a nosotros a sacar el sentido de todo ello.

FERRAN BLASI

---

tico; y en *Los nombres de Cristo en la Biblia*, Eunsa, Pamplona 1993, desde una perspectiva teológica y de manera monográfica. Entre todos estos libros se puede completar la temática que en éste se apunta.

ÍNDICE DE ABREVIATURAS BÍBLICAS

Ab	Abdías
Act y He	Actos (o Hechos) de los Apóstoles
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis (o Revelación)
Ba	Baruc
Col	Carta a los Colosenses
1 Cor	Primera carta a los Corintios
2 Cor	Segunda carta a los Corintios
1 Cr	(1 Par) Primer libro de las Crónicas (o 1 Paralipómenos)
2 Cr	(2 Par) Segundo libro de las Crónicas (o 2 Paralipómenos)
Ct	Cantar de los Cantares
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ecle	(o Qoh) Eclesiastés (o Qohelet)
Ecli	(o Sir) Eclesiástico (o Sirácide)
Ef	Carta a los Efesios
Esd	Esdras
Est	Ester
Ex	Éxodo
Ez	Ezequiel
Fl	Carta a los Filipenses
Flm	Carta a Filemón
Ga	Carta a los Gálatas
Gn	Génesis
Ha	Habacuc
Heb	Carta a los Hebreos
Is	Isaías
Jac	Carta de Santiago o Jacobo
Jb	Job
Jd	Carta de san Judas
Jdt	Judit
Jl	Joel
Jon	Jonás
Jn	Evangelio según san Juan

1 Jn	Primera carta de san Juan
2 Jn	Segunda carta de san Juan
3 Jn	Tercera carta de san Juan
Jr	Jeremías
Js	Josué
Jue	Jueces
Lc	Evangelio según san Lucas
Lm	Lamentaciones
Lv	Levítico
1 M	Primer libro de los Macabeos
2 M	Segundo libro de los Macabeos
Mc	Evangelio según san Marcos
Mi	Miqueas
Ml	Malaquías
Mt	Evangelio según san Mateo
Na	Nahum
Ne	Nehemías
Nm	Números
Os	Oseas
1 Pe	Primera carta de san Pedro
2 Pe	Segunda carta de san Pedro
Pr	Proverbios
Ps	Salmos
1 R	Primer libro de los Reyes
2 R	Segundo libro de los Reyes
Rm	Carta a los Romanos
Rt	Rut
1 S	Primer libro de Samuel
2 S	Segundo libro de Samuel
Sa	Sabiduría
So	Sofonías
Tb	Tobías
1 Te	Primera carta a los Tesalonicenses
2 Te	Segunda carta a los Tesalonicenses
1 Tm	Primera carta a Timoteo
2 Tm	Segunda carta a Timoteo
Tt	Carta a Tito
Za	Zacarías

Vg Versión latina Vulgata

INTRODUCCIÓN A LA BIBLIA

APROXIMACIÓN A LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

Historia, Historia Sagrada e Historia de la Salvación

En otros tiempos se hablaba de Historia Sagrada, y se entendía como tal la historia de las relaciones entre Dios y los hombres, desde los mismos orígenes de la humanidad hasta la plenitud de los tiempos. Estaba señalada por la Encarnación del Hijo de Dios (cfr. Ga 4, 4), y su paso por la tierra, que culminaba en los misterios redentores de la Pasión, Muerte y Resurrección, y continuaba con la primera expansión de la Iglesia, en la época de los Apóstoles, al final de la cual, con la muerte del último de éstos quedó cerrada la revelación pública. También se tenían en cuenta las alusiones que, en la predicación de Jesucristo, se hacían a la resurrección de la carne y a la consumación del mundo, que traía consigo el paso de la fase terrena de la vida de la Iglesia a la celestial.

Como materia diferente se estudiaba la Historia de la Iglesia, que en sus primeros momentos coincidía con las últimas fases de esa Historia Sagrada, y que en cada época llegaba hasta el momento en que se escribía.

Actualmente se habla más bien de Historia de la Salvación, que tiene un carácter más amplio y omnicomprensivo, ya que se puede pensar que no se da una separación entre una historia profana y otra sagrada, sino que las dos, de una manera o de otra, forman parte de la Historia de la Salvación. Dios mueve la historia, en su providencia, respetando la libertad humana, y la autonomía de las realidades terrenas, para que en su contexto los hombres y mujeres del mundo puedan encontrar la fe, y con ella la salvación.

La historia empieza propiamente cuando, con la creación —del hombre y la mujer, y de su hábitat: el universo sensible— empieza el tiempo, como medida del movimiento, según la clásica definición. La historia es el contexto temporal del hombre, y se desarrolla desde el principio de la humanidad hasta la consumación de todas las cosas.

La Historia de la Salvación viene a ser como una consideración teológica del tiempo, en las coordenadas espacio-temporales en que se produce el encuentro de cada hombre y cada mujer con Dios: con la valoración de los hechos que ya han sucedido: el ayer; la prospectiva del futuro: el mañana, en base a las enseñanzas y predicciones de Jesucristo y los Profetas; y la iluminación del presente: el hoy.

El paso del tiempo —el curso de la historia— lleva a la afirmación de la realeza de Cristo, a su do-

minio sobre la historia, especialmente en su etapa final, cuando después de que todas las cosas le hayan sido sometidas, las entregará al Padre para que Dios sea todo en todos (cfr. 1 Cor 15, 28).

En el curso de la historia se manifiestan, de una manera o de otra, Dios Creador, el Hijo Encarnado, y el Espíritu Santo Santificador— y por eso se puede decir que la Historia de la Salvación es como una biografía de la Santísima Trinidad en sus relaciones con los hombres y el mundo en que habitan.

Y estas acciones de Dios, que se realizan *ad extra*, es decir, que tienen efectos hacia fuera, como la creación y la conservación del mundo o la santificación de los hombres, son comunes a las tres Personas, pero en algunos aspectos se atribuyen a cada una de ellas. Y así, Dios se muestra especialmente como Creador y Padre —de su Pueblo y de todos los hombres—; y como Redentor y Señor del Universo, en el Hijo, a partir de la Plenitud de los tiempos; y en el Espíritu Santo —Espíritu del Padre y del Hijo—, como Vivificador —alma del Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia—, en toda la época de construcción de ésta, desde la Cruz, y de una manera especialmente visible, desde Pentecostés, hasta el fin.

La Historia de la Salvación y la Encarnación

También, de algún modo, se puede comparar la Historia de la Salvación, analógicamente, con el misterio de la Encarnación. Así como con ésta, se unen en la Persona del Verbo las dos naturalezas, divina y humana, inseparablemente, pero sin confu-

sión, en la Historia de la Salvación, Dios se hace presente en la historia humana, respetándola, sin violentarla, de manera que para todos los hombres el momento que viven es la historia de su vida y de su relación con los demás hombres y mujeres. Y es la historia de su propia salvación, tanto si ésta se alcanza con la profesión completa de la propia fe, en la entrada en la Iglesia, instrumento necesario de Salvación, por el bautismo, como si la pertenencia a ella, se realiza con un deseo, explícito o implícito, casos todos, en que, de una manera o de otra se verifica el aforismo «*extra Ecclesiam nulla salus*», fuera de la Iglesia no hay salvación.

Para muchos una historia personal aparentemente profana, es también su propia Historia de la Salvación, y una ayuda a los demás para que hagan de la suya, el contexto de su salvación.

Puede ser útil considerar algunos pasajes de los primeros capítulos de la *Gaudium et Spes*, en los que se ve el papel central de Jesucristo en la historia: «la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se encuentra en su Señor y Maestro» (n. 10). Ver especialmente los textos en que se señala que «el Hijo de Dios, con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre» (n. 22).

De hecho Jesucristo está en relación con toda la historia humana, desde la creación: Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo— crea todo «por medio de Él», «Él estaba en el mundo, y el mundo ha sido hecho por Él» (Jn 1), y desde toda la eternidad formuló su designio de llamar a los hombres a ser santos e irreprehensibles, en Él (en Jesucristo), en su presencia, y a entrar en su misterio, y a formar parte de su Cuerpo (cfr. Ef 1).

Para ello, determina crear al hombre y a la mujer, y prepararles un hábitat: hace surgir todas las cosas del mundo, y vio Dios que todo era bueno, muy bueno (Gn 1). Eleva al hombre —varón y hembra— al orden sobrenatural, de manera que este orden sobrenatural no se confunde con el natural: lo perfecciona, pero se distingue de él. Los diversos dones de Dios son de varios tipos: naturales —los que son consecuencia de estar compuesto el hombre, de cuerpo físico, con sus sentidos corporales, y de alma espiritual, con sus potencias anímicas: la inteligencia y la voluntad, y dotado de libertad—; preternaturales —los que están en el extremo límite de la naturaleza, pero no son exigidos por ésta, como la inmortalidad o la inmunidad respecto a las enfermedades—; y sobrenaturales, que son de orden superior, y a través de ellos es llamado el hombre a formar parte de la familia de Dios: la participación de la vida divina, por la gracia, y las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo. En el paraíso se dio como un anticipo de la felicidad del cielo, que quedaba patente en la familiaridad que había entre el hombre y Dios.

Con el pecado del primer hombre, Adán, se perdieron los dones preternaturales y sobrenaturales, pero se conservaron los naturales, y así el hombre conserva la libertad, para actuar en el terreno moral, si bien experimenta dificultades para obrar rectamente, y su naturaleza está como vulnerada, pero no corrompida.

Promesas y pactos

Después de la caída, Dios hace entrar en este mundo un primer rayo de esperanza, y promete un redentor (Gn 3, 15), que está aludido en el anuncio de las enemistades perpetuas entre la serpiente —el tentador— y la mujer y la descendencia —el descendiente— de ésta (cfr. Gn 12, y también Ga 3, 16).

Además de hacer estas promesas consoladoras, que están todavía muy lejanas en su cumplimiento, Dios establece alianzas: con Adán y Eva (Gn 2 y 3), incluso con Caín (Gn 4, 15) y, después del diluvio, con toda la humanidad, entonces materialmente presente en Noé y en las demás personas que se habían salvado en el arca (Gn 9).

Abraham y los patriarcas

Pasado un largo período que podríamos llamar de prehistoria, en la región que se denominó Mesopotamia, Dios llama a un hombre, Abraham, unos 18 a 20 siglos a. de C., para que sea el padre de un pueblo numeroso, y le promete que en él, en su descendencia —en su descendiente por antonomasia (Cristo, como explicará en su día San Pablo (Ga 3, 17)—, serán bendecidas todas las tribus de la tierra (cfr. Gn 12, 3). Con él establece la alianza de la circuncisión (Gn 17). A Abraham y Sara, su esposa, Dios les concede un hijo, Isaac. Ese Pueblo de Dios está llamado a ser muy numeroso, y capaz en su momento de entrar en la tierra de Promisión. Será el pueblo elegido, un pueblo peculiar, propiedad de Dios, como le dirá

más adelante a Moisés. Después de Abraham, recibirán parecidas promesas Isaac y Jacob.

Jacob, antes de morir, pronuncia una bendición para cada uno de sus hijos —los que ha tenido con Raquel, con Lía, y también los dos hijos de José—, y entre ellas destaca la dirigida a Judá: le dice que «no será arrebatado el cetro, de Judá, ni el báculo de entre sus pies, hasta que venga aquel del cual es propio y a quien pertenece la obediencia de los pueblos» (Gn 49, 9-10), texto en el cual se ha podido ver una lejana alusión al futuro Mesías, que será de esa tribu, y dentro de ella, de la familia de David (cfr. 2 S 7, 14).

Una serie de episodios anecdóticos llevan a Jacob y a sus hijos a Egipto, donde encontrarán al que habían perdido, José, y con su ayuda, y con largos años de estancia allí se multiplican y se convierten en ese gran pueblo, capaz de conquistar la tierra que Dios le ha prometido.

Moisés

El paso de la cautividad de Egipto a la libertad de la Tierra de promisión, lo dirige Moisés (unos 15 siglos a. de Cristo), siguiendo las instrucciones de Dios. En las conversaciones con éste en el Monte Horeb, Dios le comunica su nombre —Yahveh—, el llamado tetragrama divino, por las cuatro consonantes que lo componen, que significa «Yo soy el que yo soy», y con él denominarán los israelitas al Dios único (Ex 3, 14). Moisés transmite al pueblo las instrucciones de Dios, y se prepara la salida de Egipto. Se instituye y se celebra la Pascua (Ex 12, 43-51), y

tiene lugar el paso del Mar Rojo. Con este hecho Dios los libra de los perseguidores egipcios, pero no los introduce todavía en la Tierra prometida, ya que en su Providencia cuenta con la peregrinación de cuarenta años por el desierto, durante los cuales los israelitas cobran conciencia de pueblo, se formulan los pactos con Dios, que son las Alianzas, y se sientan las bases para la futura evolución de sus instituciones. Es una época marcada por la vigencia de la Ley llamada de Moisés, y la fidelidad a la Alianza.

Las vicisitudes de la peregrinación por el desierto, y también la promulgación de la legislación básica, se narran en algunos libros del Pentateuco: en el Éxodo, los Números y el Deuteronomio. En éste y en el Levítico se encuentran también las normas que, en el espíritu de Moisés, se irían desarrollando a medida que se presentaban las necesidades en materia religiosa, o en la convivencia social y política.

Moisés protagonizó distintos episodios que han dado lugar a relatos en los que se describe un hecho real en el cual una persona, cosa o hecho histórico es el tipo —un símbolo, una figura, una anticipación— de otra que se cumplirá en el Nuevo Testamento: el maná (Ex 16, 15; Jn 6, 49-50), de la Eucaristía; la serpiente de bronce, de la Cruz (Nm 21, 8; Jn 3, 14); y el agua que brota de la peña (1 Cor 10, 4; Ex 17, 6), de la vida sacramental.

En la Tierra de promisión

Es Josué quien, como sucesor de Moisés, capitanea la entrada en la Tierra prometida, después del

paso del Jordán —prodigio que recuerda el del Mar Rojo— y de la caída de la primera ciudad fuerte: Jericó.

Ahora habrá que ocupar todo el territorio y hacer efectiva la división de la Tierra, a uno y otro lado del Jordán, de acuerdo con el que había sido establecido previamente, entre once de las doce tribus, puesto que la de Leví vivirá de las aportaciones de sus hermanos.

Otra vez se da un hecho lleno de significación: la conquista de la Tierra prometida es una anticipación de una realidad futura, en este caso, la de la verdadera Tierra de promisión, la fase celestial del Reino de Dios, el Cielo.

Los Jueces

Se entra en un período, el de los que se denominan Jueces (Shophetim), en el cual cada tribu vive de manera autónoma, pero cuando se presenta alguna necesidad que afecta a todas las otras —la de defenderse ante un peligro externo o eliminar algún foco de resistencia—, surge un caudillo que une los esfuerzos de todos, y acabada la operación, se retira a su territorio. Son los más conocidos: Gedeón, Jefté, Sansón y Samuel. También se distinguió por su valor una mujer, Débora.

El libro de los Jueces recoge muchas enseñanzas con contenido ético, entre los cuales destacan la fe o las virtudes morales de algunos de estos hombres de Dios.

El Reino

El último de los jueces, Samuel, al mismo tiempo carismático y hombre de gobierno, facilita el paso a la monarquía. Primero unge a Saúl y después a David, la vida del cual, como se recuerda gráficamente, cabalga sobre el año 1000.

La vida de Samuel se detalla en los libros primero y segundo de Samuel. En el primero destaca su vocación (1 S 3) en un contexto en el que se hace una semblanza de una mujer ejemplar, su madre Ana (id 1 y 2), la cual, por varios motivos, hace pensar en la Virgen María, especialmente por el contenido de su cántico de acción de gracias, que tiene acentos que recuerdan el Magníficat, y en el cual se hace una interpretación de la acción de Dios en la historia de su pueblo (id 2).

Es sugestivo el pasaje en el cual, Samuel, primero se resiste (id 8), y después, con anuencia de Dios, accede a la petición del pueblo israelita que le pide un rey.

David y Salomón

Con David, y su hijo Salomón, alcanza Israel su máximo esplendor. El primero muestra particularmente sus dotes poéticas y musicales con la composición de muchos de los 150 salmos que constituyen el Salterio, y Salomón, además de escribir salmos y otros textos especialmente bellos, de género poético y didáctico, construye el Templo de Jerusalén. Ambos, además de ser antepasados de Jesucristo, pueden considerarse, por diversos motivos, como figuras,

símbolos o tipos, del Mesías Rey, y el Reino, único, una imagen del Reino de Dios, que será la Iglesia, la cual, sin solución de continuidad permanecerá eternamente en la fase celestial del Reino de los Cielos.

Muchos episodios de la vida de David se encuentran en el segundo libro de Samuel y en el primero de los Reyes, y en el primero de las Crónicas o Paralipómenos, y en concreto las contrariedades a que tuvo que hacer frente antes de ejercer su realeza, su práctica de las virtudes humanas, entre ellas la amistad o la generosidad, y también, junto con la debilidad humana que se manifestó en el pecado, un sincero espíritu de penitencia (cfr. 2 S 11 y 12), que empapa el salmo 51 (50)[2].

Los hechos de Salomón, están en el segundo de los Reyes y en el segundo de las Crónicas. En su vida se combinan también cualidades excelsas y debilidades: sabiduría, magnificencia a la hora de construir un Templo para Yahveh, y celo por la casa de Dios, y en un cierto momento, una infidelidad a Dios, por influencia de los cultos idolátricos de sus esposas extranjeras.

Judá e Israel

Los pactos entre Yahveh y su Pueblo siguen vigentes, pero a menudo el pueblo no es fiel a los mis-

---

[2] Como es sabido, no coincide siempre la numeración de los salmos en el texto hebreo y en las versiones griega y latina y en las modernas, porque algunos de ellos se dividen y otros, en cambio, se juntan. Por esto, en general, los citaremos según la doble numeración, cuando la tengan.

mos, y Dios envía calamidades colectivas para provocar su retorno a Él. En el caso de Salomón, influyen sus pecados de idolatría, a causa de la influencia de los dioses de sus mujeres extranjeras. Estas cosas provocan, a manera de castigo, o de pena medicinal la división del Reino, en otros dos: el de Judá, en el Sur con capital en Jerusalén, y el del Norte, Israel o Samaría, con capital en Siquem. Se hace así más difícil defender, tanto la integridad territorial como la fidelidad a la Ley. Surgen profetas que tienen una gran importancia: Elías y Eliseo, que protagonizan numerosos hechos anecdóticos, a veces sorprendentes. Elías, que fue arrebatado en un carro de fuego, y del que no consta que haya muerto (2 R 2, 11-14), se relaciona con una posible venida suya en los tiempos mesiánicos o escatológicos (cfr. Mt 16, 14; Mt 17, 3 y 17, 11; cfr. Mc 8, 28: Ml 3, 23-24).

Los profetas

La de los profetas es una institución que tiene un germen en el pasaje de Dt 18, 9-22, en que Yahveh promete que suscitará un profeta. Dice Moisés: «un profeta, de entre tu gente y tus hermanos, como yo, te suscitará el Señor, tu Dios: a él escucharás». Anuncian a veces los futuros desastres, pero también la ayuda de Dios, y cumplen la misión de predicar la conversión, y la fidelidad al Dios de Israel, y hacen al mismo tiempo un llamamiento a vivir una religión más interior y auténtica, que no se limite a las observancias externas, para superar el peligro que la letra de la Ley ahogue el espíritu. De ellos, unos exponen

su mensaje sólo de palabra, y con sus actuaciones, y otros, además, escriben libros que formarán parte de la Biblia.

Son estos los profetas posteriores, que se diferencian de los grandes personajes de la historia de Israel, cuyos hechos se relatan en libros que en el canon de los judíos se llaman de los profetas anteriores (Josué, Jueces, Samuel, Reyes, etc.), o libros históricos, en el de los cristianos. La época característica del profetismo —de los profetas que se denominan, mayores y menores, según la extensión de sus escritos ya que no siempre por su importancia— es la que vivía pendiente, para aquel presente y para el futuro, de las invasiones de las tierras de Judá y de Israel, por parte de los imperios vecinos (asirios y caldeos), de las calamidades que esto había de provocar, de las deportaciones a tierras extranjeras, pero también de la liberación que vendría en su día con la entrada en escena de los persas. Y estas cosas en un período que va desde el siglo VIII a. C. hasta el s. VI, donde se sitúa el exilio de Babilonia y el retorno a la Patria, que hizo posible el Decreto del emperador persa Ciro el Grande, tras conquistar Babilonia el 538.

Surgen en aquella época las figuras de Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, el contenido de algunas de cuyas obras plantea problemas de índole historicocrítica con el fin de averiguar posibles elementos diferentes o capas de material de distintas épocas, quizás consecuencia de varias actualizaciones, encaminadas a fortalecer el mensaje del profeta en las circunstancias cambiantes. Y esto se ha planteado especialmente en relación con tres partes del libro de Isaías —se ha hablado de un Proto-Isaías, de un

Deutero-Isaías y de un Trito-Isaías—, y con el género literario de Daniel, por si hubiera una parte que presenta al personaje histórico en la Babilonia del exilio, otra, la de los sueños y de las visiones, que tendría un carácter apocalíptico, y la de los fragmentos deuterocanónicos, llamados así por el hecho de no ser unánimemente reconocidos como canónicos en un primer momento, porque no estaban en el canon de los judíos, de manera que el carácter oficial vino en un segundo momento.

Y aquí y allá, en su contenido se encontraría un afán de dar nueva esperanza al pueblo que, tras las vicisitudes con los imperios del Medio oriente más arriba indicados, tenía unos enemigos que resultaron más temibles: los seléucidas, continuadores del Imperio que instauró en aquellos lugares, Alejandro Magno, en el s. IV a. C.

Y cosas parecidas sugerirían los otros 13 profetas, en muchos de los cuales, junto a las características propias de aquel género, se podrían ver alusiones muy interesantes al futuro, a los tiempos escatológicos. Pensamos, por ejemplo, en Joel, y en la efusión del Espíritu, que anuncia (3, 1-5), de la cual habla Pedro el día de Pentecostés (Act 2, 17-18), en la que no habrá discriminación por razón de sexo o de condición social: «derramaré mi Espíritu sobre todo el mundo»: «vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán», «sobre mis siervos y mis siervas». Y también a su descripción del juicio de los gentiles que han vejado al pueblo de Israel, que se ha de hacer en el Valle de Josafat, y que ha dado lugar a viejas interpretaciones populares.

Invasiones

Los correctivos divinos vienen a menudo aplicados a través de los ataques de los imperios vecinos: Egipto, Asiria, Caldea. Debilitado el país debido a la división, más fácilmente cae en poder de sus enemigos. Primero son los asirios los que invaden el reino del Norte, y después los caldeos, el del Sur; Jerusalén y su Templo son destruidos, y tiene lugar la deportación a Babilonia, en el s. VI a. C.

El exilio y la restauración

El exilio de Babilonia constituye una de las pruebas más decisivas para la pervivencia de Israel como pueblo, y para su fidelidad con Dios. Mucha de la literatura bíblica, especialmente de los profetas, tiene como ocasión esa cautividad. La misma interrupción de la vida social, cultural y religiosa de Israel hizo necesaria una restauración, que estuvo a cargo de Esdras y Nehemías, en el siglo V a. C. Y la amplitud que tuvo su tarea pudo llevarles a hacer cambios y adaptaciones de las instituciones, a actualizarlas, y tal vez influir decisivamente en la definitiva redacción de algunos libros de la Sagrada Escritura.

A partir de ellos, se presta una atención especial a la lectura y comentario de la Palabra de Dios, en medio de un ritual en el que tiene también su importancia el canto, y para ello se promueva la contrucción y organización de sinagogas, a lo largo de la geografía de Palestina, y aun de los países extranjeros, en la diáspora.

Se ha aludido a ellos, a propósito de David y Salomón, puesto que este es un género literario que los dos grandes reyes cultivaron, y a menudo los libros de este carácter que hay en la Escritura y que se escribieron después, se apoyan en el prestigio de uno u otro de estos dos monarcas, e incluso se hace la ficción literaria admitida no raramente en esta época, de atribuírselos (pseudoepigrafía). Volvemos a referirnos a ellos aquí, fuera de una línea propiamente cronológica, puesto que, en buena parte, se escribieron cuando se fue normalizando la vida de Palestina, tras el regreso del cautiverio, en una época en la cual en la organización de la vida en el pueblo de Israel se dio una importancia creciente a la literatura, especialmente a la que se escribía con finalidad didáctica, y los tiempos llevaban a una mayor relación con los pueblos vecinos, y que por Providencia de Dios serían los de la parte del mundo de civilización griega, donde se cultivó en gran medida la sabiduría humana, y dentro de ésta, la filosofía y, con ella, también la ética.

Y todo esto había de favorecer en la plenitud de los tiempos, la irrupción del cristianismo, con sus raíces judías, y su trasplante en el mundo grecolatino. Mencionamos aquí —además de muchos Salmos y Proverbios— el Cántico de los Cánticos, y el Eclesiastés (o Qohelet), que se han querido relacionar con los dos mencionados reyes, y el Sirácide (o de Jesús, hijo de Sira, o Eclesiástico), y el libro de la Sabiduría. También tiene este carácter, el libro de Job. Y en el canon judío se considerarían de este gé-

nero, largas porciones del libro de Daniel, que no destacan por un carácter profético o no tienen un aire apocalíptico.

Griegos y romanos

Las invasiones extranjeras que nuevamente constituyeron un peligro para la identidad nacional y religiosa estuvieron a cargo de los sucesores del emperador griego Alejandro Magno (s. IV a. C.), los seléucidas, que provocaron la insurrección de los Macabeos. Y las nuevas circunstancias creadas ofrecieron ocasión a los romanos para que entraran en contacto con los asuntos de Palestina, cosa que sucedió con Pompeyo, en el siglo I a. C. Son decisivos los dos últimos siglos del Antiguo Testamento, en que ocurren muchos acontecimientos, se escriben libros de la Escritura en griego —como el de la Sabiduría— se hace en Alejandría la versión de los Septuaginta, que utilizaron los judíos de la diáspora y más adelante los autores inspirados del Nuevo Testamento que citaron el Antiguo Testamento y también muchos escritores eclesiásticos y Padres de la Iglesia. Se produce una influencia de la lengua, la filosofía y la cultura griega en el mundo judío, que facilitará, después de Jesucristo, la difusión de la doctrina y de la vida cristiana por el mundo griego, y con esto una proyección más universal del mensaje de la Redención.

En las áreas mediterráneas del Imperio romano, de cultura griega y latina, se dieron unas condiciones óptimas para un desarrollo de la filosofía y del

derecho, con un equilibrio entre el magisterio y la libertad, la observación y la abstracción, especialmente en todo aquello que servía para el conocimiento del mundo y la valoración moral de la conducta humana, y también para ordenar las relaciones entre las personas con la elaboración de los derechos y deberes respectivos, en las situaciones cambiantes de la vida y en la formulación de los principios del derecho natural.

Qumram

El descubrimiento, a partir de 1947, en las cuevas de Qumram, de las bibliotecas que habían existido en la comunidad a la cual se da este nombre, en el desierto de Judá, cerca del Mar muerto, será uno de los hechos más importantes en la historia de la crítica textual del Antiguo Testamento, y constituirá una confirmación de la genuinidad de los textos que se habían recibido de la tradición hebraica. En efecto, de los manuscritos encontrados en estas cuevas, por lo general en muy buen estado de conservación, muchos son rollos enteros: grandes piezas de papiro o de pergamino que se enrollan sobre un eje central y se desenrollan para hacer la lectura. Comprenden la casi totalidad de los textos hebraicos del Antiguo Testamento; otros son comentarios a libros de la Biblia; y hay algunos que se refieren a temas propios de la comunidad que los utilizaba. La datación de estas copias se sitúa en un periodo comprendido entre el siglo II a. C. y el II d. C. Conviene notar que, a excepción de algunos pocos fragmentos, an-

tes de estos sensacionales descubrimientos, las copias más antiguas de la Biblia hebraica eran de una época muy tardía: de cuando los escrituristas denominados masoretas, a partir del s. VI después de Jesucristo, establecieron el texto que, por razón de ellos, ha recibido el nombre de masorético.

El mayor interés de los hallazgos de Qumram ha sido el de comprobar que el «*textus receptus*» de las biblias hebraicas —es decir el que es copia o se imprime, tomándolo del que en su momento se estableció después de un trabajo de crítica textual— coincide sustancialmente con el que se ha encontrado en la segunda mitad del siglo XX.

Es posible que la comunidad de Qumram, caracterizada por una espiritualidad de carácter esenio, iniciara su existencia con los judíos fidelísimos que, escapando de los perseguidores griegos, huyeron al desierto. Su profundo ascetismo no debió de estar lejos del que vivió Juan el Bautista, que llevó su vida penitente también por esos lugares.

Está lejos de haber sido probado que algunos fragmentos minúsculos que se relacionan con Qumram pertenezcan a libros del Nuevo Testamento.

Hacia el Nuevo Testamento. La plenitud de los tiempos

A partir de todo este tiempo, se va produciendo, despacio, el paso a unas circunstancias en las cuales el pueblo de Dios del Antiguo Testamento se integrará en el nuevo pueblo de Dios; el Reino de David se hará realidad en el Reino de Dios o de los Cielos;

la Asamblea o Comunidad del Señor —la Qahal Yahveh— tendrá su continuidad en la Ekklesía de Jesús. El evangelio de san Lucas sobre todo, y también el de Mateo, presentan personas que salen al encuentro del Mesías, del Dios encarnado: el anciano Simeón y Ana, la profetisa; María y José y sus familias, como Zacarías e Isabel, los padres de Juan Bautista.

Con todo, esta plenitud de los tiempos tiene dos momentos señalados: el de la Anunciación a María —cuando el Verbo se encarna en sus purísimas entrañas por obra del Espíritu Santo (Lc 1, 26-38)— y su nacimiento en Belén (Lc 2), porque «cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, constituido bajo la Ley para redimirnos de la esclavitud de la Ley y concedernos la adopción de hijos de Dios» (Ga 4, 4).

Y los mismos evangelios sitúan estos acontecimientos en la geografía y en la historia —en el contexto judío y romano de una zona del mundo helenizada, que es un cruce de caminos— y subrayan así la dimensión también histórica de Jesucristo, y nos permiten fijar el año del nacimiento de Cristo: el que será tomado como año 0 de la era cristiana. Los evangelistas nos ofrecen unos datos que se pueden combinar adecuadamente —con razonamientos lógicos y cálculos fáciles— y darnos una respuesta. En efecto, Lucas, en la referencia solemne que hace del inicio de la predicación de Juan el Bautista, dice que fue el año 15 del imperio de Tiberio César, y sabemos que éste sucedió a Augusto, si bien hay que tener en cuenta que aquellos años se pueden contar a partir del momento en que Augusto lo llama como adjunto, o dos años después, cuando muere. Y des-

pués, se dice, como de paso, que Jesús tenía, aproximadamente 30 años cuando fue a hacerse bautizar por Juan.

Y todavía hay otra fecha precisa —la da el historiador judío Flavio Josefo— que es la muerte de Herodes el Grande que, con toda seguridad aconteció tras el nacimiento de Cristo, por lo que otro evangelista, Mateo, cuenta a propósito de los Magos, que van a verle (c. 2). Es decir, que el año 0 de la era cristiana se puede fijar con una estimable aproximación. Y, por principio, merecen todo el crédito los libros, al mismo tiempo kerygmáticos, catequéticos e históricos, que hablan de él: los cuatro evangelios —Mateo, Marcos, Lucas y Juan— y los otros libros del Nuevo Testamento.

Las mismas vicisitudes de la infancia de Jesús: la fuga de la Sagrada Familia a Egipto, el retorno a Galilea, la proximidad de Siria y de Fenicia, y otras regiones helenizadas, como la Decápolis, y el hecho de que algunos apóstoles —Andrés o Felipe— tengan nombre griego, marcará la dimensión universal de su misión.

La doctrina vivida y predicada por Jesús de Nazaret está enraizada en el Antiguo Testamento. La revelación divina llega con él a su plenitud. Y si Dios nos había hablado «fragmentariamente y de muy diversas maneras por medio de los profetas, en estos días novísimos», ahora, lo ha hecho, de manera definitiva, por medio del Hijo (cfr. Heb 1, 1-2). Así, la Trinidad, de la cual había indicios o vestigios en el Antiguo Testamento, es revelada plenamente en el Nuevo: en la misma escena de la Anunciación del Ángel se mencionan expresamente las tres Personas

(Lc 1, 26-38), y figuran también en las palabras del Bautismo (Mt 28, 19). Se hace realidad en Cristo, lo que eran anuncios, símbolos o figuras: «no he venido a deshacer sino a cumplir» (Mt 5, 17).

Los preceptos de la ley mosaica miraban hacia la ley suprema de la caridad. El mandato del amor, que ya se encontraba en el A.T., se presenta formulado con una medida mayor en el Nuevo: «Este es mi mandato, que os améis los unos a los otros, como yo os he amado» (Jn 15, 12).

Culminación de la Redención

Aunque cualquier acto de Jesucristo, que tiene un valor infinito por su condición de Dios-Hombre habría sido suficiente para la Redención de todo el mundo, la culminación de ésta se realizó en la Pasión y Cruz, que fue seguida de la Resurrección, y cuarenta días depués su partida visible, con la Ascensión, y diez días después de ella, en Pentecostés, la venida del Espíritu Santo, sobre los Apóstoles reunidos, presididos por Pedro, acompañados por María, la Madre de Jesús, y por otros hombres y mujeres, de la Iglesia naciente.

Esta Redención, objetivamente válida para todos, se aplica a cada persona, en la Iglesia —también denominada el Pueblo de Dios, o el Cuerpo Místico de Cristo—, que es como la extensión de Jesucristo a través del tiempo, por la vía de los sacramentos, instituidos por Él. La Iglesia se hace así instrumento de salvación. Ella es al mismo tiempo jerárquica y carismática, visible e invisible, presente en la tierra, y

celestial en su plenitud. El Redentor, Jesucristo es su Cabeza, y todos los demás, los miembros, y a su partida de la tierra dejó un Vicario suyo, Pedro, para toda la Iglesia, como cabeza visible, el primado, y el colegio de los Doce, los Apóstoles, incluido el mencionado Pedro, Vicario de Cristo para toda la Iglesia.

Y Jesucristo instituyó los sacramentos para que, por medio de éstos, llegaran a cada uno de los hombres y mujeres los frutos de la Redención: el bautismo, que es la puerta de todos ellos —el bautismo para la remisión de los pecados: el original y todos los que tal vez se hayan cometido, los llamados actuales— y junto con esto, la incorporación viva a Dios, y una marca —el carácter— que autentifica la condición de cristiano y miembro de la Iglesia, de hijo de Dios.

Y los otros sacramentos, porque, además de hacer más viva la relación con Dios, proporcionen remedio a cada necesidad. Entre ellos, dos, íntimamente unidos: el orden sagrado y la Eucaristía, para que unos hombres, en la persona de Cristo, puedan celebrar el memorial de su Muerte, y los fieles participen de él, con la comunión, o adorando su presencia.

Este sistema sacramental estaba destinado a durar mientras hubiera Iglesia, y los Apóstoles tenían que transmitir estos poderes a sus sucesores, los obispos, con la imposición de las manos, para que ellos hicieran participar de aquéllos a otros ministros ordenados, los presbíteros.

Después de Pentecostés, se expandieron por todas partes, constituyeron Iglesias particulares, por ejemplo las locales, que eran como una porción de la

Iglesia única y que, en ellas mismas, eran como una reverberación de la Iglesia universal, y tendrían sus sucesores, los obispos, que recibirían sus poderes por la imposición de las manos, y con esto, entraban a formar parte del colegio de los obispos, sucesores de los apóstoles.

Los hizo testigos de todo lo que él había hecho y enseñado, de manera que recogiesen de él una tradición viva que pudieran transmitir a las generaciones siguientes, y constituyera la base del Magisterio que les confiaba, y algunos aspectos de la cual fueron recogidos por escrito por quienes gozaban del carisma de la inspiración divina, en otros libros santos —los evangelios, los Actos de los Apóstoles, las epístolas de Pablo, Pedro, Santiago (Jaime o Jacobo), Judas y Juan, y el Apocalipsis— para que se juntaran a los que ya existían antes de Cristo, y con todos ellos se difundiera el Libro que, con palabra moderna ha recibido el nombre de Biblia[3], es decir las Sagradas Escrituras.

Los medios de salvación y las instituciones fundadas por Jesucristo son válidas para los hombres y mujeres, hasta el fin de los tiempos. Con todo, Cristo no quiso decir cuándo se produciría este final. Anunció, sí, la destrucción de Jerusalén, que ocurriría antes de que pasara esta generación (Mt 24, 34), y tal

---

[3] La palabra *Biblia*, en nominativo singular femenino, según su forma latina, es la adaptación del griego «biblía» que es el nominativo plural neutro de «biblía», que deriva de «biblíon» (librito o libelo), que es el diminutivo del sustantivo «biblos», libro. Su etimología ilustra bien la unidad de la Biblia como conjunto de pequeños libros que tienen en común el hecho de su inspiración divina.

hecho se puede considerar como un símbolo, o como una anticipación del fin del mundo, y tal vez por ello estos dos acontecimientos se presentan como superpuestos, y los textos que se refieren a ellos son, a veces, de difícil interpretación (Mt 24, 41).

De Pentecostés a la segunda venida

Tras la Resurrección y Ascensión de Jesucristo, y a partir especialmente de Pentecostés, con la expansión de la fe cristiana, se llevan a la práctica sus enseñanzas y se hace realidad lo que Él instituyó. Hay una continuidad en la vida del Reino de Dios predicado por Jesucristo, y la sucesión en la jerarquía de orden y de jurisdicción establecida por Él se hace de manera pacífica. La Iglesia integra los distintos valores que le han sido confiados: la fidelidad a sus raíces judaicas y la apertura a los gentiles, y también en su atención a la santificación de las realidades temporales, y al testimonio escatológico que considera la finitud de las cosas mundanas. En la vida del cristiano está presente un eco del llamamiento inicial de Dios al hombre, a trabajar (Gn 3, 15) y a dominar la tierra (Gn 2, 28), y también la invitación a tener presente la última venida de Jesucristo: una dimensión escatológica que se encuentra en todo tiempo, y singularmente en la Eucaristía: «todas las veces que comáis de este pan y bebáis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga» (1 Cor 11, 26). A esto ayudan, sin que el tema tenga que convertirse en una obsesión, los textos que hablan de las señales que acompañarán el fin del mundo, y también del ca-

rácter incierto del día y la hora (Mt 24, 36). Baste aquí aludir a un pasaje que ayuda a contemplar la historia en su más amplia perspectiva: el anuncio del testimonio postremo que dará Israel con su conversión, «cuando la plenitud de los gentiles haya entrado, entonces tiene que salvarse todo Israel» (Rm 11, 25-26).

En el momento de la partida Jesús dijo a los Apóstoles que le acompañaban: «he aquí que yo estoy con vosotros día tras día hasta la consumación de los siglos» (Mt 28, 20). Serán los distintos modos de su presencia en la Iglesia: en quienes lo representan —«el que a vosotros escucha, a mí me escucha» (Lc 10, 16)—, en su Palabra, que se expresa en las palabras que nos ha dicho, que «son espíritu y vida» (Jn 6, 64), en la eficacia de los sacramentos —actuando en ellos a través del ministro, y de las cosas, las palabras que utiliza— y particularmente en la misa, en la renovación del Sacrificio de la Cruz, cuando por la fuerza de las palabras de la consagración, se hace presente, bajo las apariencias del pan y del vino, con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad, tal como está ahora en el Cielo.

Su presencia en la Iglesia se manifiesta ordinariamente en las actuaciones de la Jerarquía —del Romano Pontífice, Vicario de Cristo para toda la Iglesia— y de cada obispo en su Iglesia particular, en la cual también es Vicario de Cristo, y de forma extraordinaria en los Concilios ecuménicos —de manera parecida al Concilio de Jerusalén (Act 15)—, y toca al Papa convocarlos, presidirlos y confirmar las decisiones. Vale también, de alguna manera, para los Concilios de todos los tiempos aquello que dijo Pedro, al dictar el decreto final de

aquella Asamblea: «nos ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros».

Con todo, Dios también quiere estar presente, de varias maneras, en la variedad de las situaciones de los fieles en la vida personal y social. Así él ha dicho que «todo lo que habéis hecho por alguno de estos hermanos míos, por mí lo habéis hecho», de forma que la medida del premio eterno serán los servicios que —por caridad— se han prestado al prójimo —a Jesús presente en los demás— con las obras de misericordia: en el hecho de dar de comer o de beber, de acoger el peregrino, o visitar al enfermo o preso (cfr. Mt 25, 31-45).

Jesucristo está también en las almas en gracia, de sus fieles. Pablo ha dicho repetidamente, de varias maneras: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo» (1 Cor 4, 16), y está seguro de su transformación en Cristo: «ya no soy yo quien vive: es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20) y él comunica su experiencia a otros, y a lo largo de toda la vida de la Iglesia sucederá esto y será otro motivo de presencia de Dios. Es lo que, con expresión propia, jugando con las anteriores ideas, ha dicho un maestro de espiritualidad contemporáneo: que el cristiano ha de ser «alter Christus», otro Cristo, y más todavía, «ipse Christus», Cristo mismo.

Y también la descripción que Pablo hace de los carismas que el Espíritu Santo distribuye para utilidad de los fieles (cfr. 1 Cor 12) se vuelve a repetir de alguna manera en todo tiempo con formas diferentes y generalmente menos espectaculares: Dios mueve a los hombres y mujeres de Dios: los santos —los canonizados o los de nombres poco conocidos— que

con su vida, su ejemplo, su doctrina, edifican a los otros: unos viviendo de manera ejemplar las virtudes cristianas, o aportando luz en los grandes temas doctrinales o morales, y de vez en cuando hombres especialmente escogidos a quienes Dios encomienda tareas encaminadas a revitalizar la Iglesia, a veces haciendo recuperar el sentido —quizá un poco olvidado— de algún gran valor evangélico. Ha sucedido siempre, y también en el siglo XX —y son bien conocidos algunos ejemplos, como el del llamamiento universal a la santidad o la santificación del trabajo, que han impregnado los documentos del Concilio Vaticano II, de manera que los papas que han intervenido en él se han afanado luego a llevar a la práctica sus enseñanzas.

EL DIOS INVISIBLE SE HACE CONOCER

DIOS: DEL ANTIGUO TESTAMENTO AL NUEVO

Una primera tentativa para esbozar una imagen de Dios podría hacerse, sin demasiada dificultad, con los trazos que nos aportarían los Salmos. Se ha de tener en cuenta que muchos de los elementos de estos cánticos provienen de la época de mayor esplendor del pueblo judío —la de los Reyes David y Salomón—, o de las que siguieron, que denotan un desarrollo literario muy avanzado.

Para empezar, las mismas figuras de estos dos monarcas que —dejando aparte sus debilidades, que les han dado ocasión de actualizar su espíritu de penitencia— en algunos aspectos hacen pensar en unos valores que Dios quiere para los hombres: David, que es un rey poderoso, un guerrero valiente; un hombre magnánimo y gallardo; poeta inspirado; cultivador del amor divino y del amor humano, amigo leal; y Salomón —el constructor del Templo de Jerusalén— que ha destacado, no solamente por su riqueza y la actividad edilicia, sino por la ciencia, la sabiduría y la prudencia.

De los Salmos —y también de textos de los Profetas— salen las imágenes globales de un rey que protege a sus súbditos, de un pastor que conduce a verdes pastos a sus ovejas (Ps 23 (22), de un guerrero que defiende a sus compañeros, de un padre que con sentimientos de padre y madre —(Ps 102 (103), 13; cfr. Is 49, 14-15; Is 66, 13)— no olvida a su hijo, y desde luego, del creador, que conoce bien, y domina, las cosas que ha hecho surgir de la nada (Ps 104 (103).

Con una audacia, ciertamente inspirada por Dios, los escritores sagrados van ofreciendo, aquí y allá, sacados de una semblanza que se puede captar con la imaginación, pero que no inducen de ninguna forma un concepto material o materialista de Dios. Por la vía de antropomorfismos, se pinta el retrato de un hombre, que es cuerpo y espíritu, que se vale de todos los sentidos corporales y de las potencias del alma, que tiene una sensibilidad exquisita: que se viste de esplendor y de majestad, que mira con afecto el pobre, que en ciertos momentos se le ve con rostro radiante, que corre en ayuda del necesitado, que escucha los llantos de las viudas y de los huérfanos (Ps 146 (145), 9), que con sus manos acaricia, o con ellas dispara saetas contra los adversarios, e incluso, cuando, con motivo, está airado, echa humo por la nariz (cfr. Ps 17, 9 y cfr. 2 S 22, 9) o, con un puñetazo, rompe las mandíbulas o los dientes del enemigo (Ps 3, 8; Ps 58 (57), 7).

Obtendríamos un retrato de un hombre valiente, generoso, joven, con sentimientos de padre y madre (Ps 131 (130), 1-2), —firme y misericordioso (Ps 89 (88), 15; Ps 103 (102, 8)—, capaz de corregir y enderezar las cosas que lo requieren; que como el sol

que ha creado, a la manera de un esposo que sale del tálamo, corre veloz, por el camino, ágil como un atleta, de un cabo al otro del mundo (Ps 19, (18), 6).

A veces, las comparaciones con cualidades humanas se combinan con otras que tienen algo que ver con animales nobles —protege bajo sus alas (Ps 16, 8)—, o con aspectos de la naturaleza —es sombra protectora (Ps 18, 8)—, o con el arte o la industria de los hombres: es tabernáculo, tienda de campaña (Ps 131), escudo (Ps 3, 4), fortaleza, refugio o castillo (Ps 58 (59), 10).

Y también en los Salmos se pueden encontrar las palabras —sustantivos, adjetivos— que constituyen los atributos o cualidades de un Dios que es eterno, inconmensurable, omnisciente, omnipotente, creador y conservador de todas las cosas, amigo y padre. Y que es justo, magnífico, terrible, que hace todo lo que se propone, excelso, admirable, que penetra en el interior del hombre y escruta su corazón y sus entrañas (Ps 7, 10), y que ha plasmado a cada uno maravillosamente en el seno de la madre (Ps 139 (138), 12).

Y que es puramente espiritual, y diferente de los otros dioses, los cuales, a su lado, no son nada, que tienen ojos y no ven, y orejas y no oyen (Ps 115 113b), 4-7).

Se van combinando pues, unas cualidades anímicas, afectivas, que no desdicen de un ser espiritual, y al mismo tiempo parece como si se fuera preparando el terreno para hacer creíble en un futuro, ya no lejano, un Dios que, además de ser espíritu puro, se hará hombre.

Y por otra parte, tampoco faltan las alusiones al soplo, al aliento, al viento, que sale de Dios, y que pueden llevar no sólo a pensar en la inspiración di-

vina o en la creación del alma, sino todavía más lejos, hasta las interioridades de Dios, en la vida intratrinitaria, donde surge, desde la eternidad, el Espíritu Santo, como corriente de un amor recíproco del Padre y del Hijo.

Sin embargo, está claro que si quisiéramos captar más adecuadamente la idea —aunque sea sumaria, ya se entiende— que los judíos se hacían de Dios, en la época del Antiguo Testamento, sería necesario, no solamente repasar con detalle todos los libros, sino también colocarlos en orden cronológico, situarlos en su contexto, y tener en cuenta su género literario.

No podemos prescindir tampoco, ni de la comunicación que, en el Monte Horeb, Moisés recibe de Dios, sobre el nombre de Yahveh, con las palabras «Yo soy el que soy», en los tiempos del Éxodo (unos 15 siglos a. C.), en que Israel toma conciencia como pueblo, ni de los datos que vienen de más atrás (desde unos 20 siglos a. C.), sobre la familiaridad del trato de Abraham y de los otros patriarcas con el Dios que empieza a dárseles a conocer. Ni tampoco, en las épocas más tardías, de las figuras literarias que —en los libros de los Proverbios, de la Sabiduría, y en el Sirácide—, presentan la Sabiduría que viene de Dios, como personificada —que grita en las plazas, o se la ve a la puerta de la casa, o que es como un párvulo, con quien Dios juega deleitosamente (Pr 8,31)—, y que parece quedarse a un paso de la plena revelación del Verbo, Palabra, o Sabiduría, que aparece, no ya como personificada, sino como una Persona, encarnada: «y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14), en la plenitud de los tiempos.

Yahveh, a lo largo de la historia de su Pueblo, Israel, no quiso que se hicieran estatuas ni representaciones (Ex 20, 4; Dt 5, 8) de la divinidad. Además del peligro de idolatría que esto pudiera comportar, habría sido una empresa artística imposible. A Dios no le había visto nunca nadie (cfr. Jn 1, 18), puesto que él no se dejaba ver, y ni de lejos, unos garabatos hechos de mano de hombre, habrían sido capaces de acercarnos a la idea de un Dios infinito. Ordinariamente él hacía notar su presencia sólo con una columna de humo, de día, y con una de fuego, de noche (Ex 13, 22), y una nube se ponía encima del tabernáculo (Nm 9, 15).

Pero la voluntad de Dios se manifestó de manera diferente cuando las circunstancias cambiaron, y en la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, hecho de una mujer (Ga 4, 4), y él sería la imagen perfecta del Dios invisible, su Icono (Col 1, 15). En lo sucesivo, sí que sería posible intentar representar, con más o menos fortuna, los trazos de la figura de Cristo, el cual era al mismo tiempo, Hombre y Dios, y captar sus gestos y movimientos, y por lo tanto los de Dios.

Se podría hacer un ensayo de retrato robot, con el conocimiento que nos viene por los evangelios, por otros libros de la Biblia, por las obras de escritores eclesiásticos que surgieron en los primeros siglos del cristianismo, y por las vivencias de quienes han vivido «en Cristo» y con «Cristo» —«vuestra vida está escondida con Cristo, en Dios» (Col 3, 1)—, los cuales, con la lucha ascética, imitándolo (1 Cor 4, 16;

Ef 5, 1), se han identificado con él: («crezcamos en él, que es la cabeza, Cristo» (Ef 4, 15), llegando a ser así, en cierto modo, «otro Cristo», «el mismo Cristo», si lo queremos decir con dos expresiones con que san Josemaría Escrivá resumía una alta realidad mística, poniéndola al alcance de todo el mundo. Dice, en efecto, Pablo: «yo determiné no saber otra cosa, entre vosotros, sino a Jesucristo, y este, crucificado» (1 Cor 2, 4), y esto les ha hecho decir a tantos cristianos, como este Apóstol: «y yo vivo, pero no yo, que quien vive en mí es Cristo» (Ga 2, 20).

Y aunque las cosas que consideraremos acto seguido, no sean propiamente un objeto de fe —puesto que sólo se trata, en principio, de piadosas creencias y de tradiciones que se conservan en muestras de la piedad popular—, agrada recordar que se conocen desde tiempos antiguos algunas preciadas reliquias, con unas supuestas impresiones tangibles de algunas facetas de la Humanidad de Cristo, la veneración de las cuales la Iglesia ha juzgado legítima e incluso la han practicado algunos Papas, como por ejemplo Juan Pablo II, y que parecen como una legitimación divina del culto a las imágenes.

Una de ellas es la de la Santa Faz, grabada según tradición durante la subida al Calvario, en un lienzo que le ofrecía compasivamente una mujer a quien se ha dado el nombre de Verónica[4], hecho que es recordado por el trabajo escultórico de Subirats en la fachada de la pasión de la Sagrada Familia, en Barcelona.

---

[4] Nombre que podría venir de «verdadero icono»

Y otra, la «Santa Síndone» que se conserva en Turín: una sábana de lino toda de una pieza (de 1,10 m × 4,36 m) que, según se piensa piadosamente, envolvía el entero cuerpo de Jesús: empezaba en la parte de debajo, continuaba por la cabeza y caía sobre la cara y seguía hasta cubrir el resto del cuerpo, que había quedado impregnado de mirra y áloes. En ella quedó estampado el rostro y todo el cuerpo de un hombre que puede ser Jesús, tal vez en un estallido de luz y de energía, en el instante en que se debió producir su resurrección[5].

Pedro y Juan (cfr. Jn 20, 3-10), cuando fueron corriendo al sepulcro, vieron la sábana aplanada en tierra, después de que, con la resurrrección, el cuerpo se había desvanecido, de manera que, la parte donde estaba la cabeza debía conservar su forma redondeada, por el hecho de que tal vez había tenido alrededor de la misma un pañuelo atado, como se acostumbra a hacer con los cadáveres, como medida provisional, antes de arreglarlos adecuadamente, para que se mantenga la boca cerrada, apretados los maxilares. Presenta la impronta de todo el cuerpo, de un hombre de proporciones perfectas, de buena apariencia, con una boca fuerte, la nariz larga, barba de doble punta, cabellera abundante, y con características de un atleta, que ha podido sufrir una pasión como la que describen los evangelios: con manchas de sangre y marcas de los golpes recibidos en una flagelación o en una coronación de espinas. Y con la

---

[5] Véase la abundante bibliografía sobre el tema, como *La Síndone de Turín. Estudios y aportaciones*. Centro Español de Sindonología. Valencia 1998.

faz de quien se ve que ha padecido con tanta dignidad, con un dolor sereno[6].

En los primeros siglos de la época cristiana habían quedado, al parecer, algunos datos que reflejan la existencia de la Sábana, como una alusión de san Cirilo de Jerusalén, el gran catequeta, en el s. IV, y otra de un importante teólogo, san Juan Damasceno, en el s. VIII. Y parece como si la Providencia hubiera querido que aquella reliquia empezara a aparecer y desaparecer y que, una vez pasado Bizancio a la órbita de Roma, fuera a parar a varios lugares de Fran-

---

[6] No es absurdo pensar que, ante un fenómeno como el de la Santa Síndone, que en coherencia con los textos de los evangelios, ha favorecido la fe en la resurrección, y que ha atraído siempre la admiración de generaciones de fieles y los estudios de los críticos y de los científicos, y también —digámoslo sin literaria exageración, que se haya desatado la contradicción del Adversario, y si lo queremos expresar gráficamente con lenguaje teatral navideño popular, de las furias del Averno, y le hayan afectado de alguna manera incendios, e intentos de hacer perder toda credibilidad a esta reliquia, como sucedió en la década de los años 80 del siglo XX, con una supuesta datación por el procedimiento del carbono 14 —repentinamente anunciada, y posteriormente deacreditada y casi olvidada— según la cual aquella sorprendente sábana policromada sería de la época medieval y no de la de Cristo, y por lo tanto aquel objeto no tendría el valor apologético que se le daba.

Pero ¿cómo se explicaría entonces que —en una época en que la pintura estaba muy lejos de un tal realismo y no se disponía de medios técnicos para conseguirlo, y cuando no se había inventado todavía la fotografía—, se pudiera llegar a una tal perfección a la hora de imitar un retrato como aquel?

Es cosa que se ha visto con la primera fotografía que en 1898 hizo «il cavaliere Pia», en la que se comprobó que la «Síndone» es como un negativo, de manera que el cliché del retratista hace en realidad como de positivo, y muestra la figura tal y como es. Hacer una tal imitación habría sido un juego inimaginable antes de la invención de la fotografía.

cia y Saboya, y finalmente a Turín. Y que en los tiempos más antiguos pudiera constituir un argumento en contra de los iconoclastas que, el s. VIII, en algunas regiones de Oriente, atacaban la legitimidad del culto a las imágenes, y en los siglos modernos, ante ciertas corrientes de la Reforma, y una respuesta a varias formas de increencia.

Nos atrevemos a decir que la mencionada prohibición por parte de Yahveh en el Antiguo Testamento, de hacer esculturas u otras reproducciones imaginativas de Dios, del hombre y de seres vivos, era válida para aquellos siglos en que fue dictada: estaba encaminada a evitar que se adoraran falsos dioses: «no te harás escultura ni ninguna imagen de lo que hay encima del cielo, ni en la tierra, ni en las aguas que hay debajo» (Ex 20, 4). Y más adelante: «que sean confundidos quienes adoran a las esculturas y quienes se glorían en sus simulacros» (Ps 96 (97), 7).

Por esto, cuando llegó un día en que este peligro ya no se daba, nada había de impedir que los hombres pudieran ejercitarse en un arte figurativo, tanto para representar animales u hombres, como para atreverse a hacer representaciones de Dios y, desde luego, de Jesucristo, que es verdadero Dios y verdadero Hombre, tema máximamente atractivo para los artistas, que persiguen la expresividad y la belleza.

Y que no era una prohibición absoluta lo insinúa el hecho de que Dios mismo había dado instrucciones sobre la forma de fabricar los dos querubines de oro —que representan creaturas espirituales— los cuales, en el Arca de la Alianza, habían de ir en los dos extremos del propiciatorio (Ex 37, 7; 2 Cr 3, 10-14),

y también la gran pica de bronce, que descansaba sobre doce becerros (2 Cr 4, 6).

Agrada darse cuenta de que, tras la resurrección, Cristo se aparece repetidamente a los suyos, que lo podrán contemplar glorificado. Y es explicable que, una vez desaparecido de la mirada de los hombres, con la ascensión, con la ayuda de la memoria y de todos los medios posibles, los cristianos, artistas, trataran de retener su imagen o de reconstruirla de la manera más fiel posible, y de hacerla sugerente para la devoción, y para la ilustración de las Escrituras.

Ahora Dios da plena respuesta al clamor del salmista «busco tu rostro, Señor» (Ps 26 (27), 8)[7].

El Dios-Hombre se deja mirar, y los hombres y mujeres de todas las edades lo quieren contemplar, desde los pastores que, tras oír el anuncio del ángel dicen: «vamos a Belén para ver esto que ha pasado», y después de encontrar «a María, a José y al Niño reclinado en el pesebre, regresaron glorificando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto (cfr. Lc 2, 15-19.20).

---

[7] Palabras que particularmente en la plenitud de su vida espiritual en la tierra, san Josemaría Escrivá retomó, tal como Juan Pablo II lo recordaba en una audiencia. Después de hacer una invitación a todos: «Al mundo, a cada uno de nuestros hermanos los hombres, los cristianos hemos de abrir el camino que lleva a Cristo», añade: «busco tu rostro, Señor», y continúa —era un año antes de su canonización—: «el beato Josemaría, hombre sediento de Dios, y por esto gran apóstol, acostumbraba a repetir esta invocación».

Y el clamor se encuentra también en la aludida carta pontificia. Con él empieza un párrafo (23), y glosa: «El antiguo anhelo del Salmista no podía recibir una respuesta mejor y más sorprendente que la contemplación del rostro de Cristo. En él, Dios nos ha bendecido verdaderamente y ha hecho «brillar su rostro sobre nosotros» (Ps 67 (66), 3).

O como los griegos que dicen a Felipe: «queremos ver a Jesús» (Jn 12, 21), y aquellos a quienes se escribe la epístola a los Hebreos, que se encuentran «mirando al autor y el consumador de la fe, Jesús (12, 2). Por esto, los apóstoles podrán describir gráficamente esta experiencia de Cristo en la cual —además de la vista— ayudan todos los demás sentidos: «aquello que fue desde el inicio, aquello que oímos, aquello que vimos con nuestros ojos, aquello que contemplamos y nuestras manos tocaron sobre el Verbo de vida (...) os lo anunciamos...» (cfr. 1 Jn 1-4). «¿Es que no he visto a Cristo Jesús?» (1 Cor 9, 1), dice con fuerza san Pablo.

Una interpretación inadecuada, sin matices, de textos como los de la Antigua Ley, citados más arriba, que no distinguiera tiempos ni lugares, como la que se ha hecho entre judíos y mahometanos, habría dejado al mundo sin una buena parte de las obras cumbre de la pintura y de la escultura. Al contrario, una interpretación adecuada, de aquellos textos del Antiguo Testamento, por parte del cristianismo, ha hecho posible, por fortuna, el arte figurativo, y con él, esta faceta tan rica de la cultura. Podemos ahora disfrutar con las representaciones paleocristianas del Buen Pastor, el Pantocrator de Taúll, un Crucificado de Giotto, la grandiosa decoración de la Capilla Sixtina, con el Juicio final —y en ella el Padre o el Hijo—, el Cristo de Velázquez, o la Santa Cena de Dalí, y también con las figuritas de nuestros belenes.

Y es una pena que los hombres y mujeres de aquellas culturas no hayan podido sobresalir en tales aspectos del arte, a diferencia de lo que sucede en los

otros ámbitos, donde nos han dejado a menudo realizaciones estupendas.

También estas manifestaciones artísticas —incluidas las populares de los nacimientos— aumentan el atractivo de Navidad, que recuerda que Dios se ha querido hacer visible, y que es aquel Jesús, que tiene un nombre que significa Salvador.

Un Dios trascendente y próximo

Sin que las narraciones bíblicas avalen un determinado sistema filosófico, parece claro que reflejan el realismo a que está acostumbrado el hombre que se siente seguro de tener un cierto conocimiento —si bien condicionado por la limitación de sus facultades humanas— de las cosas en medio de las cuales vive.

Al principio hizo Elohim los cielos y la tierra —nada había fuera de él— y aquello que se encontraba en estado caótico adquirió forma por voluntad de un Dios trascendente, de un Dios que no se confunde con las cosas (cfr. Gn 1, 1).

Hay una distinción, en efecto, entre el Dios Creador, que hasta un determinado momento era el único Ser, y los otros seres: hechos de espíritu, o de materia, o mixtos —de cuerpo y alma—; inertes o vivos: minerales, vegetales o animales, y de manera que todos participan, en grados diversos, según su naturaleza, de aquel Ser de Dios, y en el más elevado escalón, en la tierra, el hombre, que Dios ha hecho «casi igual a los ángeles» (Ps 8, 6), y que, con su razón, puede sacar consecuencias de aquello que capta con

los sentidos: «¿quien ha hecho el oído no oirá, quien ha formado el ojo no verá ...?» (Ps 94 (93), 9).

Resulta sorprendente que la primera cosa que Dios ha revelado de Sí —su Nombre: Yahveh— tiene unas claras connotaciones filosóficas: «Yo Soy el que Soy» (Ex 3, 14).

Y también la Escritura, en varios pasajes, nos ayuda a encontrar en Dios la plenitud de aquellos atributos que se pueden ver como propios en cada una de las creaturas —el hecho de ser: de ser algo, una realidad; de ser uno y único, es decir, indiviso, y diferente de los otros; de ser verdadero, y en este sentido inteligible y capaz de fundamentar un acto de conocimiento; de ser bueno, esto es, con capacidad para ser querido como bien; y de ser bello —si no queremos asimilar este atributo a alguno de los otros— por las características que, en un ser, despiertan un deleite espiritual.

Se trataría de aquello que algunos filósofos llaman los trascendentales, y esta palabra nos evoca el hecho de que dichos conceptos filosóficos, trascendiendo cada ser creado, nos llevan a la fuente de la cual todos participan en algún grado.

Sin embargo, cuando aquéllos se aplican al Ser increado, hay que recordar que, como dijo con fórmula sucinta el Concilio de Florencia (1441) en el Decreto para los Jacobitas (Denz 703 (1330)): «en Dios todo es Uno, excepto aquello que tiene que ver con la oposición de las relaciones», de las cuales resultan las procesiones divinas, que dan lugar a las Tres Personas.

Es Uno: porque es el Único Dios, y no hay ningún otro como él («Yahveh es nuestro Dios, Yahveh solo (Dt 6, 4); «porque Yahveh vuestro Dios, es Dios de

los dioses y Señor de los señores» (Dt 10, 17); «Porque tú eres Yahveh, el Altísimo sobre toda la tierra y excelso por encima de todos los dioses» (Ps 97 (96), 37. Y también porque él, Espíritu puro —«Dios es espíritu»— (Jn 4, 24), simplicísimo, indiviso e inmutable: «Sí, yo soy Yahveh, y no cambio» (Ml 3, 6).

Por esto permanece por siempre jamás: «ellos (la tierra y el cielo) pasarán, pero tú subsistirás» (Ps 102 (101), 27); «pero tú eres siempre igual, tus años no tienen fin» (id 28); «y tú, Yahveh, reinas eternamente» (id 13). Y a él, nada se le escapa: «¿a dónde iría de manera que tu espíritu no estuviera presente?» (Ps 139 (138), 7.

Así se puede decir que Dios es verdadero, en todos los sentidos, y de manera absoluta; por la mencionada capacidad para ser, de alguna manera, objeto de conocimiento, por parte de los seres inteligentes; por su correspondencia con la realidad; o por su fidelidad o lealtad, en el hecho de no faltar a aquello a lo que se ha comprometido.

Leemos con respecto a algunos de estos sentidos: «... tú eres justo... y todas tus obras verdaderas, y tus vías, rectas, y todos tus juicios, verdaderos» (Dn 3, 27). «Las determinaciones de Yahveh son verdaderas» (o bien tomadas) (Ps 19 (18), 10). Y la verdad —o la fidelidad— de Dios permanece por siempre jamás (Ps 117 (116), 2). «Tú, Dios fiel, me has rescatado» (Ps 31 (30), 6). «Que Yahveh sea testigo fiel y verídico» (Jr 42, 5). Y por aquel carácter absoluto de este atributo de Dios, se podrá decir del Hijo de Dios —que igualmente es Dios— que no solamente es verdadero, justo o fiel, sino también que es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6).

Y de Dios, que es bueno y apetecible: «Ensalzad a Yahveh. Qué bueno es, perdura eternamente su amor (Ps 118 (117), 1); «tu brazo desparrama la bondad» (Ps 48 (47), 11), «uno solo es el bueno» (cfr. Mt 19, 17): pero igualmente se puede decir que es la bondad misma: «nadie es bueno sino únicamente Dios» (Mc 10, 18). Y en lo mismo harían pensar los textos que lo califican de justo y lo relacionan con la justicia: «guíame, Yahveh, tú que eres justo» (Ps 5, 9); «juzgará a todo el mundo con justicia, a todos los pueblos con razón» (Ps 98 (97), 9).

Ha sembrado la belleza por toda la naturaleza: «Dios vio todo lo que había hecho, y era muy bueno» (o más exactamente: «era muy bueno y muy bonito», según el sentido de la palabra hebraica *tov*) (Gn 1, 31) y, junto con los variadísimos reflejos de su suma Hermosura —recordemos el canto poético de la creación (Ps 104 (103): «Bendice a Yahveh, alma mía, Yahveh Dios mío, qué grande eres!»— la induce en la conducta moral de los seres inteligentes capaces de querer y de amar: «sed santos, porque yo soy santo» (cfr. Lv 11, 44); y «sed pues perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»(Mt 5, 48).

Y, si esto ya se puede captar en aquel período del mundo en que Dios no se hace directamente visible, sino que se manifiesta de diversas maneras —en una columna de nube, de día, o en una de humo, por la noche (Ex 13, 22), y en sus grandes gestas y en sus palabras—, qué no será en la plenitud de los tiempos, en que Dios se ha hecho Hombre, nacido de una Mujer (Ga 4, 4) —el cual es como un Icono de Dios, «una imagen del Dios invisible» (Col 1, 15)— en

quien «habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente» (id 2, 9).

Y esto sucede de manera plena, cuando Cristo, verdaderamente o realmente resucitado, e impasible, ya no puede morir, y su cuerpo y su alma permanecerán unidos entre ellos por siempre, y también con la Divinidad, inseparablemente.

El Dios-Hombre glorificado que se muestra a sus seguidores —los discípulos y las Santas Mujeres— espiritualizado —ágil y sutil—, con el atractivo de la bondad y de la belleza de quien es amable a más no poder (véase Jn 20 passim), y que provoca expresiones espontáneas de fe y de afecto: «Tú eres el Señor mío y el Dios mío» (Jn 20, 28) de un alcance insuperable.

El Dios que trasciende los géneros

Es patente una mayor sensibilización ante las cuestiones que tienen que ver con el tratamiento que se da a los dos sexos, masculino y femenino, muchas veces desigual, y aun injusto, y a menudo con menoscabo de los derechos o de la dignidad de la mujer. Se explica que esto haya llevado a discusiones sobre la manera en que se presenta a Dios, el Dios de la Biblia, y en concreto a la cuestión de si, refiriéndose a él, tiene algún sentido distinguir sexos o géneros.

Si se me permite, pasaría directamente a exponer, sin preámbulos, la conclusión de alguna de las reflexiones que he dedicado al tema.

Pensamos en cada una de las tres personas de la Trinidad. Empezamos por el Padre: Dios, como prin-

cipio eterno, que se conoce a sí mismo y que, por vía de conocimiento engendra a quien se denomina el Hijo, el Verbo o la Palabra, bien que esta generación sea análoga a una operación de orden intelectual, y no tenga nada que ver con el sexo.

La imagen del Buen Dios, el Padre, que es corriente representar con los trazos de un anciano venerable, trasciende por fortuna, es cierto, la división que, por un querer de Dios Creador, afecta a los humanos, en los cuales la naturaleza lleva a distinguir a los hombres y a las mujeres.

Este Dios de Israel, en efecto, a lo largo del Antiguo Testamento, muestra los sentimientos de un Padre y de una Madre, y dice cosas como éstas: «¿acaso puede una madre olvidar a su hijo, y no compadecerse del fruto de sus entrañas? Y si ella lo olvidara, yo no me olvidaré de ti» (Is 49, 14-15). «Como un hombre a quien su madre consuela, así yo os consolaré, y en Jerusalén seréis consolados» (Is 66, 13). Quizás, por esto se habla a menudo en los profetas, de «eset-we-emet», que se suele traducir por misericordia y fidelidad o verdad, atributos que, según el contexto, son más propios de una madre o de un padre, y unas veces parecen más femeninos y otras más masculinos.

El Hijo —Hijo de Dios eterno, y de María, y educado por el Patriarca José: Jesús, el Emmanuel, que es Dios perfecto— llegó a ser también Hombre verdadero a partir del momento de la Encarnación, en que «el Verbo se hizo Carne» (sàrcs eguéneto: Jn 1, 14), y al llegar a ser Hombre (ànthropos, homo: Jn 19, 5), se hace varón (àner, vir: Jn 1, 30) —una de las dos variedades normales que ofrece la especie

humana: con anatomía, fisiología y psicología de hombre perfecto, en la forma de varón y con todas las virtudes morales que se puedan encontrar en los hombres, y también en las mujeres —y, aunque no haría falta hacerlo notar, a la manera de hombre— y en un grado que no es nunca menor que en las personas más generosas, diligentes y firmes, de un sexo o del otro.

A partir de la plenitud de los tiempos, aquel Hijo de Dios, nacido de una Mujer (Ga 4, 4), será siempre el mismo, en sus características esenciales, hombre y varón, y así será también, después de resucitado, cuando habrá nuevo cielo y nueva tierra, en la santa ciudad, la nueva Jerusalén, preparada como esposa que se ha engalanado para su esposo (cfr. Ap 21, 1-2), ella que es la esposa del Cordero (id 9).

El Espíritu, aun así, no presenta ninguna relación propiamente dicha con cuestiones propias del género. Incluso uno se puede fijar en que la palabra griega «Pneuma», Espíritu, es neutro. La denominación bíblica de Espíritu del Padre o de Espíritu de Jesús, que en latín y en otras lenguas tiene forma masculina, parece separarlo de toda consideración de sexo, porque se da como explicación de su subsistencia, la procesión —es decir, el hecho de proceder—, como persona, que deriva del Amor mutuo del Padre y del Hijo. Y me atrevería a decir que el hecho de que las nociones de «Don» y «Amor» —que las mujeres tienden a imitar con generosa donación y tiernos sentimientos a esta tercera persona, haría igualmente oportuna para ella el género femenino. Esto también podría valer para su función de Paráclito, de Consolador, y para la de ser el alma del Pue-

blo de Dios, que reúne a todos —hombres y mujeres sin distinción—, y —por lo menos en algunas lenguas— acostumbra a llevar un nombre femenino: Ekklesía, Ecclesia, Església, Iglesia, Église, Chiesa, Kirche, si bien en la inglesa, y en otras, no se podría encontrar este matiz.

Recordamos que en otro simbolismo, el esponsal, la Iglesia es también la Esposa de Jesucristo, Madre fecunda —santa e inmaculada— de los hijos y hijas de Dios.

Y pensamos todavía en María —una Mujer, Esposa del Espíritu Santo—, que es también símbolo de la Iglesia: con el fruto concebido en sus entrañas, fue el primer miembro de la Iglesia y, asunta en cuerpo y alma al Cielo, preservada de todo pecado, y redimida anticipadamente en atención a los méritos de su Hijo, el primero que ha logrado el premio eterno.

Las tres Personas en el anuncio del nacimiento del Precursor

Tras la plena, clara, directa, revelación de la Trinidad en el Nuevo Testamento —desde su mismo inicio (Lc 1, 26-38) hasta la ascensión de Jesús al Cielo (Mt 28, 16-20)— no hay quien no vea los vestigios, atisbos o sombras, que se encuentran por aquí y por allá, en todo el Antiguo Testamento.

Y no es extraño que uno de estos momentos se encuentre bien próximo al Nuevo, de los que marcan uno de los pasos que insensiblemente conducen a él: no es todavía el precursor quien actúa, sino que esto

sucede cuando se hace el anuncio de su nacimiento. Nos lo relata Lucas en su evangelio (Lc 1, 5-25).

Tiene lugar en el Templo de Jerusalén mientras Zacarías realiza una de las funciones más apreciadas: la de preparar el incienso. Se dirige a él un ángel: su mujer dará a luz un hijo, y le llamará Juan. Será grande a los ojos del Señor (15). Y aludiendo a su género de vida y a su tarea, dice que «estará lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre» (15), y entre los frutos de su acción, menciona el hecho de que convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor Dios de ellos» (16), que preparará para el Señor «un pueblo perfecto» (17), después de haber dicho que el hijo anunciado «irá ante él en el espíritu y en la virtud de Elías» (16), en una alusión a aquel —Jesús— de quien es precursor, y que será Señor y Dios, como Yahveh, su Padre.

Y todo esto es anunciado y empieza a suceder cuando todavía ese mismo ángel —Gabriel— no ha cumplido su embajada cerca de María.

Entraba dentro de los planes de Dios que también el Precursor tuviera algo que ver con el primer anuncio explícito y solemne de la Trinidad, cosa que acontecía antes de la anunciación a María.

Y a partir de entonces no raramente irán juntas las intervenciones de Juan y las manifestaciones de la Trinidad: en la visitación de María a Isabel (Lc 1, 39-45): tan pronto como María saluda a su parienta, que lleva a su Hijo en las entrañas, el precursor «exulta de gozo en el vientre de la madre, la cual se llenó del Espíritu Santo» (41); se pregunta de dónde le viene esto que «venga la Madre de mi Señor a mí» (43), y celebra la fe de María, que ha creído que se realiza-

rían las cosas que le habían sido dichas por el Señor (45).

Y el mismo Lucas, sobriamente en el relato del bautismo de Cristo (3, 21-22), describe que se abrió el Cielo, bajó el Espíritu Santo en forma corporal como de paloma encima de Jesús, y se oyó una voz del cielo, del Padre, que decía «tú eres mi Hijo, el dilecto, en ti me he complacido».

Juan ha cumplido lo esencial de su misión: señalar a Jesús que pasa. Ya no le quedará más que anunciar de alguna manera la muerte del Redentor, y esto lo hará con el testimonio de su propia muerte.

Dios Uno y Trino, en el principio, y en la plenitud de los tiempos

En la Biblia, todo es valioso porque se trata de la Palabra de Dios que ha sido inspirada a los diversos redactores que la han plasmado en los libros que han escrito, sin embargo, en ellos hay pasajes que tienen un particular interés, por su contenido o por el lugar donde están colocados.

Este puede ser el caso del texto que se encuentra en el mismo comienzo del primer libro, el Génesis, en que se hace un resumen de la creación (Gn 1 y 2), o del que, al final del Apocalipsis, describe la Jerusalén celestial, y donde se ofrece la culminación de la historia humana.

Y también otro, en el medio, que marca el paso del Antiguo Testamento al Nuevo, con la Anunciación hecha por el Ángel a María y la Encarnación del Hijo de Dios, que es el punto central de la historia de

la Salvación (cfr. Lc 10, 21-22). Pues bien, en cada uno de ellos hay una alusión al misterio central de la fe cristiana: la Trinidad.

La primera, no es explícita, pero se encuentra lo suficientemente insinuada. Está el Padre, que habla en un plural, que es más que un plural mayestático: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza (Gn 1, 26). El Dios Eterno tenía de sí una Idea perfecta, el Verbo mental, la Palabra, que, como dice Juan en el Prólogo del Evangelio: «estaba con el Padre, y por ella fueron hechas todas las cosas» (Jn 1, 1-3).

Y también el Espíritu de Dios, que se movía sobre las aguas, y que igualmente contribuía a poner orden en aquel caos inicial de una materia informe (Jn 1, 2).

En la Jerusalén celestial, Juan contempla en su visión al Anciano —que sin duda es el Padre— y su Hijo propio, que se presenta, como en otros lugares del libro, en la forma de un Cordero; y el río de gran caudal, que sale de la sede de Dios y del Cordero, e irriga el árbol de la vida, como glosaremos más adelante, puede hacer pensar —¿por qué no?— en el Espíritu (Ap 22, 1-2).

Y en la presentación hecha con toda precisión por san Lucas, de la Buena Noticia (cfr. Lc 10, 21-22): la Encarnación del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de la Virgen María, son mencionadas las Tres Personas de la Trinidad, incluso con varios nombres: asume la naturaleza humana el Hijo del Altísimo, que ocupará eternamente el trono de su padre David, y esto será por obra del Espíritu Santo (cfr. Lc 10, 21-22).

DE LA CREACIÓN

Como un proemio de la Biblia

Es razonable —como acostumbra a pasar con cualquiera libro— que el prólogo, la presentación o el primer capítulo, se escriban después del resto, y pueda ser así como un muestrario de todas las cuestiones que se tratan en él, o como la obertura de una ópera, donde se ofrecen todos los temas que se desarrollan a lo largo de la representación.

Si es que, como se suele decir ahora, algunos de estos libros proceden de una época tardía, el proceso redaccional del Pentateuco —y concretamente del Génesis— pudo durar siglos, hasta la intervención, ciertamente bajo el carisma de la inspiración, del último compilador, o de quien hizo una última actualización. En este caso la introducción a la Biblia, que constituyen los primeros capítulos del libro con que se inicia el Génesis, se puede pensar que contiene los elementos más importantes de la cultura hebraica, que después se perpetúa con la cristiana, de manera que las dos seguirán la misma línea.

Con estilos alternativamente diferentes —unas veces con lenguaje sobrio y subrayando la trascendencia de Dios (v. 1), y otros de manera familiarmente antropomórfica (v. 29), encontramos narrada la creación por parte de Dios, de todas las cosas, y entre ellas, el hombre y la mujer.

De distintas maneras, con estilos diversos, en estos primeros capítulos se muestran los elementos básicos de la civilización judeocristiana, y en concreto aquellos valores que en realidad son comunes a todos los hombres y mujeres del mundo, fundamentados como están, en la naturaleza o esencia, que es una, puesto que Dios ha creado a todos de acuerdo con un arquetipo o idea que él se ha fijado.

Destaca, desde las primeras líneas de la Biblia, el origen único —que es Dios, un Dios todopoderoso, bueno y providente— de todas las cosas: materiales y espirituales, y con ellas, el hombre —varón y mujer, macho y hembra— que está hecho a la vez de materia y de espíritu. Es Dios quien las ha creado todas, sin excepción, y por lo tanto todas son buenas. Ya lo dice varias veces el texto: «y vio Dios que era bueno» (Gn 1, 12. 25) aquello que había creado, e incluso, «muy bueno» (1, 31). Si a veces parece que son malas es que el hombre, abusando de su libertad, las ha utilizado mal.

La posición de los autores de la Biblia se encuentra en el polo opuesto a cualquiera de las actitudes maniqueas que han ido surgiendo a lo largo de la historia, y que han presentado un Dios, autor de las cosas buenas —que a menudo ellos reducen a las espirituales—, y otro principio, del cual provendrían las malas: materiales o corporales.

En primer lugar queda afirmada la dignidad de la persona humana, de todo hombre y toda mujer, que viene del hecho de haber sido creados «a imagen y semejanza de Dios» (1, 26), es decir, con una chispa de la inteligencia, y una brizna de su voluntad, con la capacidad pues de conocer la verdad y de ir tras el bien, y quererlo. Por esto todas merecen ser tratadas con consideración.

Queda también afirmada la libertad del hombre en sus diversas facetas, de hacer o no hacer, de hacer el bien o el mal. Se ve, en la imposición de un mandato y en su conculcación, de hecho (2, 17). Y también en su respuesta al llamamiento al arrepentimiento (3, 14-19).

No parece, con todo, que la prioridad temporal de la aparición del varón, respeto de la mujer, sea un mensaje que haya querido dar directamente el autor, aunque bellamente Jerôme Lejeune insinúa que quién sabe si esto puede haber sucedido en el sueño de la vida embrionaria: en el seno de una hembra, todavía no humana, donde tal vez el Creador, al inducir los cambios genéticos convenientes, hizo apto aquel proyecto para acoger un alma racional, inmortal. Más bien parece que aquello que el texto quiere dejar bien claro es la unidad de naturaleza —carne de mi carne, hueso de mis huesos (2, 23)— y por lo tanto, la igualdad en la dignidad y en los derechos y deberes básicos.

La naturaleza social del hombre y de la mujer tiene una manifestación en la institución —por parte de Dios— del matrimonio, uno e indisoluble: «y serán los dos una sola carne», encaminada al bien de los cónyuges y a la procreación y a la educación de los hijos (1, 28; 2, 24).

Parece como si la actividad de Dios —acto puro, potencia infinita, cúmulo de perfecciones— que se manifiesta en la creación del mundo y del hombre y de la mujer, hubiera de tener una continuación en la actividad humana. Como bien lo ha subrayado Josemaría Escrivá de Balaguer, Dios impuso al hombre el deber de trabajar, ya antes de la caída, cuando lo colocó en el paraíso, «para que lo custodiara y lo trabajara» (2, 15). Y así habría sucedido, aun en el supuesto de no haber sufrido la caída. Sólo que, en aquel caso, hubiera sido una ocupación grata, y ahora va acompañada de fatiga, y experimenta la verdad de aquello de «te ganarás el pan con el sudor de tu frente» (3, 17-19).

Una civilización que tiene las diversas formas de trabajo como un elemento esencial no ha dudado, en estos capítulos, hacer de Dios Creador, como un constructor, un alfarero, un cirujano, o un agricultor. El resultado: aquello que, de forma ordenada, se presenta al principio del Génesis, con la creación de la materia elemental, una masa caótica (1, 2), en la cual después, en los primeros tres días, por la voluntad de Dios creador, se van produciendo distinciones o separaciones: la luz y las tinieblas, las aguas de arriba (6-7) y las de abajo (9-10), la tierra (10) y los mares (10), y las plantas (11-12); y en los otros tres, las cosas que habían aparecido quedan ornamentades con distintas obras de la creación que Dios ha hecho surgir: las luminarias, las aves y los peces, las bestias y el hombre (1, 14-31). Una presentación estética, que responde a un orden que se hace fácil de captar por el lector sencillo.

Y en otros libros —sobre todo en los sapienciales: véase salmo (104 (103), y Job— este resumen ele-

mental, pedagógico, se describe con detalle, de forma poética, y este Dios que crea con esta facilidad es el que ha sembrado las grandes constelaciones: «¿puedes atar las bandas de las Pléyades, o sueltas los tirantes de Orión? ¿Haces salir a su tiempo el Zodiaco y guías la Osa con sus pequeños?» (Jb 38, 31-32). Un Ser que es más grande que aquella bestia que el autor considera como «la primera de las obras de Dios» (id 40, 15-19): «aquí tienes a Behemot», el buey de las aguas, probablemente el hipopótamo, que «come la hierba como un buey; mira qué fuerza tiene en los lomos, qué vigor, en los músculos del vientre! Mantiene la cola tiesa como un cedro, tiene los nervios de los muslos bien trenzados; sus huesos son unos tubos de bronce, la osamenta como una barra de hierro» (id 15-18). Y es quien domina a todos los animales: «¿Puedes estirar Leviatán con un anzuelo y apretar su lengua con el ramal?» (Jb 40, 25), dice el Autor, refiriéndose aquí quizás al cocodrilo.

Por esto gusta leer que los salmistas escriben que «todos los ríos aplauden y las montañas exultan (Ps 98 (97), 8) y que se dirigen a todo el mundo: «aplaudid pueblos de todo el mundo, aclamad a Yahveh con entusiasmo» (Ps 47 (46), 2). Y que inviten los que cantan a repetir, a manera de estribillo, afirmaciones que ponen de manifiesto la magnificencia de Dios: «qué admirable es tu nombre por toda la tierra» (Ps 8, 29), con la convicción de que «los cielos cantan la gloria de Dios y las estrellas anuncian las obras de sus manos» (Ps 19 (18), 2).

Y si es perfecta la obra de Dios Creador, también lo será la de la Redención, que es como «una recreación». A lo largo de toda la historia de la salva-

ción, se siente este clamor: «Él es la Roca, perfecta es su obra» dice de Yahveh un cántico de Moisés (Dt 32, 4), y tal como se anuncia proféticamente en el último libro de la Escritura, lo mismo sucederá en la culminación de todo, a donde llegará el eco de palabras como éstas: «¡grandes y admirables son tus obras, Señor, oh Dios, Dominador de todo!» (Ap 15, 3).

Y Dios creó a la mujer

La creación del hombre, ciertamente, merece la aprobación con que se concluye la plasmación de cada una de las obras de Dios, cuando el Autor del Génesis dice: «y vio Dios que era bueno», e incluso «muy bueno» (Gn 1, 27-31).

A la mujer, creada acto seguido (Gn 2, 21-25), le correspondería un sello de calidad todavía mejor, porque parece como si la Omnipotencia divina, ya felizmente experimentada, se hubiera querido superar aún más.

Y si al hombre, el sueño en que el Creador le sume, lo podía hacer soñador y gandul —pero también poeta o filósofo—, la mujer nace despierta, y de acuerdo con el diseño divino, intuitiva, fuerte, decidida, realista, generosa, y apta para ser el apoyo de toda la humanidad que empieza, de la vida de las personas, individuales y colectivas.

Portará, en su seno, por dentro o por fuera, antes y después del alumbramiento, el ser que encontrará apoyo y a quien, liberal, dará lo mejor de ella misma, el alimento que será materia orgánica y energía, para

un desarrollo rápido y ordenado de aquel fruto de sus entrañas. La naturaleza la ha programado para dar y darse, y conviene que sea así. Las otras actividades creativas en que se ejercitará no podrán hacérselo olvidar.

Sale de ella, por otra parte, el afán de tenerlo en cuenta. Quién sabe si, por estos, motivos es para la mujer un gesto natural el de llevar cosas entre los brazos —aunque no sea más que una carpeta o unos libros—, mimándolas, como si esto le evocara una temprana vida.

Y no le produce rubor, antes al contrario, que un aumento de peso o de volumen, o la mochila que lleva colgada y le cae sobre el seno, puedan hacer pensar a otros que se trata de un indicio de maternidad. Ni tampoco que se produzca una confusión, que le resultará grata, entre el pequeño carrito de ir a la plaza y el que podría transportar un bebé.

Biología y Biblia

Está claro que hoy día, con la atención que se presta, ya desde la escuela, a las ciencias naturales, y las excelentes técnicas fotográficas con que se ilustra la fisiología de la reproducción o la genética, y que los libros de texto o los medios de comunicación ofrecen a menudo de manera científicamente realista, no hay nadie que pueda decir que el feto, el embrión, o el zigoto, vivos, son una masa inerte, y sólo cosa de la madre.

Aparte el hecho de que se ha de reconocer que el padre ha tenido algo que ver en la génesis de la

nueva vida, y se explica que muestre también un solícito interés por su desarrollo, no hay duda de que el patrimonio genético resultante es propiedad de la nueva creatura, y la sociedad —y en primer lugar la familia— tendría que ser garante de ella.

Y me atrevería a decir que, por poca biología que en épocas pasadas se supiera, esto ya se intuía, cuando menos en la Biblia.

Vamos a un texto poético, un salmo. El alma atribulada que pide ayuda a Dios para que la libere de la malicia del hombre, le recuerda: «desde el útero materno estoy apoyado en ti, desde el vientre de mi madre, tú eres mi protector» (Ps 70 (71), 6).

Y en otro, el salmista, dirigiéndose al Creador, tras reconocer: «Tú, en efecto, formaste mis entrañas, y me tejiste en el seno de mi madre», le da gracias porque «he sido plasmado de manera admirable» (Ps 138 (139), 13-14)

El cantor de cada uno de estos salmos es consciente de que su persona tiene una continuidad indudable: que ya era en el seno materno, y que Dios, desde entonces, no le ha dejado, y está seguro de que no le abandonará nunca, ni cuando, en la senectud, vaya perdiendo sus fuerzas (Ps 70 (71), 9).

CON LOS PATRIARCAS

El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob

En los primeros capítulos del Génesis, se muestra al Creador, que en un principio creó de la nada los cielos y la tierra (Gn 1, 1)[8], el Dios único, simplicísimo, al que se le da un nombre en forma plural, Elohim —«dioses»—, como si esto viniera pedido por el peso de la infinitud de sus perfecciones, pero que en ese mismo lugar rige al verbo en singular —«creó»—, porque es uno.

Cuando se dispone a crear al hombre, parece como si esta decisión, ciertamente no banal, la quisiera tomar en un consejo plural: «hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1, 27). A no-

[8] Cfr. 2 Mac 8, 28: «peto, nate, ut aspicias ad coelum et terram, et ad omnia quae in eis sunt, ut intelligas, quia ex nihilo ('ék mè onton', de lo que no es) fecit ista Deus» (te pido, hijo mío, que observes el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos, y entiendas que Dios hizo todo esto, de la nada). Palabras que dice una madre al hijo para animarlo a mantenerse fiel ante el martirio, y que reflejan la fe del pueblo.

sotros —a quienes Dios nos ha hecho saber muchas más cosas que a los primeros destinatarios de aquellos textos— estas palabras, milenios más tarde, nos pueden hacer pensar en las tres personas divinas: antes que nada en las del Padre y el Hijo. En efecto, este Jesús, el Dios hecho hombre, contestará un día, al defenderse de la acusación de trabajar en sábado, con una referencia a la obra de creación y conservación del mundo, diciendo: «porque mi Padre hasta ahora trabaja y yo también trabajo» (Jn 5, 17). E igualmente ahora viene a la mente de cualquiera, para aplicarlo a la tercera persona, aquello del Espíritu de Dios que «planeaba sobre las aguas» (Gn 1, 2).

Es curioso el hecho que, cuando Dios se revela a Moisés por primera vez y le dice quién es y cómo es —«Yo soy el que soy»: Yahveh— (Ex 3, 14) se presenta a su interlocutor como el «Dios de tu padre»: «el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob» (Ex 3, 15). Y con expresión equivalente llamará un día a Yahveh el profeta Elías: «Yahveh, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel» (1 R 18, 36)). Y de este Dios Uno, ya desde entonces, se oirá el eco, no raramente, de manera ternaria.

Lo contemplamos más adelante: es «el Señor sentado en uno solio excelso y elevado», acompañado de los serafines que «con voz esforzada cantaban a coro diciendo Santo, Santo, Santo es Yahveh Sabaot[9], la tierra está llena de su gloria» (Is 6, 1-4), cuando los dinteles y los quicios de las puertas se es-

[9] La Vg traduce «Dominus Deus exercituum», Señor Dios de los ejércitos, refiriéndose con esta palabra a los seres que habitan los cielos: los ángeles y los astros.

tremecieron con la voz de quien cantaba, y se «llenó de humo el Templo».

Es el Santuario donde Dios habita, al cual también se alude alguna vez recogiendo tres clamores seguidos: «Es el Templo del Señor, el Templo del Señor, el Templo del Señor» (Jr 7, 4).

Estas repeticiones ternarias de palabras pueden ser interpretadas como rastros de la Trinidad, y en aquellas triples menciones de los tres primeros grandes patriarcas, la vida de los cuales es presentada con detalle en la segunda mitad del libro del Génesis, yo querría ver un reflejo de las tres personas divinas. No hace falta que diga que esta es una consideración del todo gratuita, y que no pretende buscar el espaldarazo de autoridades teológicas ni argumentos sólidos, si bien no parece que haya nada que la haga inadecuada. Así, Abraham —el Padre de todo el pueblo judío, el patriarca por antonomasia— (Gn 12, 3), es una imagen o un tipo del Padre celestial que envía a su Hijo a ser sacrificado; Isaac, el hijo tan deseado del padre Abraham, subiendo a la montaña con la leña al cuello para la pira de la inmolación (Gn 22, 6) es un signo de la pasión del Hijo de Dios, que muere sobre las maderas de la Cruz; Jacob, que da muestras de una suma inteligencia, que resuelve satisfactoriamente situaciones muy difíciles, que recibe inspiraciones del Cielo, que bendice las doce tribus y profetiza sobre cada una de ellas (Gn 49), ¿no podría sugerir una especial relación con el Espíritu Santo?

En cualquier caso, gusta escuchar al mismo Hijo de Dios encarnado, Jesucristo, que utiliza aquella expresión: «¿no habéis leído aquello que Dios os dijo: 'Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac,

y el Dios de Jacob?'», y añade: «no es Dios de muertos, sino de vivos» (Mt 22, 32).

La hospitalidad de Abraham

La historia de Abraham es seguramente la más bonita del Génesis, y quién sabe si de toda la Biblia hebraica, y lo decimos así, porque no queremos tomar como referencia a tantos episodios de la vida de Dios hecho hombre, que escapan a toda comparación.

Y dentro de lo que es la biografía del primer Patriarca del pueblo elegido, hay un episodio que, en cierto modo, resume sus valores, humanos y religiosos, y que destaca la virtud de la hospitalidad (Gn 18, 1-19). Abraham, Sara, la esposa, y los domésticos se encuentran en Mambré. Sara está dentro de la tienda, y Abraham sentado a la puerta. Un tórrido calor, en el corazón del día, lo envuelve todo. Sólo se puede hallar protección en la tienda de campaña y en la sombra reparadora de una gran encina.

Abraham sale al encuentro de los tres visitantes y los hace objeto de su acogida —que queremos calificar de cordial, si bien en otro ámbito podríamos aplicar el adjetivo de cálida o calurosa, que no es el más adecuado—, y comprendemos que, al contrario, en el mundo bíblico tenga siempre una connotación tan positiva la palabra refrigerio y todo aquello que recuerde la necesidad de defenderse de las temperaturas tórridas.

Les ruega que acepten su hospitalidad. Los forasteros dicen que sí, por más que sean personajes celestiales y espíritus puros que no necesitan comer ni purificarse.

Es bonito invitar, y también que el visitante acepte, y pueda agradecer el detalle de atención que se le de-

dica, y quede en deuda con objeto de corresponder cuando se presente una ocasión.

Abraham hace el programa de los cumplidos. Todos colaboran. La persona, innominada, que ofrecerá a los visitantes un poco de agua para lavarles los pies. Sara amasa unas tortas de harina. El patriarca selecciona, del rebaño, un becerro bueno y tierno, que uno de los mozos prepara, y el amo de la casa lo lleva a los invitados, junto con requesón y leche, y se queda con ellos mientras que de todo hacen el caso que la buena educación pide.

Esta escena, me sugiere el recuerdo de un texto de Josemaría Escrivá de Balaguer: «'Apostolado del almuerzo': es la vieja hospitalidad de los Patriarcas, con el calor fraternal de Betania. —Cuando se ejercita, parece que se entrevé a Jesús, que preside, como en casa de Lázaro» (*Camino* 974)[10].

También aquí, en Mambré, Dios preside de alguna manera, porque ¿qué lector de la Biblia no se ha preguntado alguna vez quiénes eran estas tres personas?

Unos dicen que quien lleva la voz cantante es el mismo Yahveh, y los acompañantes, dos ángeles.

---

[10] Jesucristo relaciona el premio eterno con varias obras de misericordia referidas a esta expresión de caridad: "Venid, benditos de mi Padre, recibid en herencia el Reino que os tenía preparados desde la creación. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis". "Todo cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (cfr Mt 25, 31-46). Pedro también anima: "Sed hospitalarios" (1 Pe 4, 9). La primera persona a la que Pablo y sus compañeros conocen en Europa, Lidia, les ruega, después de haber sido bautizados ella y su familia: "Si me juzgáis fiel al Señor, venid a mi casa y quedaos" (Hech 16, 14-15). Cuatro siglos después San Benito destacará en su Regla el modo de tratar a los forasteros, que han de ser acogidos como a Cristo (RB, 53, 1).

Otros, que se trata de tres ángeles, de los cuales uno adoptaba la figura de Yahveh, y los otros dos son quienes, enseguida, se van a cumplir las órdenes recibidas con vistas a anunciar el castigo a Sodoma y Gomorra.

En todo caso, y aunque, como es posible, sean tres ángeles, por su número de tres, podrían ser considerados como una sombra de las tres personas divinas, según nos ha acostumbrado a verlos el pintor ruso Andrej Rublov.

Parecería, en efecto, un poco prematura una presencia visible del mismo Yahveh, ya que cuando se escribe este libro, estaba bien arraigada la convicción de que no era posible contemplar a Yahveh y continuar viviendo, si bien esto comportaba excepciones, como se ve en las vidas de Jacob, Moisés, Elías, y otros.

Los visitantes dejan en la casa la renovada esperanza de la próxima concepción de Sara que culminará en el alumbramiento del hijo que ella y Abraham tanto han deseado: Isaac.

Esta familiaridad entre Abraham y los tres visitantes, y la confianza que Dios manifestó hacia el patriarca, mientras despedía a los tres hombres, viene a confirmar las promesas que le habían sido hechas. Las palabras de Dios son ahora éstas: «Abraham llegará a ser un pueblo grande y fuerte, y por él serán bendecidas todas las familias de la tierra« (Gn 18, 18). Se recuerda la bendición divina que llegará a todo el mundo por mediación de Abraham, de su descendencia —el pueblo judío—, y en concreto el descendiente por antonomasia, Jesucristo, como aseverarán los Apóstoles, así Pablo (Ga 3, 15), y Pedro (Act 3, 25-26), interpretando la promesa expresada por primera vez en la vocación de Abraham (Gn 12, 13).

ABRAHAM, ISAAC Y EL HIJO DE DIOS

Hay un general acuerdo sobre el hecho de que, en la Escritura, la significación de los tipos —personas, cosas o acontecimientos del Antiguo Testamento que son símbolos que anticipan otros que se realizan en el Nuevo: los antitipos— se conocen con seguridad por revelación divina, que está contenida en la misma Biblia o en la Tradición, que deja a menudo su rastro en los escritos de la patrística, en la liturgia o en el arte cristiano. Pensamos en Melquisedec en relación con Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote (Heb 7, 17); en el maná y en la Eucaristía (Jn 6, 31); en el agua que brota de la peña y la gracia de los sacramentos (1 Cor 10, 4); o la serpiente de bronce y la cruz (Jn 3, 14).

Pero el conocimiento detallado de la Escritura y la visión global de todo su conjunto, da ocasión a la piedad particular, ayudada por la imaginación, a buscar significados que pueden proporcionar motivos de gozo a algún lector concreto, aunque no sean tipos propiamente dichos.

Es lo que ha sucedido muchas veces con ciertos episodios de la vida de los patriarcas, de los jueces o

de David— sobre todo si miran hacia los tiempos mesiánicos: el caso, hace poco evocado, de Abraham que da hospitalidad a los tres personajes que lo visitan (Gn 18): escena donde se ha querido ver una sombra de la Trinidad, y que el pintor ruso Andrej Rublov, citado hace poco, ha inmortalizado; el del combate de Jacob con el ángel (Gn 32, 23-33), que hace pensar en las pruebas a que Dios somete en la lucha ascética a las almas que destina a una alta vocación; o la devoción de David al Arca de la Alianza, ante la cual expresa su alegría, sin inhibiciones, incluso con la danza (2 S 6), y para ella está dispuesto a construir una casa digna en la que esté bien custodiada (2 S 7, 1-3).

Me ha sugerido estas reflexiones una lectura reciente de una narración contenida en Gn 22, 1-19, donde se lee la respuesta de Abraham a lo que Dios parece pedirle: la inmolación de su hijo Isaac.

Es fácil ver en este relato un paralelismo con la misión dada a Jesucristo por Dios, el Padre, de entregar la vida por la redención del mundo. El Señor dice a Abraham que tome a su hijo y que vaya al país de Moria, a la montaña que le dirá (v. 2). Un asno les lleva la carga hasta llegar a un lugar determinado. El patriarca coge entonces la leña del holocausto y la coloca sobre las espaldas de Isaac (6).

Éste, que ve el fuego y la leña, pregunta por la víctima (7). El padre no le dice todo aquello que le parece haber entendido del encargo de Dios —como si se dejara llevar por el instinto de quien tiene toda su confianza puesta en el Señor: «Dios proveerá» (8). Él, que sabe que Dios es amo de la vida y de la muerte, estima que ha de cumplir su voluntad, pero

un ángel impide el sacrificio: «no levantes la mano contra el muchacho, ni le hagas nada»: Dios ha visto la heroica disposición de quien no le ha negado su hijo único (12).

Dios confirma las promesas que le había hecho: «te llenaré de bendiciones, y multiplicaré mucho tu linaje, como las estrellas del cielo y como la arena de las orillas del mar (...) En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra» (17-18).

Esto servirá, además, para que en lo sucesivo, todo el mundo sepa que Dios no quiere sacrificios humanos, como los que hasta entonces se hacían en algunos cultos por esos lugares.

Con todo, la actitud sumisa de Isaac hace pensar en la de Jesucristo: «no se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc 22, 42), exclama en el huerto de Getsemaní, dirigiéndose a su Padre.

No sin motivo, se ha querido ver una correspondencia entre aquel nombre de Moira y el cerro en que se alzará el Templo de Jerusalén (2 Cr 3, 1): el lugar donde se ofrecerían los sacrificios prescritos por la ley, que anunciaban el sacrificio único del Hijo de Dios, que sería inmolado no lejos de allí, en el montículo del Calvario, después de un ofrecimiento elevado al cielo de manera continua, y que tiene un momento culminante en el Templo, en la ceremonia de la Presentación de Jesús, acompañado de José —también éste, a quien se da el apelativo de patriarca, tiene una función como la de Abraham, y representa el verdadero Padre, Dios—, y de su Madre, el alma de la cual una espada atravesará (cfr. Lc 2, 22-38), y que estará íntimamente unida a los sufrimientos de su Hijo.

La tríada de los primeros patriarcas del pueblo elegido —Abraham, Isaac y Jacob— destaca sobre todos los otros, y su importancia queda en cierto modo de relieve en el hecho que Yahveh, cuando se presenta de manera solemne a Moisés, le dice que es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (Ex 3, 15), expresión que, volvámoslo a recordar, también el Hijo de Dios hecho hombre empleará (Mt 22, 32).

La importancia de todos ellos —aparte del interés anecdótico de muchos de los detalles de sus vidas— radica en el hecho de que cada uno representa el pueblo de Dios, todo entero, que no ha quedado dividido todavía en las doce tribus, cosa que acontecerá tras la muerte de Jacob, que en lo sucesivo será denominado también Israel. Podemos decir que cada uno de los tres se encuentra en la línea genealógica del Mesías y tiene, pues, en sus entrañas, radicalmente, la futura humanidad de Cristo.

Esto explica, por ejemplo un hecho: Abraham, cuando sale al encuentro de Melquisedec, sacerdote eterno, que es imagen de Jesucristo, reconoce de hecho la superioridad que aquel tiene sobre el patriarca, al darle el diezmo y recibir de él una bendición. Abraham lleva entonces en su seno a todos los descendientes que vendrán, entre los cuales se encuentran los hijos de Leví, los levitas. Y por lo tanto también estos se han de inclinar ante aquel sacerdocio de Melquisedec figura del de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote (cfr. Heb 7, 4-10).

Las tradiciones familiares a las cuales el redactor del libro del Génesis dio forma muestran como estos

tres patriarcas cumplen la misión que Dios les encomendó, a través de una vida llena de dificultades y también de consolaciones y bendiciones de Dios.

Aparte del caso de Abraham —una figura única en la historia del pueblo elegido, que merece un tratamiento particular y detallado—, el primer objetivo a que son movidos Isaac y Jacob por las circunstancias y la voluntad de sus respectivos padres —Abraham y Isaac—, es la preparación del casamiento con las mujeres que habrán de compartir sus vidas —y darles la más preciada riqueza: la descendencia, y con ella la esperanza de encontrarse entre los antecesores del Mesías. También han de esforzarse en la consecución de ayudas humanas y materiales, lo cual les lleva a protagonizar hechos apasionantes, especialmente anecdóticos y significativos. Entre estos últimos se ha de mencionar como primero: la adquisición del derecho a la primogenitura, con la bendición que trae consigo, de su padre Isaac. Es un episodio (Gn 27) que no podemos juzgar ahora con unos criterios éticos muy estrictos, que quizá serían anacrónicos. Hemos de considerar que Dios cuenta con todo esto, y que es totalmente libre en sus determinaciones y que, las diversas personas, en las circunstancias en que se encuentran, van facilitando la realización de su voluntad.

Aquí vemos la astucia de la madre, Rebeca, la audacia de Jacob, la despreocupación de Esaú, el primogénito —materializada en el hecho de preferir un plato de lentejas a sus derechos de primogenitura—, y la debilidad del padre, Isaac.

Asegurada esta bendición, Jacob se puede sentir más seguro cuando ha de ir a lograr los otros objetivos, y concretamente en el viaje que tiene que lle-

varle a la tierra de sus antepasados a buscar mujer, porque esto ha de hacerse, no entre las hijas de la tierra de Canaán, sino entre las mujeres del país donde habían vivido sus parientes.

Ha de ir a ver a Labán, hijo de Betuel, hermano de su madre Rebeca[11]. Quien actúa en tanto que cabeza de familia es Labán, el hermano de Rebeca.

Se produce un encuentro fortuito con Raquel, que hacía de pastora, e iba al pozo a abrevar las ovejas de su padre. Hacen sus presentaciones. Jacob ayuda a la muchacha, y queda enamorado de ella. Rebeca avisa inmediatamente al padre Labán.

A partir de entonces, Jacob emplea todos los recursos de un buen negociador: firmeza, para no olvidar los objetivos a conseguir, y prudencia, para ir tirando y aflojando, y no romper la cuerda.

Esto se ve con el principal de los bienes que se ha propuesto conseguir: una mujer, y precisamente Raquel. Labán le pone la condición de hacerle trabajar siete años para él. Jacob acepta. Pero aquél, en realidad, lo que quiere es colocarle la mayor de las hermanas: Lia (cfr. Gn 29).

Cumplido el plazo, cuando cree haberse ganado ya a Raquel como mujer, aquel pariente, con una estragema —éticamente más que dudosa—, le da a Lia, a la cual, según él, le corresponde casarse an-

---

[11] Véase, sin embargo, Gn 29,5, donde se dice que Labán es hijo de Nahor; y Gn 24, 15, donde se lee: «Rebeca, hija de Betuel, el hijo de Milká, la mujer de Nahor, hermano de Abraham. Y también las notas de la *Bible de Jérusalem* a c. 24, donde se alude a dos tradiciones diferentes que hablan de Rebeca como hija de Betuel, y de Nahor.

tes. Jacob acepta, pero no se da por vencido, y quiere a Raquel. La condición es la misma: trabajar otros siete años. La cumple, y la hace esposa de verdad.

No serán fáciles las relaciones entre las dos mujeres, y entrarán en juego los celos, por el hecho de que Lía empezó a tener hijos —vinieron cuatro, sucesivamente—, el último de los cuales fue Judá, mientras que Raquel no concebía.

Para ayudar a su causa, ésta facilita al esposo la esclava Balá (cfr. Gn 30), para que le dé hijos, como si fueran de la misma ama de casa. Y efectivamente así nacieron dos.

Después Dios escucha el clamor de Raquel y le concede un hijo: será José. A partir de entonces, sucede a la inversa. Lia ya no concebirá, pero a través de la esclava Zelpá dará otros dos hijos a Jacob.

Y finalmente, de la esposa más querida, Raquel, a quien en realidad, de ser posible, Jaco habría escogido como la única, le viene el último hijo. Es Benjamín que, como un hijo que un padre tiene en su vejez, resulta el más querido. Es un nombre que ha pasado a tener una significación genérica: la del último de una serie de hijos.

Son en total diez, y si añadimos los dos que tuvo José —y a los cuales Jacob concede participación en la herencia—, suman los doce que darán inicio a las doce tribus de Israel, un número significativo, que coincidirá en su día con el de los doce miembros del colegio de los apóstoles que Jesucristo constituyó, y que se repite en la Jerusalén celestial. Ésta tendrá una muralla con doce puertas, y encima de ellas doce ángeles, y nombres grabados, que son

los de las doce tribus (cfr. Ap 21, 10-13), y con una muralla que se asienta encima de doce piedras en las que figuran los nombres de los doce apóstoles del Cordero» (14)

De todas maneras, aquel que, por inspiración de Dios, recibirá de Jacob la bendición en orden a tener entre sus descendientes al Mesías, será Judá, uno de los hijos de Lía (cfr. Gn 49,8-12: «El cetro no será quitado de Judá, ni el báculo de entre sus pies, hasta que venga aquel de quien es propio y al cual es debida la obediencia de los pueblos» (v. 10).

José y Benjamín, los dos hijos de Raquel, representarán el papel que es bien conocido en lo que se refiere a la estancia del pueblo de Israel en Egipto, con todo lo que se siguió de ello, y a su multiplicación hasta llegar a ser un gran pueblo, capaz de poblar la tierra que Dios les prometía (Ex 1, 1-7).

Sin que muestren una relación muy directa con los hechos más próximos de Jacob, sino que más bien proyectan la luz en el conjunto de su vida, o sobre otros temas— se puede aludir a dos episodios que son emblemáticos: el sueño de Jacob (Gn 28, 10-22), y la denominada lucha con Dios (Gn 32, 23-33).

En el primero (Gn 28, 10-22), podemos ver su llamamiento —y también de alguna manera la de todos los hombres— a una proximidad con Dios, y a una alta contemplación.

El episodio ocurrió entre Berseba y Harán. Jacob dormía, teniendo como cabezal una piedra. Vio una escalera entre la tierra y el cielo; y ángeles de Dios subían y bajaban. No es aventurado pensar, cuando estas cosas ya se han realizado, que miraban hacia al misterio de la encarnación del Verbo, que constituye como un puente entre el cielo y la tierra. Y quién

sabe si a esta escena se refiere Jesús cuando dice a Natanael: «os aseguro que veréis abierto el cielo y los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre» (Jn 1, 51).

El hecho de que, después de haber ungido la piedra, la haya colocado como una estela, puede estar relacionado con el orígen del santuario de Bet-El —una casa de Dios—, y tal vez aportar una justificación a formas de culto como ésta, que también se daban en la religión cananea, y que, aun así, más adelante fueron rechazadas por la Ley y los Profetas (cfr. Ex 23, 24). Parece como si se aunaran dos ideas: la de una morada de Dios en la tierra, y la de una noción más espiritual, la de ser la puerta «del cielo», donde Dios habita (1 R 8, 27). El hombre puede encontrar a Dios, en la tierra, y desearlo también en el cielo. Las palabras de este pasaje, con su ambivalencia, se emplean en las ceremonias de dedicación de un templo o a menudo como inscripción en la entrada a una catedral.

Dios perfecciona en Jacob su conocimiento de Dios: «Yo soy Yahveh, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac» (13). En lo sucesivo también será Dios de Jacob: de acuerdo con el voto que formula, si se cumplen las promesas que Dios le hace: «Yahveh será mi Dios» (21).

Dios toma como ocasión este episodio para renovar a Jacob la promesa de una abundante y cualificada descendencia: «Tu descendencia será como el polvo de la tierra y te expandirás hacia poniente y hacia oriente, al norte y al mediodía; y por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra» (14). Y con aquel acto simbólico, en realidad toma ya posesión de la tierra que será suya, y que Dios le guarda.

Con respecto al suceso de la lucha contra Dios (Gn 32, 23-33), se puede considerar que una de las enseñanzas del texto es también la de la relación con Dios, a la cual ciertamente contribuye la lucha. Cuando se da cuenta de que se las tiene con Dios, no para hasta que no ha alcanzado de éste una bendición (27).

Hacia el fin de la aventura, Jacob concluye: «He visto a Dios frente a frente, y he salvado la vida». Por esto da a aquel lugar el nombre de Penuel, que puede derivar de «peni 'el», cara de Dios (31). Hay que recordar, con todo, que de esta convicción de que no se puede mirar a Dios directamente sin morir, que se encuentra repetidamente en la vida de Moisés (Ex 3, 6; 19, 16 y ss), Dios ha concedido excepciones, de manera especial con el mismo Moisés (Ex 22, 11; 33, 11; Nm 12, 7-8; Dt 34, 10, y con Elías (1 R 19, 11)[12].

Se puede considerar como una ilustración de los combates que esperan a todo hombre en la vida. El pueblo de Israel tenía que pensar muy particularmente en los esfuerzos que requeriría la conquista de la tierra de promisión, tras los años de esclavitud en Egipto y los de la estancia en el desierto, y después en las luchas para conservarla. Y siempre más en las de la vida ascética de los hombres. Hasta Jesús en el evangelio pone un ejemplo que está emparentado con esta idea: «cuando alguien, fuerte y bien armado custodia su palacio, sus bienes están seguros, pero si llega uno más fuerte que él y lo vence, le toma las armas en que confiaba y reparte sus despojos» (Lc 11, 21-22).

---

[12] Véase *Bible de Jérusalem*, nota a Ex 33, 20).

Ciertamente que siempre se han considerado muy oportunas las aplicaciones que san Pablo hace a la vida cristiana, de las diversas piezas de la panoplia del guerrero (Ef 6, 10-17).

Esta lucha de Jacob se produce cuando está próximo su encuentro con Esaú, y la incertidumbre que lógicamente acompaña a esta espera, y la responsabilidad con que se siente, respeto de su familia y sus servidores. No rehúye la lucha cuando alguien entabla un combate con él, que durará hasta la madrugada.

La lucha será como una confirmación de su fortaleza —ya bien probada— y que vendrá recordada por el nombre que, a partir de ahora, podrá igualmente usar: el de Israel, que etimológicamente tal vez signifique: «que Dios se muestre fuerte», y que será interpretado popularmente como «él ha sido fuerte contra Dios».

UN BUEN CONSEJO

La gran difusión de la Biblia —y con ella la atención que se presta a Moisés— ha hecho descubrir universalmente a este personaje, como uno de los más grandes conductores de hombres de la historia, como un profundo conocedor del espíritu humano.

Se tiene de él un detallado retrato, por las tradiciones que, desde los libros del Pentateuco —Génesis, Éxodo, Números, Levítico y Deuteronomio— llevan hasta él, y ofrecen muchos detalles de su vida y de su obra, y porque se habla de él en otros lugares de la Escritura: en libros sapienciales o poéticos, como son los Salmos y el Sirácide (48, 1-5).

También en el Nuevo Testamento, cuando se presenta algún resumen de la Historia de la Salvación —como en las predicaciones de los apóstoles Pedro y Pablo, o el diácono Esteban— él sale, con lo esencial de su vida y de su misión.

Debieron de contribuir a trazar los rasgos de esta personalidad, sus raíces raciales judías que no ha-

bían olvidado el nomadismo de los patriarcas, su exquisita educación en la corte de Egipto, su experiencia al frente de sus compatriotas, calificados por Dios y por él mismo como «de dura cerviz», y también algunos episodios, no irrelevantes pero en los cuales, uno quizá se fija menos.

Refirámonos a dos: uno, su fuga a la tierra de Madián (Ex 2, 15), poblada por una gente racialmente o culturalmente próxima a los judíos: descendían de Abraham, por su última mujer, Quetura (Gn 25, 1-4).

Allí —a consecuencia de la defensa que hace de siete hermanas que, cuando estaban abrevando el ganado eran molestadas por unos pastores— conoce al padre de éstas: Jetró, un sacerdote de aquel país, que le da en matrimonio una de las hijas, Séfora, de la cual tendrá un hijo, Gerson (Ex 2, 16-22), y más adelante otro, Eliazar (cfr. Ex 18, 4 (Vg)).

Con todo, el cumplimiento de la voluntad de Dios encaminada a la liberación de su pueblo le obliga a dejar la tranquilidad de aquella vida familiar apenas estrenada, y a marcharse.

Pero cuando el pueblo de Dios —los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob— ya está en el desierto donde, conducido por Moisés, va tomando conciencia de pueblo elegido, va a ver a su suegro Jetró, que acompaña a la hija Séfora y a los dos hijos que ésta tuvo con Moisés. Se encuentra, pues, otra vez con la familia que dejó, sin que, por otra parte, hubiera formado ninguna más que no fuera la de sus hermanos de raza (Ex 18, 1-12).

Y es en aquella ocasión que Jetró le da una lección de sabiduría política que merecería formar parte de una antología de textos sobre aquello que

antaño se llamaba un tratado de «regimiento de príncipes» (Ex 18, 13-27).

Jetró observó que Moisés dedicaba todo el día, de la mañana al atardecer, a administrar justicia, y la gente se esperaba a su alrededor, y él no llegaba a hacer todo lo que debía. Se justificaba diciendo que todo aquel gentío acudía a él «para consultar a Dios».

El suegro dice que, si continúa así, todos se agotarán, él y los demás, porque la tarea supera sus fuerzas. Tras la observación le da un consejo concreto: que se dedique a instruir al pueblo sobre las leyes y la conducta a seguir, pero que busque hombres capaces, «hombres seguros, incorruptibles», para que sean cabezas de miles, de centenas, de cincuentenas y de decenas: «podrán estar todo el tiempo a disposición del pueblo para hacer justicia». «Ellos te elevarán todas las causas difíciles y ellos mismos resolverán los casos de menor importancia». «Aligera así tu carga, que ellos la llevarán contigo». «Si obras de esta manera ... podrás cumplir tu trabajo y toda esta gente, por su parte, volverá en paz a sus moradas».

El texto anota lacónicamente que «Moisés siguió el consejo de su suegro e hizo todo lo que le había dicho». Y con el mismo estilo acaba el capítulo: «Después Moisés dejó marchar a su suegro, que retomó el camino de su país».

Y en el Deuteronomio, donde se recoge la experiencia de los largos años de la vida del pueblo judío en el desierto, se recuerda cómo se hizo realidad esta organización de la justicia —«escucháis a vuestros hermanos y juzgáis según justicia entre el hombre y su hermano, y entre él y el extranjero»— y se explica con qué espíritu se llevaba a la práctica: «En

vuestros juicios no haréis distinción de personas, sino que escucharéis al pequeño como al grande. No tendréis miedo de nadie porque el juicio viene de Dios» (Dt 1, 16-18).

He conocido a un hombre santo, a quien Dios constituyó pastor de una porción grande del pueblo de Dios, y que estaba bien dotado para el gobierno de las ovejas y de los corderos del rebaño de Cristo, que una vez, a propósito de una cuestión concreta que había surgido, llamó a un joven estudiante y le encargó que copiara a máquina la narración del episodio, que se hace en el capítulo 18 del Éxodo, seguro de que algún día le serviría.

Añorando las ollas de Egipto

La experiencia enseña que los responsables del gobierno de un pueblo —que tienen que proponerse siempre fomentar el bien común, y con él la convivencia ordenada de la gente— han de atender en primer lugar a las necesidades elementales de todos, y fomentar el buen humor y la conveniente diversión que aligere regularmente las tensiones. Lo sabían bien los romanos, que captaban el clamor popular que pedía «*panem et circenses*», y lo expresa también con el título que le daba, «pan y toros», el autor del libreto de la que fue una popular zarzuela de ambiente madrileño.

Ante las privaciones del desierto, los israelitas añoran las ollas de Egipto, y exclaman: «ojalá hubiéramos muerto por mano de Yahveh en tierra de Egipto, cuando nos sentábamos alrededor de las ollas

de carne y comíamos pan en abundancia» (Nm 16, 3). Y en otro pasaje «se volvieron a lamentar, diciendo: quien nos diera carne para comer. Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto sin nada a cambio». Y a los amantes de la dieta mediterránea les gustará oír los nombres de los vegetales que no les faltaban en su esclavitud en aquel país: «de los pepinos, y de los melones, de los puerros, las cebollas y los ajos» (Nm 11, 5)[13]. Y el recuerdo de estos gustos caseros les hace quejarse del maná, siempre igual, tan tenue (cfr. Nm 11, 1-4). «¿Por qué nos hacías subir de Egipto por conducirnos a este lugar malo?» Y otra vez se ve su antiguo arraigo, cuando por contraste describen esta tierra de paso, el desierto: «No es lugar de siembras, ni de higueras, ni de viñas, ni de granados: ni agua hay para beber» (cfr. Nm 20, 1-13)[14]. Y a menudo vuelven a las protestas contra Yahveh y contra Moisés: «¿por qué nos habéis hecho subir de Egipto para morir en este de-

---

[13] Recogemos aquí las palabras latinas empleadas para denominar a estos comestibles tan naturales, sabrosos y bonitos a la vista: «cucumeres et pepones, porrique et cepe et allia». Reproducimos aquí los equivalentes de estas palabras en la Vg, por la proximidad de nuestras lenguas al latín. Y también como un homenaje al gran latinista que fue el traductor de estos textos, san Jerónimo, un dálmata que vivía en Roma y a quien un papa que tenemos como compatricio nuestro, san Dámaso, en el siglo IV, le encargó que pusiera a punto la versión llamada Vulgata de la Escritura, trabajo que hizo viviendo como penitente en Belén. Fue, de hecho, el texto oficial por largos siglos en la Iglesia latina, y básicamente todavía lo es,

[14] Y no nos resistimos tampoco a recordar estos nombres de nuestra agricultura, utilizados en la Vg:

«qui nec ficum gignit nec vineas nec malogranata et aquam non habet ad bibendum».

sierto?», por haberlos traído «a este lugar pésimo. «No hay pan ni agua, nuestra alma tiene fastidio de esta comida miserable» (Nm 21, 4).

Y claro está que Dios, a través del golpear de la vara de Moisés en la roca, les asegura ahora agua abundante (Nm 20, 11), de la misma manera que les había dado el maná (Ex 16, 4-8) y les había provisto de la carne de grandes bandadas de codornices que cubrían el campamento (Ex 16, 13-15; Nm 11, 31).

Y si, con las necesidades elementales cubiertas, tal vez no desearán con tanto afán las delicias de la Tierra de promisión de que les hablaban los exploradores que habían sido enviados —Josué y Caleb— creerán quizá un poco más en aquella «tierra muy buena ... tierra que rezuma leche y miel (Nm 14, 5-10) y esperarán. Y al mismo tiempo dedicarán su tiempo a atender a sus obligaciones inmediatas, domésticas y sociales, y a vivir en paz y tranquilidad, y a cantar, danzar y divertirse.

Los israelitas y la sobriedad

En la Biblia, tanto en el Nuevo como en el Viejo Testamento, no hace falta hacer demasiados retratos caricaturescos para ridiculizar la gula o las comidas copiosas, porque no debía ser éste el vicio nacional. Parece, en efecto, que los ágapes eran más bien sencillos.

Se puede dar por supuesto que la gente come y bebe con moderación, de manera coherente con los significativos gestos de Jesús de saciar el hambre de ellos con la multiplicación de los panes y de los pe-

ces, y de partir el pan, que el Maestro enseña a sus discípulos.

Y cuando se quiere marcar el contraste, dice el evangelista con lenguaje sobrio, en la conocida parábola, que el rico banqueteaba cada día espléndidamente, mientras que Lázaro, el pobre, comía las migajas que caían de la mesa de quien ha sido denominado Epulón (Lc 16, 19-31). En el festín de Baltasar (Dn 5, 1 y ss), y en la fiesta ofrecida por Herodes (Mt 14, 3-11), estos personajes son presentados, ciertamente, en un contexto crítico.

Quizás la divisa de este pueblo podría ser aquel deseo que se dirige a Dios, que engloba uno de los proverbios: «no me des pobreza ni riqueza; alimentame con el pan que me toca, no fuera que, harto, renegara, o que, en la miseria, me pusiera a robar» (Pr 30, 7-9).

Y también el consejo, según lo expresa bella y crudamente la sabiduría salomónica: «¿Has encontrado miel? Come sólo la que te convenga, no sea que te hartes de ella, y la tengas que vomitar» (Pr 25, 16).

Por esto, como no hacen falta demasiadas enseñanzas sobre el tema, no pasa desapercibido un pasaje del libro de los Jueces que cuenta un episodio de la vida de Gedeón o Jerobaal (7, 1-23), que se puede aplicar en esta línea.

Se halla en un contexto en que se ilustra la voluntad de Yahveh para que quede bien claro que cuando los israelitas se enfrentan con sus enemigos, lo que los hace vencer no es la fuerza de sus hombres o de sus armas, sino la protección divina (cfr. 7, 1-4).

Estamos en el siglo XI a. C., cuando se va consolidando el dominio de la Tierra que Dios ha dado a los

israelitas. Gedeón, con gente de Manasés y otras tribus, ha de ir a luchar contra los madianitas y sus aliados. Dispone de veinte mil hombres. Aun así, Dios quiere que el número de combatientes se reduzca. El caudillo advierte a sus hombres que quienes tengan miedo se retiren. Hay una desbandada, y quedan todavía diez mil. Pero han de ser todavía muchos menos. «Que bajen al agua, y yo los probaré», dice Yahveh.

Y fueron seleccionados con un insospechado procedimiento que, al parecer, tenía algo que ver con la sobriedad, y concretamente con la manera de beber.

La prueba miraba al gesto de coger el agua. Dos maneras de comportarse se manifiestan: unos beben a la manera de los perros, lamiendo —o como lo dice alguna de las versiones, pasando la mano por el agua y llevándola a la boca—, y esta se puede interpretar como una manera elegante de apagar la sed. Otros, en cambio, se arrodillan dentro del agua, y con la boca la sorben con avidez (cfr. 7, 4-7).

Se separan unos y otros. Debe de haber agradado a Yahveh la ponderación de los primeros, y resulta un grupo de trescientos combatientes, los cuales obtendrán la victoria frente a unos adversarios mejor armados, y serán los valientes que pasarán a la historia.

Gedeón divide a estos trescientos hombres en tres grupos; les hace coger las trompetas y los cántaros vacíos, en los que se ponen teas encendidas.

Les da instrucciones concretas. Gritarán: «¡por el Señor y por Gedeón!», y a través del toque de las trompetas, de la rotura de los cántaros, y con la ayuda de las teas y de las espadas, los trescientos persiguieron a los enemigos que quedaban (cfr. 7, 16-22).

Y después continuó la caza con vistas a hacer suyas las fuentes existentes hasta Bet-Bará y el Jordán, y ocupar todos los vados (cfr. 7, 24-25).

El hecho de que en tiempos como aquellos y en lugares tales, y sin que les sobraran alimentos, se pudieran cubrir ordinariamente —fuera de las épocas de hambre o de calamidades públicas— las necesidades elementales, no permitía actitudes parecidas a las del desmesurado afán consumista de hoy. Por otra parte, era necesario hacer a pie las obligadas caminatas para ir al campo a trabajar o para desplazarse fuera.

Aquel género de vida, con la sobriedad —estimulada con criterios religiosos—, la moderada alimentación y el ejercicio físico, con el trabajo corporal y aquellas marchas pedestres, serían hoy día, en las zonas del mundo donde hay demasiada comida y no saben qué hacer de ella, una defensa ante los problemas de la falta o del exceso de peso que pueden llevar a trastornos físicos o psicológicos.

Con todo, en el Evangelio hay un hecho que merece ser notado (Jn 2, 1-11), y que muestra la estima que Cristo tiene por las alegrías de la gente, también en la mesa: las bodas de Caná donde, con el fin de que no se quedaran sin vino, a sugerencia de su Madre, hace el milagro de convertir agua en vino, un vino de calidad.

El magnánimo David

Tiene siempre un particular atractivo para mí, en una lectura de los libros bíblicos, anteriores a la época cristiana, todo aquello que se refiere a una de

sus grandes figuras, la de David. Uno de los motivos es la significación de quien fue profeta y rey, como antecesor del Mesías, al cual, con razón se le llama Hijo de David. Pero también porque, con el material de la Escritura que es suyo —muchos de los salmos— o que se refiere a él —hechos narrados en los libros de Samuel, de los Reyes o de las Crónicas, o comentarios que se encuentran en alguno de los libros sapienciales—, se podrían escribir biografías, ciertamente, con un buen fundamento documental, pero también seriales de novelas históricas, que fueran entretenidas, con las cuales sería fácil ilustrar la descripción de muchas de las debilidades de los hombres, con sus caídas, pero también sus resurgimientos, y de la práctica de todas las virtudes humanas, entre ellas, la que lleva a corregir un error, y a levantarse después de una caída.

Es verdaderamente un placer leer un detalle del comportamiento de David con su perseguidor, el rey Saúl —un amigo convertido en enemigo—, a quien venera y respeta, pero del cual, legítimamente, se ve obligado a defenderse (1 S 26, 1 y ss). David —entonces todavía sólo un líder que hace campaña con sus partidas de guerrilleros— ha enviado espías a investigar el lugar donde Saúl y quienes le acompañan han acampado y duermen. David y uno de los lugartenientes —Abisai— se acercan sin hacer ruido. El futuro gran rey rechaza las insinuaciones del compañero que querría atravesar a Saúl de un solo golpe, con una lanza que el mismo rey tiene junto a su cabezal. Pero a David le basta cogerle esta arma y tomarle la jarra de agua que tenía al lado. Una muestra de magnanimidad.

Y David, desde lejos, una vez ha llegado a un lugar donde ya no está al alcance del rey Saúl, lo llama y le explica el hecho, mientras se lamenta una vez más de la injusta persecución de que es objeto.

Seguramente que debe ser por azar, pero a mí me gustaría decir que se le puede buscar un parentesco con determinadas formas de humor de los diversos pueblos mediterráneos, una anécdota que sucedió al citado adversario de nuestro personaje en aquellas comarcas de la Tierra Santa, y que hace pensar en la figurita que en nuestros nacimientos personifica uno de los placeres elementales de la vida vegetativa: el que suele venir tras los propios de una apetitosa ingestión, cuando la sigue una buena digestión.

Me refiero al personaje en la característica postura en cuclillas, bajados los pantalones, que responde a una insoslayable natural necesidad, que se ha colocado siempre sin especial malicia en un lugar discreto de los belenes, y que ahora va dando lugar a la costumbre de hacer una caricatura de figuras de la vida pública, que hayan hecho méritos para que los presenten en aquella posición, por más que los resultados de la capacidad creativa satiricohumorista de los artesanos de aquí en este punto, se quedan cortos seguramente respecto a lo que saben hacer los de las fallas de Valencia.

Hay un episodio en la vida de David que muestra precisamente su actitud magnánima. Sucede igualmente en relación con el rey Saúl, que de forma injusta iba a la caza de David, movido tal vez por la profunda envidia sentida por quien debía de atravesar etapas de depresión.

David y sus hombres se habían escondido por casualidad en el fondo de una cueva, y se dan cuenta de que entra Saúl, que va acompañado de los suyos.

Cuenta el relato bíblico que el rey había ido a la gruta a hacer sus necesidades, o dicho con el eufemismo empleado en este caso por el lenguaje bíblico, «a cubrirse los pies». La circunstancia provoca una reacción de David que denota también aquella grandeza de ánimo suya (1 S 24, 1-8).

Cuando ven inerme a Saúl en aquella posición que le iguala a todos los humanos, los que acompañaban a David le hacen notar que tiene una gran ocasión de deshacerse fácilmente de su gran enemigo. Pero el que de hecho será el más grande rey de Israel no quiere aprovechar aquella situación de indefensión de quien no imaginaba que estaba a merced de su adversario, pero sobre todo no quiere poner unas manos vengativas encima de Saúl, de quien Samuel —el juez carismático— había hecho un día el Ungido del Señor, el primer rey de Israel.

David se contenta con un trocito del manto que le ha cortado mientras se encontraba, agachado, en aquella poco gallarda actitud (id. 9-12). Ha sido verdaderamente una victoria moral del joven David.

Y permítaseme todavía recordar un hecho, que esta vez no presenta ribetes de humor pero que es también, por parte de David, un ejemplo de magnanimidad, de amistad o de generosidad, con sus hombres, y con Dios (cfr. 1 Cr 11, 15-19).

David ha insinuado —quizás era sólo una expansión afectiva, pensando en su pueblo natal— que le gustaría beber agua de una cisterna que está junto a la puerta de Belén. Sus compañeros, sin pedirle permiso, atravesando a la ida y a la vuelta las líneas enemigas, consiguen encontrar el agua y llenar con ella una vasija, y traérsela a su jefe.

Éste reacciona inmediatamente: es claro su reconocimiento hacia aquellos hombres, pero decide derramar el agua, y ofrecerla en libación a Yahveh. No quiere que sirva para su propio provecho, una cosa buena que ha sido obtenida con riesgo de la vida de los suyos.

Rememorando la vida de David, se comprende que se haya escrito en uno de los libros indicados: «Todo el pueblo lo advirtió y le agradó, porque todo lo que hacía el rey satisfacía al pueblo» (2 S 3, 36), comentario a la actitud de David, que ya es rey, cuando se duele de la muerte violenta de Abner, un amigo al que quería, y muestra su sentimiento ayunando, no comiendo nada.

Naamán, Eliseo y una muchacha judía

A la importancia que en sí mismos tienen ya ciertos textos de la Escritura, del Antiguo Testamento, se añade la que les da el hecho de que Cristo aludiera a los mismos en su predicación.

Pensamos en uno de ellos, el episodio de Naamán, el general sirio que va al encuentro del profeta Eliseo con objeto de ser curado de la lepra que le afecta.

Éste le dice que se bañe siete veces en el Jordán. Después de alguna resistencia, accede, y queda liberado del mal (2 R 5, 1-15).

Jesús se refiere a este hecho cuando dice: «Y cuántos leprosos había en tiempos del profeta Eliseo, pero ninguno de ellos fue purificado sino el sirio Naamán» (Lc 4, 27). Quiere decir con esto que aquel extranjero estaba mejor preparado que los connacionales del

profeta para recibir los favores de Dios, y que éste correspondió a su buena disposición.

Pero a mí me place mucho fijarme ahora en un personaje que no es central en la narración, pero por el cual esta historia ha empezado. Todo parte de una información que una joven criada dio a su dueña, la mujer de Naamán. Le dice que hay un profeta poderoso en Israel que podría curar al general. Y presiona suavemente y con eficacia para que vaya a verle. Era una muchacha israelita que seguramente cayó prisionera en alguna *razzia*, y pasó al servicio de esa casa.

Dios todopoderoso, que podría hacer las cosas directamente, busca un entrelazamiento de colaboraciones humanas a la hora de realizar sus obras; las pequeñas, está claro, pero también las grandes, como los milagros en los cuerpos y en las almas.

Aquí, lo que destaca es el detalle de bondad de esta servidora hacia sus amos, que sobrepasa prejuicios nacionales, resentimientos sociales o diferencias religiosas.

El mundo necesita, en muchos puntos, notables enderezamientos, y éstos, en una parte importante, tienen que seguir las vías de los medios de comunicación, de los centros desde donde salen las directrices de la cultura, la política o la economía, a través de las personas que trabajan allí.

Pero estas transformaciones empiezan muchos veces así, de una manera humilde, por el trato directo y leal entre la gente, con la naturalidad con que alguna persona modesta —como aquí esta muchacha que hace trabajos domésticos— mueve a otra que tiene más influencia: hace lo que está a su alcance, anima

a emplear un medio, quizás sencillo y aparentemente desproporcionado, pero que en manos de Dios, es capaz de producir un efecto insospechado.

Y como en aquellos tiempos, también en los nuestros.

Hombres y mujeres en la Biblia

Estimo que no es justo decir que en la Biblia la mujer esté siempre tenida en menos en comparación con el hombre.

El viejo Adán mira hacia adelante, al nuevo Adán, Cristo, y también la madre de los vivientes, Eva, llega a su punto culminante en la nueva Eva, María, la Virgen Madre.

El primero de los patriarcas, Abraham, trató a su mujer Sara con toda la deferencia que merecía. Es Rebeca quien obtiene de Isaac, para Jacob, la primogenitura que, en un principio, no le correspondía. Y las dos esposas de Jacob —Raquel y Lia— llegarán a ser para el lector de la Biblia, tan familiares como él. Cuando se piensa en Salomón, todo el mundo sabe que es el hijo preferido de David, y también de Betsabee, la que fue mujer de Urías. Los autores sagrados celebran, es cierto, la sabiduría de Salomón, pero también hay todo un libro, bellísimo, sobre la mujer ideal, la Sulamita, cantada por él.

Y a partir de Jesucristo, vemos igual hombres que mujeres en los grandes momentos de su vida. Y si llama a los apóstoles, las mujeres también le siguen, prestándole devoción, afecto y servicios desinteresados.

Y si Juan y Santiago son los hijos de Zebedeo, también sabemos que su madre es Salomé, una de las santas mujeres que están al pie de la cruz (Mc 15, 40).

Cura al sirviente del centurión, a instancias de éste, pero también, espontáneamente, por compasión hacia la madre, hace volver a la vida al hijo de la viuda de Naím. Resucita a su amigo Lázaro, pero son sus hermanas Marta y María, quienes lo motivan de cerca.

Hay que decir que, mientras sube al Calvario y cuando es crucificado, acompañándolo, hay más mujeres que hombres y demuestran así su fortaleza. Y no sorprende nada que la primera aparición de Jesús resucitado de la que tenemos noticia por los evangelios sea a una mujer: María de Magdala (Jn 20, 14-18; cf. Mc 16, 9-11) o, si se quiere, al grupo de las mujeres, como otros interpretan (Mt 28, 8-10).

Hay que decir, con todo, que no consta que en el Cenáculo, cuando se reunió con los Apóstoles por la Pascua y la Cena eucarística, estuviera su Madre ni ninguna otra de las mujeres. Allí se instituía también el sacerdocio, la función primordial del cual era la celebración del Santo Sacrificio del Altar y lo reservó para algunos hombres.

Si los sacerdotes iban a ser signo de Cristo, el Sumo y Eterno Sacerdote, se puede pensar que el hecho de que fueran del mismo género de éste habría de facilitar que, con una mayor semejanza física, todo el mundo, hombres y mujeres, a través de ellos, se acercaran al Dios hecho hombre.

Se me excusará poner en esto una brizna de humor, si digo que a las otras razones que para ello pudiera tener Jesús, se podría añadir la de que tal vez

quería evitar a las mujeres —como también sucedía en el Antiguo Testamento, en que los sacrificios cruentos estaban a cargo de los hombres— el trabajo de ofrecer el sacrificio de su Cuerpo y de su Sangre, en el Nuevo, aunque en éste la mactación de la víctima fuera incruenta.

En cambio, sí que María y otras mujeres tuvieron su lugar en el mismo Cenáculo, entre aquellas ciento veinte personas que materializaban la Iglesia naciente (Act 1, 13-15), y se preparaban para la venida del Espíritu Santo, el día de Pentecostés.

Y justamente con el don del Paráclito debía tener una particular actualidad el texto de Joel, que anunciaba la efusión del Espíritu: «Y acaecerá en los últimos días, dice Dios, que haré una efusión de mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas... Sí, sobre mis servidores y sobre mis servidoras derramaré mi Espíritu, y profetizarán» (Act 2, 16-18; cfr. Jl, 2, 28-32). Como reiteradamente se anuncia, recibirían, pues, el Espíritu Santo, con sus carismas, hombres y mujeres, sin discriminaciones.

Tres mujeres israelitas

Mucho se ha discutido sobre el papel de la mujer en la vida familiar, social y política, de Israel, y haría falta ver esto en ese contexto histórico, más que en las comparaciones entre los papeles del hombre y de la mujer, sobre todo con criterios de nuestros días.

La historia del Pueblo elegido sería parte de otra más larga, que empezó con Eva —la madre de los

vivientes, que los textos del Génesis presentan como de la misma naturaleza que el hombre: «a imagen de Dios los creó; los creó hombre y mujer» (Gn 1, 37), y de igual dignidad: «esto sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne» (2, 23)—, y más adelante siguió con la nueva Eva: «alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo» (Lc 1, 28); aquella en la cual «el Verbo se ha hecho carne» (Jn 1, 14). Con ésta, el papel de una mujer consigue la plenitud, puesto que llega a ser Madre de Cristo, del Dios hecho Hombre, que es Rey: de Israel (Jn 12, 13), de Sión (Mt 21, 5), Rey de Reyes y Señor de quienes dominan (Ap 19, 16); y ella, Reina, Madre del Rey.

Fijémonos en tres personajes femeninos que podemos escoger como característicos, que reflejan varias épocas. La primera, la de los patriarcas —Rebeca—, la madre de Jacob (Gn 24, 15-66; id 27), que le ayuda a obtener la bendición de su padre, y confirmar así su primogenitura.

Otra, la de los Jueces, «una mujer profetisa, Débora» a quien ruegan que intervenga en un momento de aprieto para el Pueblo (Jue, 4, 4-23 y 5), y tras la campaña bélica que dirigió, «la tierra quedó en paz durante cuarenta años» (5, 3).

Y la tercera, que se encuentra descrita en un poema final de un libro didáctico y que de alguna manera podría ser la figura ejemplar en el periodo de madurez de la historia de Israel (Pr 31, 10-31), de la cual sintetizamos aquí los rasgos principales, y que comentamos con más detenimiento, a continuación, en estas mismas páginas. Esta última la vemos atenta a todo, e igualmente se ocupa de los asuntos domésticos que de los de fuera. No solamente ase-

gura los servicios de intendencia para todos los de la casa (15 y 21), y es generosa con los pobres (20), sino que hila y teje (19 y 24), y vende manufacturas a los comerciantes (24). Y cuando pone la vista en un campo, lo compra, y planta una viña (16). Su marido hace un buen papel junto a los poderosos en la vida pública (23). «Sus hijos se levantan para felicitarla; su marido la ensalza», y hacen este elogio: «hay otras mujeres valientes, pero tú las sobrepasas a todas» (29-30).

Éste puede ser, entre los textos de la Biblia que tocan temas no directamente religiosos, uno de los pasajes más sugestivos, y que marcan una dirección decisiva en la tradición judeocristiana, en aquello que llegará a ser el papel de la mujer en la sociedad.

Aparece ahí, en efecto, la igual dignidad de la mujer y del hombre y la superioridad, de hecho, de aquélla, en muchos aspectos, por su capacidad de realizar un trabajo en todos los terrenos: en casa y en todas las profesiones, y a través de su influencia positiva en los éxitos de los otros, el hombre incluido.

Seguro que se nos excusará alguna reiteración temática, ya que, acto seguido nos extendemos un poco más en la descripción de este último retrato, buscando también alguna significación teológica.

Del retrato ideal de una mujer

En el capítulo 31 del libro de los Proverbios (vv. 10-31), en 21 versos acrósticos, que empiezan con la inicial de cada una de las letras del abecedario hebreo —el alefato, es decir del elenco de las conso-

nantes hebraicas, que comienzan por el alef y el bet y por eso se llama alefato— se hace un gran elogio —seguramente el más expresivo de los que en la Escritura se dirigen a una criatura— a la Mujer perfecta o la Mujer fuerte (*'eshat-jayil*) o la Mujer que teme a Yahveh (*'ishah yire'at-yehowah*) (véase también 12, 4)[15], que son dos maneras habituales de expresarlo.

Nos atrevemos a subrayar que el hecho de que, para situar estos 21 versos del poema, se utilizaran todas las consonantes del alfabeto hebreo, y que ya no hay otras— puede aludir a la plenitud de las alabanzas que esta Mujer merece: «no hay muchas mujeres fuertes, pero tú las superas a todas» (29).

Contenido

El poema presenta a un ama de casa, que es muchas cosas a la vez: esposa, madre, administradora y empresaria. «En ella confía el corazón de su marido y no deja de sacar provecho de la misma» (11). «se levantan sus hijos y la proclaman feliz, y su marido hace de ella el elogio» (28).

Tiene capacidad para llegar a todo, dentro y fuera de casa. Y esto se hace manifiesto en una buena administración: «vigila el movimiento de su casa (27), distribuye el trabajo que ha de hacer el personal doméstico (15), procura que no falte la comida (15), ni la ropa de vestir y de abrigo (21, 22), y tiene cuidado también de su atuendo: «ella se hace colchas, se

[15] «La femme sage», según La Bible de Jérusalem.

viste de biso y púrpura» (22); y hay que decir también que «abre la palma de su mano para el indigente y tiende sus manos al pobre (20); e igualmente destaca en las actividades artesanales (13, 24) o industriales y mercantiles (18, 19).

Es seguro que en buena parte gracias a ella, su esposo hace un buen papel en la vida pública: «a las puertas de la ciudad, su marido es considerado, cuando se sienta entre los ancianos del país» (23). Pero nada hace pensar en la exposición del tema que señale que en casa ella sea dependiente de su marido, o que sea él quien ejerce la autoridad o que la domina o la supera en algo —ni de derecho ni de hecho—, o que ella sólo trabaja para él o sustituyéndolo. Es ella quien toma todas las decisiones y las ejecuta.

Se tiene la impresión de que hay igualdad entre ella y su esposo. El trabajo de ella lo conocemos bien por la descripción que se hace del mismo en el texto, y el de él, lo suponemos, y podemos pensar que viene faciltado por la ayuda que supone que en el ámbito doméstico todas las cosas funcionen. Y lo mismo podríamos pensar de sus hijos. Ella hace un trabajo que seguramente su marido no sabría hacer, pero sí que ella sería capaz de realizar todo lo que él hace en otros ámbitos de la sociedad.

Ella actúa con diligencia en el ejercicio de un trabajo en que pone la inteligencia, la habilidad de sus manos, y un gran instinto comercial: «confecciona telas de lino y las vende, entrega un ceñidor al mercader» (24), o al cananeo o fenicio, como dicen algunas versiones. Quizás por esto, se le reconoce, en efecto, un derecho a ser glorificada y a participar en los re-

sultados que obtiene: «dadle del fruto de sus manos, y que a las puertas de la ciudad alaben sus obras» (31), es decir, en los lugares de reunión, delante de todo el mundo, como se dice de su marido (23).

Se alude a un punto quizás todavía más importante: es una educadora, que tiene buenos criterios sobre la vida moral y el cumplimiento de la ley de Yahveh: «una mujer que teme a Yahveh es ella a quien hay que alabar» (30).

Y cuando el texto subraya que lo que cuenta es la piedad y la sabiduría —«su boca, la abre con sabiduría y tiene en la lengua una doctrina de piedad» (25)—, y dice que «la gracia es engañosa, y vana la belleza» (30), tampoco se quiere afirmar con ello que aquellas otras cualidades no las tenga aquella Mujer perfecta, sino que cuentan poco, al lado de lo que son las verdaderas virtudes.

Los Proverbios y el tema de la Sabiduría

El de la Mujer perfecta, es un texto que cierra el libro de los Proverbios, y podría ser una ilustración de lo esencial de todo su contenido, que es el tema de la Sabiduría.

Éste parece ocupar un punto central, donde se da de ello una enseñanza esencial (Pr 8, 22-31), y se puede ver allí la personificación de la Sabiduría (*hokemah*):

«Yahveh me creó como principio de su hacer, como primera de sus obras de entonces (22). Desde la eternidad fui constituida, desde el comienzo, en el origen de la tierra (23). Cuando todavía los abismos

no eran, fui alumbrada, cuando no había fuentes, las de agua abundante (24); antes de que las montañas fueran hundidas, antes que los montículos salí a la luz (25) cuando aún no había hecho la tierra y los campos, ni la masa de los terrones del mundo (26) cuando Él afirmaba los cielos, yo ya era, cuando trazaba un círculo en la sobrehaz del abismo (27), cuando condensaba las nubes de arriba, cuando fijaba las fuentes del abismo (28) cuando asignaba su término al mar —y el agua no traspasa su orden—, cuando consolidaba los fundamentos de la tierra (29) yo estaba a su lado como maestro de obras y era mi delicia un día y otro, jugar delante de él en todo tiempo (30) jugando en el orbe de la tierra suya; y hacía mis delicias estando con los hijos de los hombres» (31).

Distintos sentidos de la Sabiduría

La Sabiduría en algunos lugares aparece solamente como una cosa, un bien deseable, o un atributo (Jb 28; Ba 3, 1-38) del cual pueden participar los miembros del pueblo de Dios; en otros —a menudo a lo largo del libro de los Proverbios—, como una personificación de la Sabiduría eterna: «la Sabiduría grita por las calles» (1, 20-23); «Yahveh mediante la Sabiduría, ha fundado la tierra; ha establecido los cielos mediante la Inteligencia» (3, 16-19); en los cc. 8-9, véase sobre todo (8, 22-31), dónde toma parte activa en la creación o en la redención. Estos sentidos se desarrollarán todavía más en el libro de Jesús, hijo de Sira (Ecli 4, 1-19; 14,20; 15, 10

y de manera especial 24, 1-29): «la Sabiduría se alaba a sí misma, en medio de su pueblo se glorifica. En la asamblea del Altísimo se pone a hablar, ante su ejército se glorifica». Son palabras e imágenes que evocan de alguna manera el Verbo eterno que era junto al Padre desde toda la eternidad (Jn 1, 1; y también Col 1, 16-17), y que, después de estas manifestaciones fragmentarias y proféticas, iría preparando los ánimos para la Encarnación de aquella Sabiduría —que sería no ya una personificación, sino una verdadera Persona—, la del Verbo cuando se hizo Hombre.

Y, la Mujer perfecta —con unos trazos que no están lejos de la idea de creación, de conservación de lo creado, de redención, y en los cuales no hay nada que desdiga de Dios— serviría para aplicarla de alguna manera a la Sabiduría Eterna, es decir a Dios.

Antes del momento de la Encarnación en que el Verbo, o la Palabra, se hace hombre, y más en concreto varón, para expresar los atributos o cualidades de Dios, se podía, sin especial problema, utilizar palabras conceptualmente masculinas: pastor (Ez 34, 12), guerrero (Jr 20, 11) o femeninas (águila, Dt 32, 11), puesto que Dios trascendía todos los géneros. Las imágenes o comparaciones que se daban de él podían ser de un género o de otro. Aun así, a partir del Dios encarnado, hay que matizar más en este punto cuando uno se refiere precisamente a Jesús, en tanto que hombre, ya que hay que subrayar el género.

Notemos que sirven también para ilustrar aspectos concretos de la vida moral, o de la caridad pastoral, algunas imágenes femeninas: la clueca que protege los polluelos (Mt 23, 37), la mujer que mezcla la levadura con la harina (Lc 13, 21) o la mujer que

ha perdido una dracma y barre la casa hasta que la encuentra (Lc 15, 9).

La Mujer perfecta y la Sabiduría Eterna

Por lo tanto, esta suma de cualidades que adornan el ser y el obrar de una Mujer (Pr 31, 10-31), podrían aplicarse a Dios, en su Sabiduría eterna e infinita, y reflejar cualidades y atributos. La ponderación que siempre ha merecido este texto, y las generosas glosas con que ha sido enriquecido en las versiones griegas, han llevado a algunos escrituristas judíos a hacer una interpretación alegórica en este sentido, y a ver este aspecto.

Nada impide que se vaya a buscar directamente también aquella descripción de un paradigma de Mujer inteligente, diligente, industriosa, piadosa —que vive la justicia, o que es justa, si lo queremos decir con la palabra hebrea que equivaldría a santa— que pueda servir para una larga duración de siglos o de milenios. Las mujeres que tengan que luchar para conseguir la reivindicación de sus derechos la podrán mirar con simpatía y admiración, y afán de emulación.

PROFETAS:
HECHOS, PALABRAS, ESCRITOS

Perspectivas proféticas

Con los encargos que Dios hace a los profetas, cuando es él quien los llama —además de utilizarlos en algunos casos como órganos de la Revelación, ya sea de palabra, ya por escrito—, se propone enviarlos al pueblo, a exhortarlo a la conversión, a fortalecer su fidelidad, y moverlo a cumplir el pacto concertado con Dios, y para ello, a practicar todas las virtudes, y acrecentar la esperanza.

Y al mismo tiempo, a tal fin, procuran llevar a los israelitas a vivir una práctica religiosa que no confíe solamente en las observancias externas, sino también en el interior, y sepan no quedarse en la letra de la Ley sino ir al espíritu.

Uno de los medios que Dios les inspira, en orden a la realización de su misión, es el de hacerlos divisar el futuro, y mostrarles cómo se realizarán las promesas de Dios.

La seguridad de la ayuda del Señor en el mismo que habla o escribe, alimenta pues la esperanza con respecto a otros, en sus necesidades.

Y suele pasar que esta mirada puede abarcar distintas perspectivas: de las más inmediatas a las más trascendentes.

Generalmente se muestra el fin de una calamidad presente —si el pueblo se convierte a Dios y vuelve a la fidelidad a Él— como es el caso del cautiverio de Babilonia, con el regreso de los exiliados, en medio de cantos de alegría.

No raramente, con el acontecimiento que se anuncia, se quiere aludir a algún otro futuro, de características parecidas, o se va más lejos: a la continuación de la vida del Pueblo de Dios: la Iglesia cristiana.

Aun así, algunas veces el anuncio de las bendiciones divinas en el futuro se hace con tal abundancia de detalles que se puede tratar, no ya del advenimiento de la era mesiánica, sino incluso de su culminación, al final de los tiempos.

Algunas veces, con objeto de hacer más eficaz el mensaje de los profetas, y también de otros hagiógrafos, les inspira el género apocalíptico, en el cual, a menudo destacan las descripciones de grandes acontecimientos colectivos de carácter bélico o cósmico que, a veces vienen acompañadas por intervenciones poderosas de Dios o de sus mensajeros o enviados, tales como algunos arcángeles —piénsese en el libro de Daniel o en el Apocalipsis de Juan—, con la visión de Gabriel o de Miguel, sin que se tenga que tratar de buscar una correspondencia detallada entre los episodios narrados en estos libros y otros, que ya han sucedido o que acontecerán en los momentos y circunstancias que sólo Dios sabe.

El de una invitación a la consolación y a la esperanza puede ser el sentido de la conclusión del libro

de Isaías (66, 8-21), que es un canto a la universalidad de la salvación: llegará a Sión gente de todos los lugares: desde los más próximos hasta los más lejanos: de un extremo al otro del mundo: «Tarsis, Fut, Lud, Mósoc, Túbal, Javán, las islas lejanas», y de todos estos nombres, quién sabe si algunos se puedan identificar con Iberia, Libia, Lidia, Frigia, Cilicia, los jonios o los griegos.

Presentarán sus dones, y Dios hará de ellos, incluso sacerdotes y levitas. Traen a la mente a aquellos que se sentarán a la mesa del Reino de los Cielos, con Abraham, Isaac y Jacob, y los Profetas (Mt 8, 11).

Ecumenismo antes del tiempo

Está claro que, con respecto al pueblo elegido por él, Yahveh se muestra celoso en todo aquello que tiene que ver con la fe, con la fidelidad a su pacto, y si ésta falla, emplea los medios adecuados para que aquel pueblo, que es peculio suyo, su propiedad particular, vuelva a recuperarla. Sin embargo, con los que están lejos —aunque expresa su voluntad de que algún día vengan a rendir culto al verdadero Dios, en Jerusalén, y a todo lo que esto significa—, muestra una gran paciencia.

Yo diría que incluso en alguna de las actitudes de Yahveh que, antropomórficamente nos describen los autores sagrados, veríamos alguna raíz de lo que ahora llamamos ecumenismo: en aquello que mira al afán que nos conduce a encontrar aspectos positivos en las creencias de hombres de otras culturas.

Veamos, por ejemplo, la predicación de Jonás. Es enviado por Dios (cfr. Jon 3) a provocar la conversión

de las costumbres a la populosa ciudad de Nínive, que estaba en Mesopotamia, seguramente el actual Irak.

No sabemos si el concepto de Dios que tenían los ninivitas o si los mandatos básicos de su moral diferían mucho de los que eran propios de los judíos, pero no parece que en aquel momento Jonás haga de ello un problema, y les invita a la penitencia de sus pecados y a la conversión.

Es una muestra del amor de Dios a todos los hombres, y de la conveniencia de preparar las cosas para que en su día, como Jesús lo anunciaría —y lo acabamos de recordar aquí mismo—, vinieran gentes del Oriente y del Occidente a sentarse con Abraham, Isaac y Jacob a la mesa del reino celestial (cfr. Mt 8, 11).

Un profeta singular

Una vez —y seguramente más de una— alguien se dirigió a Juan Bautista para preguntarle quién era. Quedó claro en sus palabras que él no es el Mesías que tiene que venir. Y las respuestas descartan también otras identificaciones. No es ni Elías, ni el Profeta. Permitidme entender así esta última alusión: «el» Profeta, el nombre escrito con artículo, pensando que se refería, no a un profeta cualquiera, sino a un Profeta singular, a quien la gente tiene presente, como se ve en varios episodios evangélicos, como el de la multiplicación de los panes y de los peces. Una vez realizada ésta, se preguntan: «¿éste no es de verdad el Profeta que ha de venir a este mundo?» (Jn 6, 14), y quieren hacerlo rey, o aquel que esperan los

samaritanos: «¿no será éste el profeta?» —y hay que tener en cuenta que los samaritanos, de la Escritura, no tenían más que el Pentateuco, y es justamente en un libro de éste —el Deuteronomio—, donde se habla concretamente de tal Profeta, en el anuncio hecho por Moisés al pueblo: «Yahveh, tu Dios, te suscitará un profeta, como yo, de entre tu gente y tus hermanos: a él escucharás» (Dt 18, 15). Es aquel que tiene presente Pedro cuando predica al pueblo, por primera vez después de Pentecostés: Jesús, el Redentor (Act 3, 22).

Claro está que Jesús puede ser denominado Profeta en un sentido propio: habla en nombre de Dios y dice las cosas que ha oído al Padre. Y por otra parte, es quien con más fuerza ha invitado a la conversión: «convertíos y haced penitencia (*metanoeite*, cambiad de mentalidad), que el Reino de Dios está cerca». Y, con respecto a lo venidero, ha anunciado oportunamente, no sólo el cumplimiento de hechos que se realizan de inmediato en las personas, sino también la destrucción de Jerusalén y su Templo, que era como la anticipación de otro hecho futuro: el fin del mundo.

Así, pues, podemos pensar que si bien Juan no es el Profeta singular, sí que es un profeta que, como todos los profetas, habla en lugar de Dios: el último de los profetas del Antiguo Testamento, el cual viene apenas un poco antes de aquel profeta singular, que él anuncia, y a quien, cuando pasa, señala con el dedo: «he aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo» (Jn 1, 29).

Admiramos la humildad de Juan, pero es oportuno que nosotros recordemos las palabras de Jesús

cuando dice que «nadie, de los nacidos de mujer, es más grande que Juan Bautista» (Mt 11, 11), y también en la virtud de la humildad, que siempre —también entonces— es la verdad.

Un tema que apunta: la escatología

Por una buena pedagogía, Dios va haciendo progresivamente la Revelación para que se pueda asimilar mejor. Así, en los dos primeros milenios de la historia bíblica, buena parte de los puntos de la doctrina sobre la escatología se encuentran, digamos, implícitamente. Sin duda que es interesante observar el hecho de que, si bien no son muchos los detalles que se ofrecen sobre el tema, tampoco se dice nada que contradiga la doctrina que se acabó de perfilar más tarde.

Y, por otra parte, todo el contenido del Antiguo Testamento, y en especial algunos pasajes, es como una sombra o una anticipación del Nuevo.

En efecto, todo el camino, en sus diversas etapas, que el pueblo elegido seguirá, desde que Abraham —nómada o peregrino— recibe la vocación de Dios para ir a la Tierra que le está destinada, mira siempre hacia aquella tierra de la cual brota leche y miel (Ex 13, 5; Dt 26, 9), y más lejos todavía, hacia la Patria definitiva donde no habrá dolor ni llanto.

Será aquel «Reposo» al cual habrá de llegar, en una sucesión de momentos marcados por signos diversos: «nos toca entrar, ciertamente, en el Reposo a quienes hemos creído», recuerda la epístola a los Hebreos, que glosa el Salmo 95 y las vicisitudes de

la estancia de cuarenta años en el desierto antes de entrar en la Tierra Prometida, ahora que sólo queda llegar a la fase celestial del Reino de Dios (cfr. Heb 4, 1-13).

Algunas de las referencias se dan como de paso: son a la manera de una semilla llamada a desarrollarse a lo largo del tiempo —debieron de ayudar mucho a ello los salmos— y empiezan a lograr una cierta madurez en los últimos periodos, los que preceden inmediatamente a Cristo, en los cuales también se refleja la cultura griega de Alejandría. Véase, por ejemplo, el libro de la Sabiduría, donde se dice «que las almas de los justos están en manos de Dios» (5, 1) y que «su esperanza está llena de inmortalidad» (5, 4). Y llegarán a su punto culminante en las enseñanzas del Hijo de Dios y de los Apóstoles.

De las palabras puestas en boca de los patriarcas y de otros personajes de los tiempos antiguos, uno puede fijarse en expresiones como las de «fue a reunirse con sus padres», o similares: «Abraham expiró... y fue a reunirse con su pueblo (Gn 25, 8). «Isaac... murió y se reunió con su pueblo» (Gn 35, 29). Y, ante la noticia —que resultó falsa— de la muerte de José, «Jacob rehusó todo consuelo y dijo: en luto quiero bajar hacia mi hijo, al sheol» (Gn 37, 35). O si es uno mismo que alude a la propia muerte: «yo me voy a reunir con mi pueblo» (Gn 49, 29; id 33). Y David: «me voy por el camino por donde va todo el mundo» (1 R 2, 2), y David «se durmió con sus padres y fue sepultado en la Ciudad de David» (1 R 2, 10).

Es sorprendente el hecho de que Dios permite que, a través de la pitonisa de Endor, Saúl pueda hablar con el espíritu de Samuel (1 S 28), finado hacía

poco. Este dirá a Saúl: «mañana tú y tus hijos estaréis conmigo», y se refiere al «sheol», al lugar común a todos los muertos, buenos o réprobos, como en el pasaje de Números (cfr. 16, 31-33) donde, tras la revuelta de Coré, «la tierra se agrietó bajo sus pies, abrió la boca y los engulló, a ellos y a sus familias, y también a todos los de Coré y todos sus bienes», y añade: bajaron vivos al «sheol».

Es ésta una palabra de origen desconocido, que designa las profundidades de la tierra. Se pensaba que bajan allí todos los muertos, buenos y malos, como se muestra en algunos de los textos más arriba citados.

Notamos que en la pregunta que hacen a Cristo a propósito de la resurrección de los muertos —que trae consigo la idea de la pervivencia del alma de cada persona— Jesús recoge la expresión «el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob» (Ex 3, 6) y afirma que aquel Dios no «es un Dios de muertos, sino de vivos» (Mt, 22, 32).

En los salmos abundan las alusiones a las partes inferiores de la tierra, sin que se distingan de manera definida los diversos infiernos: el de los condenados, y un lugar de silencio, el lugar genérico de la residencia de los muertos. A veces se marca un contraste entre aquello que será: «y glorificaré tu nombre por toda la eternidad, porque es grande tu misericordia sobre mí», y aquello que habría podido ser: «has liberado mi alma del infierno inferior (del «sheol»)» (Ps 86 (85), 12-13). O el «que vivirá pues y no verá la muerte sustraerá su alma de la garra del sheol» (Ps 89 (90), 49).

En este sentido se expresa también Isaías, en el texto que parece una sátira contra un tirano —algún

rey de la Mesopotamia— (Is 14, 9-11: «el sheol subterráneo se conmoverá ante tus palabras para ir a tu encuentro y tu honor despierta las sombras y todos los potentados de la tierra» (9). «Tus fastos han sido precipitados al sheol, con la música de tus arpas» (11). «¡Cómo! Tú también has caído en el sheol, a las profundidades del abismo» (15).

En una lamentación por Tiro, Ezequiel (25, 20) utiliza la palabra «foso» en el sentido de «sheol», como lugar subterráneo donde son reunidas las almas de los muertos, en un sentido etimológico y no teológico, como en los Números cuando refiere que «bajaron vivos al sheol con todo lo que tenían, los cubrió la tierra y desaparecieron de la asamblea» (16, 33).

En algunos comentarios bíblicos elaborados y en diferentes notas de apreciadas ediciones de la Escritura, aquí y allá,[16] se alude también a otros pasajes en que se habla del sheol, donde bajan los muertos (Dt 32, 12; Is 14,9; Gn 37, 35; 1 S 2, 6); y donde buenos y malos mezclados (1 S 28, 19; Ps 89, 49; Ez 32, 1-32) disfrutan de una lúgubre supervivencia (Ecle 9, 10), donde no se alaba a Dios (Ps 6,6; 88, 6. 12-13; 115, 17; Is 38, 18). Con todo, el poder del Dios viviente (cfr. Dt 5, 26), se ejerce aun en aquella desolada mansión (1 S 2, 6; Sa 16, 13; Am 9, 2). Una de estas notas se acaba con un resumen de la escatología en el Antiguo Testamento: La doctrina de las recompensas y de las penas de ultratumba y la de la resurrección, preparadas por la esperanza de los salmistas (Ps 16, 1-11; 49, 16), no aparecen clara-

[16] Véase por ejemplo, *La Bible de Jérusalem*, passim.

mente hasta el final del AT (Sa 3-5, en conexión con la creencia; véase: Sa 3, 4; 2 M 12, 38-45).

El lugar de las penas será denominado la «gehenna», donde se sitúan los réprobos, y a él tal vez alude el mismo Isaías: «y entonces saldrán los cadáveres de los hombres que pecaron contra mí; su gusano no morirá, y su fuego no se extinguirá, serán abominación para todo viviente» (62, 22-24). Y también Judit: «¡Ay de los pueblos que se levanten contra mi linaje! El Señor omnipotente tomará venganza, en el día del juicio los visitará. Pondrá fuego y gusanos en sus carnes y llorarán con un llanto eterno» (cfr. 16, 17). En el Deuteronomio, en el himno que tiene como título el de Cántico de Moisés, se ponen en boca de Yahveh estas palabras: «Sí, un fuego ha salido de mi ira. Quemará hasta las profundidades del sheol» (Dt 32, 22).

Y también en otros profetas como Ezequiel, se encuentran referencias a este lugar, cuando parece dirigirse a Egipto y al Faraón, para anunciarle que será acogido allí por los príncipes gentiles: «levántate por encima de la multitud de los habitantes de Egipto, hazlos bajar, ella y los hijos de las naciones, majestuosas, cabeza de los países subterráneos (...). Los héroes más briosos le hablarán desde el medio del sheol (...) Baja, duerme con los incircuncisos muertos por la espada» (Ez 32, 17-31).

El clamor de Job: «revestido por él de nueva carne miraré a Dios (...) y mis ojos lo verán sin parar» (Jb 19, 26) se puede interpretar como una afirmación de fe en la resurrección de los cuerpos.

Cuando se escribe el segundo libro de los Macabeos se tiene conciencia de la utilidad de ofrecer sa-

crificios por quienes habían muerto en la batalla, con indicios de tener alguna infidelidad por purgar hacia el Dios de Israel (2 M 12, 38-46). El narrador recuerda que Judas «hizo una colecta de unos dos mil dracmas, y la envió a Jerusalén, con el fin de ofrecer un sacrificio por el pecado, y actuó así de manera recta y noble, con el pensamiento puesto en la resurrección» (43).

Y añade una explicación teológica: «puesto que, si él no hubiera esperado que los soldados caídos tenían que resucitar, sería cosa superflua y sin sentido rogar por los muertos» (44). Y se recalca que una bellísima recompensa está reservada a quienes se duermen piadosamente» (45).

Cristo, en la parábola del rico y de Lázaro el pobre (Lc 16, 19-31) habla a sus contemporáneos con toda naturalidad —como de cosa que no es desconocida para ellos— de los infiernos y del seno de Abraham: «y sucedió que murió el mendigo y fue llevado al seno de Abraham; murió el rico y fue supultado. Y en el infierno (el «hades») ... encontrándose en medio de tormentos (*en basánois*), vio a Abraham allá lejos y a Lázaro en su seno (*en toîs kólpois autoû*)» (22-23). Y pide a Abraham que envíe a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, para que le refrigere la lengua, porque —dice— «me abraso en estas llamas» (24).

Ya quedaba explicado aquí, en una catequesis hecha con buen humor aquello que más tarde Jesús expresó de manera solemne, describiendo la venida del Hijo del hombre rodeado de majestad y en la compañía de los ángeles (Mt 25, 31-46): «Entonces el rey dirá a los de su derecha: 'venid benditos de mi

Padre, poseed el reino que os tengo preparado desde la constitución del mundo' (34)». «Y ... a los de su izquierda: 'apartaos de mí malditos, id al fuego eterno'» (41). «Y estos irán al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna» (46). Y como ya había dicho en la parábola del trigo y de la cizaña: El hijo del hombre enviará a sus ángeles a arrancar de su Reino todos los que hacen caer en pecado y obran el mal, y los lanzarán al horno ardiente; allá habrá los llantos y el crujido de dientes» (Mt 13, 41), pero «los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre» (Mt 13, 43).

Se habrá cumplido aquello que fue anunciado a Daniel: «A la sazón, tu pueblo será liberado: todos los que se encontrarán inscritos en el Libro. Un gran número de los que duermen en el país del polvo se despabilarán, unos para la vida eterna, los otros para oprobio, para horror eterno» (Dn 12, 2).

Y tal vez no deja de tener interés recordar aquí aquello que viene a continuación: «Los doctos brillarán como el resplandor del firmamento, y quienes han enseñado la justicia a un gran número, como las estrellas, por toda la eternidad (id 3).

Y a esto se podría añadir lo que, de manera sugestiva, recomendó el rabí Jesús, con un bonito ejemplo, sobre el pago en la tierra de las deudas para con Dios: «ponte pronto de acuerdo con tu adversario mientras vas de camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te lleven a la prisión». «Te lo digo de verdad: no saldrás de allí mientras no devuelvas hasta la última moneda» (Mt 5, 25-26).

Las promesas de los tiempos antiguos se cumplen, en un primera etapa, en el paso de la esclavitud a la

libertad, con la travesía del Mar Rojo en el Éxodo de Egipto, y en una segunda, en el paso del río Jordán que les permitió la entrada en la Tierra prometida. Todo esto había de ser una imagen de temas mayores de la escatología, que se cumplirían, como queda insinuado, primero en la entrada en otra Tierra prometida: la Iglesia, y después, al fin de los tiempos, en la llegada, para una estancia definitiva, en la verdadera Patria, la Jerusalén celestial, cuando verdaderamente «será eliminada la muerte por siempre jamás» y enjugará, Adonay Yahveh, el Señor Yahveh, las lágrimas de todos los rostros» (Is 25, 8), y no «existirá más la muerte, ni luto, ni gritos, ni sufrimiento» (Ap 21, 4).

Tarsis en la geografía bíblica

En las circunstancias propias de cada país, a los lectores de los textos bíblicos, dentro del afán por profundizar en su contenido teológico y espiritual, les despiertan curiosidad algunos nombres de personas o lugares, y tratan de situarlos en su contexto geográfico e histórico, y sobre todo cuando piensan en un posible parentesco con su propio entorno cultural.

Esto ocurre también con nombres que pueden tener relación con las tierras ibéricas, y no es extraño que el interés se manifieste, no sólo desde ellas, sino también en otros ámbitos, de lo cual son indicios las notas de algunas prestigiosas ediciones de la Biblia de dimensión internacional.

Una buena parte de las referencias más características en este sentido tiene que ver con la ciudad de

Tarsis. Y es de notar que la mayor parte de las menciones que se hacen a Tarsis son para relacionarla con el comercio y la navegación —especialmente desde los puertos fenicios—, tanto para señalar la pujanza que en algunas épocas tuvieron esas actividades, y su contribución a las obras públicas importantes en Israel —pensemos en la actividad edilicia de algunos reyes, en particular Salomón, con el Templo de Jerusalén—, como para poner de manifiesto las calamidades colectivas que en algunas épocas afectaron a Jerusalén o también a las ciudades que la proveían de materiales o les traían riquezas. En tratados de historia antigua, y en enciclopedias cuyo contenido depende de aquéllos, se cita a Tarsis como un nombre bíblico de un país de los metales, que ha sido identificado con el que los griegos llaman Tartessos[17].

Las dos ideas —la de la lejanía y la de la actividad comercial y los viajes marítimos— están presentes en la vida de Jonás. Cuando este profeta recibe de Dios la misión de ir a Nínive a predicar la conversión (Jon 1, 2) «se puso en camino, pero para huir a Tarsis, lejos de Yahveh», «bajó a Joppe para tomar un barco con destino a Tarsis. Pagó su pasaje y em-

---

[17] En el *Petit Curial Enciclopèdic,* dirigido por Max Cahner Barcelona 1979, se dice que «Tartessos es el nombre dado por los griegos al país habitado por los tartesios, en Andalucía occidental, famoso por los yacimientos de metales, conocidos ya por los fenicios, que establecieron un activo comercio, y también por los griegos foceos (630 a. C.). Buenos navegantes, desarrollaron una rica metalurgia y orfebrería, tuvieron alfabeto propio y se gobernaron por monarquías (famoso el rey Argantonio (ss. VII-VI a. C.). La capital, Tartessos, no ha sido identificada, si bien se confundió posteriormente con Gadir, y florecieron también otras ciudades. Y decayó desde el 500 a. C.

barcó para ir con ellos a Tarsis, lejos de Yahveh» (v. 3). Para los hebreos, en efecto, esa ciudad podía significar uno de los extremos del mundo, tal vez el occidental.

Por otra parte, al describir la abundancia del reino de Salomón, en el primer libro de los Reyes se hace referencia al oro que le llegaba para emplear en sus obras: «la plata no se estimaba en nada en tiempo del rey Salomón, porque el rey tenía una flota de Tarsis en el mar, con la de Jiram, y cada tres años venían los bajeles de Tarsis, trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales. El rey Salomón sobrepujaba a todos los reyes de la tierra en riqueza y sabiduría» (10, 21-23). Hay que decir, con todo, que no es seguro que se pueda identificar con Tartessos[18]. También en los salmos hay referencias a Tarsis: Ps 48 (47, 7-8): «Allí un temblor les invadió, espasmos como de mujer en parto, tal el viento del este que destroza los navíos de Tarsis» —y el salmista debe de tener en la mente el hecho de que se trataba de navíos para largas travesías, como se puede ver en Is 23, 1: «ululad, naves de Tarsis, porque ha sido destruida vuestra fortaleza». «Pasad a Tarsis, ululad, habitantes de la costa, ¿es ese vuestro emporio arrogante, de remota antigüedad, cuyos pies le llevaron lejos en sus andanzas?» (6-7). Y otra vez el estribillo: «ululad,

---

[18] Se lee en una nota de la Biblia de Jerusalén que «es improbable la identificación de Tartessos, colonia de España», y que la palabra puede sgnificar siplemente «fundición», y las «naves de Tarsis» estarían al servicio de las líneas de explotaciones mineras. De acuerdo con ello aquí se trataría de la flota que transportaba, como mercancía de intercambio, los productos de las fundiciones de Arabá».

naves de Tarsis, porque ha sido destruida vuestra fortaleza» (14).

En un oráculo en el que se contempla la futura resurrección de Jerusalén, Isaías describe las riquezas que llegarán a ella, sobre todo para embellecer el Templo (Is 60, 1-21), entre ellas las que vendrán por mar: ¿Quiénes son aquellos que vuelan como una nube, como palomas hacia su nido? Sí, los navíos se reúnen para mí, los bajeles de Tarsis a la cabeza, para traer a tus hijos de lejos con su plata y su oro (8-9). Algunos de los nombres geográficos de este capítulo se mencionan también en el Salmo 72 (71), 10: «los reyes de Tarsis y de las islas rendirán tributo. Los reyes de Saba y de Seba harán ofrenda».

Y en el otro sentido —cuando se quiere marcar un momento calamitoso— dice Isaías en un oráculo contra la ciudad fenicia de Tiro (Is 23, 1-17): «Ululad, naves de Tarsis, porque ha sido destruida vuestra fortaleza (...) pasad a Tarsis, ululad, habitantes de la costa (7) (...) Cultiva la tierra, hija de Tarsis: no hay puerto ya» (10) .

Y Ezequiel, en una segunda lamentación por la caída de Tiro, (cap. 27) hace una detallada descripción del comercio que esta ciudad desarrollaba con todo el mundo conocido, y no es difícil imaginar la repercusión que estas actividades debieron de tener en el desarrollo de las relaciones humanas y de la riqueza. Allí se encuentran los nombres citados más arriba por Isaías. Y se dice: «las naves de Tarsis formaban tu flota comercial» (v. 25). «Tarsis era cliente tuya, por la abundancia de toda riqueza: plata, hierro, estaño y plomo daba por tus mercancías» (12).

Es bonito, con todo, señalar que uno de los contextos más bellos en que se hace una mención de Tarsis, tiene que ver con la universalidad de la llamada de Dios a la redención. En un pasaje de Isaías (66, 18-21), se alude a nombres que llevan la imaginación a los lugares más distantes del mundo conocido en ese momento. Es un fragmento en el que el profeta va más allá del retorno de los desterrados en Babilonia, y mira hacia los continentes más lejanos, y el lector otea tiempos futuros, y ello ayuda a vencer una idea inadecuada de un excesivo particularismo en el pueblo elegido.

Llegarán a Jerusalén, de todas partes —después de que algunos de los supervivientes fueran enviados a las otras naciones: a Tarsis, a Fut y a Lud, a Mósok y a Ros, a Túbal y a Javán—, presentarán sus dones en el Templo del Señor e incluso el Señor tomará algunos de los que vendrán, para hacer de ellos sacerdotes suyos o levitas.

Con la ayuda de lugares bíblicos paralelos, y con datos ofrecidos en un texto de Génesis 10, y también en Ezequiel 38 se podría intentar situar algunos de los nombres citados en ese brillante final del libro de Isaías.

En ese texto del Génesis, seguramente arcaico, se tiene presente la expansión de la humanidad, y en esa línea se alude a algunos de los descendientes de Cam y de Jafet. Éste sería el caso de Tarsis —que se coloca allí entre los descendientes de Javán, que tuvieron a Jafet como antepasado— y que diversas referencias lo relacionan con la lejana Tartessos, al extremo del mundo conocido, y que es citada por sus bajeles de largo recorrido, que comerciaban con Tiro.

Hay otro nombre: Sefarad, que en el ámbito judío se aplica a la Península Ibérica, y del cual se ha derivado el toponímico sefardita o sefardí, el apelativo de los judíos que vivieron en ella y fueron después a vivir en otras partes, y conservaron incluso las lenguas que habían hablado en ella.

En una descripción profética del nuevo Israel (Abdías 20) se dice que «los deportados que están en Sefarad, poseerán las ciudades del Négueb». Aunque se considera aquí aquel nombre como de identificación incierta, se ha relacionado comúnmente con lo ibérico. Se ha querido emparentar ese nombre con el de «Sephar» o «Sepharad» que se encuentra en el mencionado pasaje de Génesis 10 donde, a propósito de la dispersión de los sucesores de Noé, se habla de los descendientes de Sem, y de aquellos de los cuales «su asiento se extendió desde Mesa, en dirección a Sefar, al monte del oriente» (30): «estos fueron los hijos de Sem, según sus linajes y lenguas, por sus territorios y naciones respectivas» (31). Y se ha querido considerar que cabía dentro de lo posible que las familias que se encontraban cerca del monte Sephar, después del diluvio, fueran a encontrar refugio lejos y que, al lugar de destino, le llamaran de manera parecida.

Y en un tiempo menos lejano, en el primer libro de los Macabeos, antes de tratar con detalle del tratado de amistad y colaboración establecido entre Judas y los romanos, en unos párrafos bellamente escritos se hace un elogio de los romanos, y en ellos se encuentra una referencia a Hispania: «le contaron sus guerras y las proezas que habían realizado entre los galos, cómo les habían dominado y sometido a tributo; todo cuanto habían hecho en la región de Es-

paña para hacerse con las minas de plata y oro de allí, cómo se habían hecho dueños de todo el país gracias a su prudencia y perseverancia (a pesar de hallarse aquel país a larga distancia del suyo) (1 M 8, 1-4). Y nótese que la idea que parecen tener los romanos de la distancia en que se encuentra Hispania y del género de comercio que con estas tierras se realizaba coincide bastante con las descripciones que se hacen en otros libros de las relaciones con Tarsis, del rey Salomón o de la ciudad de Tiro.

Que las tierras de Hispania eran celebradas por sus minas se ha querido ver también en Jeremías, en las palabras que dedica Yahveh a los que trabajan para los ídolos: «Todos a la par son estúpidos y necios: lección de madera la que dan los ídolos: plata laminada, de Tarsis importada, y oro de Ofir, hechura de maestro y de manos de platero (de púrpura violeta y escarlata es su vestido); todos son obra de artistas (Jer 10, 8-9).

Y quién sabe si, en el deseo manifestado por el apóstol San Pablo, de visitar Hispania (Rm 15, 24), no ejercía también su atractivo el conocimiento que pudiera tener de comunidades judías en esas tierras de Sephar o de Sepharad[19].

---

[19] Cfr. Fragmento de Muratori, del s. II, en *Documentos Bíblicos*, edición preparada por Salvador Muñoz Iglesias, Bac Madrid 1955: Lucas optimo Theophilo comprendit, quae sub praesentia eius singula gerebantur, sicuti et semota passione Petri evidenter declarat, sed et profectione Pauli ab Urbe ad Spaniam proficiscentis (.. el hecho de que pase por alto la pasión de Pedro y el viaje de Pablo desde Roma a España). El compilador acota: «el autor de este escrito afirma claramente que Lucas calló estos dos hechos. Pero la mención incidental que hace del viaje de San Pablo a España constituye un testimonio absolutamente fidedigno e irrecusable de la realidad histórica de dicho viaje».

MIRANDO HACIA LA ÉPOCA DEL MESÍAS

SACERDOTE Y GÉNERO GRAMATICAL

En casi todas las formas de religión —y concretamente en Israel— el reconocimiento de la omnipotencia divina se expresaba con sacrificios de animales, que tenían el sentido de adoración y acción de gracias, y estaban encaminados también a pedir cosas buenas, y a expiar los pecados.

El trabajo de sacrificar estos seres vivientes lo solían hacer los patriarcas u hombres cualificados, los sacerdotes o levitas, que en el pueblo judío eran siempre hombres. Nunca debe de haber resultado muy agradable imaginarse una mujer con un cuchillo ante un becerro, un cordero o un cabrito, para degollarlos, y hacerles derramar la sangre, y ahora, ni siquiera lo sería verla matar un par de pichones o de tórtolas.

Aquellos sacrificios miraban hacia el sacrificio de Cristo en la Cruz, que se había de inmolar de una vez para siempre, y que haría innecesarios, si no inútiles, todos aquellos otros. Y en la cumbre del Calvario,

Jesús —un hombre— es quien hace de sacerdote, de altar y de víctima.

Es coherente pues con esto que Cristo, el sacerdote por excelencia —«tú eres mi Hijo, yo hoy te he engendrado» (cfr. Ps 2, 7 y Heb 5, 5), y tú «eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec» (Heb 5, 6, y Ps 109 (110), 4)—, haya querido encargar a hombres esta función de sacrificadores, por más que sea de manera incruenta —sin efusión de sangre—, bajo la figura del pan que se come y del vino que se bebe, en el contexto amable de una reunión de familia, la Cena, y que haya querido liberar a las mujeres de ser realizadoras activas de esta mactación, si bien con el mismo derecho que los hombres, sean invitadas a participar del sacrificio, con la comunión en el cuerpo y la sangre de Cristo.

Y se explica también, por razones parecidas, que Cristo haya complementado el ejercicio de aquella función, encomendando a los obispos y presbíteros, otros oficios en la Iglesia, en relación con distintos sacramentos.

Las mujeres, obviamente están llamadas a hacer todos los otros cometidos que no requieran el sacerdocio ministerial: las tareas de evangelización, la atención a las personas y a las cosas, y sobre todo aquellos trabajos en que hace más falta poner el corazón.

Como todos los bautizados, tanto los hombres, como las mujeres, participan del triple oficio de Jesucristo —Rey, Profeta, Sacerdote— y colaboran con él en la tarea de dominar todas las cosas, utilizándolas según el querer de Dios, en hacer una difusión de la doctrina cristiana en todos los ámbitos y

niveles, y a contribuir a una manifestación de la gloria de Dios, ofreciéndole la propia existencia y todas las actividades. Por este sacerdocio genérico, todos somos iguales, hombres y mujeres.

La purificación de los pecados en la Antigua Ley

En la Ley existen claras reglas de conducta, y catálogos de pecados, que se manifiestan en las diversas normas: Decálogo, y otras leyes divinas y humanas, de rango muy diverso, y a menudo esta problemática se concreta en prescripciones muy menudas.

Uno de los temas presentes en toda la Biblia —también en el Antiguo Testamento— es la tensión que se manifiesta entre el cumplimiento de la Ley y su conculcación, que delinea el pecado y marca los trazos de la figura del justo y la del injusto. Es el contraste que, con el recurso poético de los paralelismos antitéticos, sinónimos y sintéticos, presentan textos como el del salmo: «Bienaventurado el hombre que no sigue el consejo de los injustos, ni va por los caminos de los pecadores, y no se sienta en el círculo de los malvados, sino que ama de corazón la ley de Yahveh y la medita noche y día». Por esto «será como árbol plantado a orillas del río, que da fruto en tiempo oportuno, y su follaje no se marchita». Y se señala el contraste: «Pero no es así, no, el caso del impío, que será como paja que el viento se lleva». Y se puede ver que «el Señor vela los caminos de los justos, y los de los impíos acabarán mal» (véase Ps 1, 1-6).

Se encuentra a menudo en la Vieja Ley la afirmación de que Dios perdona los pecados, todos. Dios espera la contrición de corazón, y perdona los pecados por graves que sean. Con todo, se señalan unos itinerarios para borrar las faltas o conseguir la purificación del cuerpo y del espíritu, cosa que es exigida para la realización de algunas prácticas piadosas. Es cosa bien coherente con lo que ha quedado escrito: «Quien encubre sus pecados no tiene suerte, pero quien los confiesa y renuncia obtiene misericordia» (Pr 28, 13), donde se hacen eco las prescripciones de Lv 5, 5: «quien es culpable de uno de estos casos, confesará», con la confesión solemne y pública que se establece; en un pecado en perjuicio de otro: «confesará el pecado cometido» (Nm 5, 7); Ps 32 (31), 5: «te he confesado mi pecado, y no he ocultado mi culpa; dije: confesaré mi injusticia a Yahveh; y tú perdonarás la culpa de mi pecado»; Os 14, 3: «convertíos al Señor y decidle: quítanos todas nuestras iniquidades; Is 1, 16-18: «lavaos, purificaos, sacadme de delante de los ojos la maldad de vuestras manos» (16). «Si vuestros pecados fueran como la escarlata, serán blancos como la nieve; si enrojecen como la púrpura, serán como la lana» (18).

A veces se ve claro que las calificaciones de justos y de pecadores no son definitivas, y que se puede pasar —tras cometer un pecado grave— de la situación de santo a la de injusto, y por el camino inverso, de la de pecador a la de justo.

Quizá el episodio más ilustrativo es el expresado en el Salmo 50 (51) —el salmo penitencial por excelencia—, que David debió de componer tras su pecado —múltiple pecado—, que está sugestiva-

mente descrito en un de los libros históricos (véase 2 S 11, 1-27).

Empieza con ligereza de quien, aunque sea de lejos, mira indiscretamente a la mujer de otro —Betsabé, la esposa de Urías—, mientras se baña en la azotea de su casa, cosa que lo lleva hasta consumar un adulterio, que será en perjuicio de uno de sus hombres fieles. Y después, a provocar, a ciencia y conciencia, una muerte segura del amigo, haciéndolo poner en el frente de combate, en el lugar más peligroso, al no haber dado resultado los halagos a la víctima, encaminados a conseguir que, con una inmediata cohabitación de Urías con la mujer, quedara disimulada la paternidad espúrea del fruto de la unión. Muerto el marido de Betsabé, David toma a ésta como esposa.

Las plegarias de David no podrán conseguir que sobreviva el hijo de él y de Betsabé. Con todo, Dios acoge las manifestaciones de penitencia de quien confiesa ante Dios y los demás su pecado: «tú que eres tan bueno, borra mi culpa» (3); «lava del todo mi delito» (4) «... tengo siempre presente mi pecado» (5) «... Rocíame con el hisopo, que quede puro; lávame y quedaré más blanco que la nieve» (9). Y acaba expresando nuevamente la confianza: «un espíritu que se arrepiente, tú, Dios mío, no lo desprecias» (19).

Es un perdón que, además de la remoción de la culpa, produce una renovación interior: «haces renacer en mí un espíritu firme» (12); «no me quites tu espíritu santo» (13). Y también el deseo de hacer bien a los otros, y de comunicarles su experiencia, será una prueba del cambio operado por la conversión: «no me pidas cuentas de la sangre que he de-

rramado, y aclamaré tu perdón» (16), y todavía: «enseñaré tus caminos a los pecadores, y volverán a ti quienes te han abandonado» (15).

Aquel hijo no vivirá, pero en lugar suyo, Dios le dará otro: Salomón, a través del cual continuará la línea dinástica que llegará hasta el Mesías, el hijo de David, en quien su reino se hace eterno. Dios le promete: «te suscitaré una descendencia después de ti, que saldrá de tus entrañas, y afirmaré su reino. Él edificará una casa a mi nombre, y el trono de su reino quedará establecido por siempre jamás» (2 S 7, 12-13).

Sorprende el hecho de que en los tiempos del Antiguo Testamento, Dios se manifiesta exigente en cuanto a la pulcritud del cuerpo y del espíritu, y la Ley pone atención no solamente en el perdón de los grandes delitos y pecados, sino también en la purificación de las máculas legales, tanto si acompañan o siguen alguna falta como si son fortuitas (cfr. Lv 4 y 5), tal es el caso de la partera (Lv 12), y aunque no hayan traído consigo nada pecaminoso: como en ciertos aspectos de las relaciones íntimas entre marido y mujer, en las pérdidas aun involuntarias de líquidos seminales en el hombre, o de sangre en el proceso de la menstruación de la mujer (Lv 15), en la proximidad de cosas consideradas impuras o de determinados animales —y ya no digamos en el caso de la lepra, en que, incluso para considerarla curada, hace falta presentarse al sacerdote, el cual lo certifica (Lv 14)—.

Hay que decir pues que, a menudo, en la Ley se lee que Dios quiere gestos externos de penitencia y que incluso se espera la colaboración de los hombres que representan a Dios, los sacerdotes. Hace falta hacer alguna gestión para tener seguridad de que las

impurezas no tendrán consecuencias, que serán perdonadas, u olvidadas.

¿Qué tiene pues de extraño que en el Nuevo Testamento, Dios no solamente induzca al ejercicio de una caridad, tan perfecta como se pueda —y recuerde que ésta cubre la multitud de los pecados (véase 1 Pe 4, 8; cfr. Pr 10, 17))— sino que a los que han pecado, los haga ir a sus representantes: a aquellos a quienes ha dicho que «todo aquello que atéis en la tierra, será atado en los cielos, y todo aquello que desatéis en la tierra, será desatado en los cielos» (Mt 18, 18), y a los cuales ha repetido: «aquellos a quienes perdonéis los pecados les serán perdonados, y aquellos a quienes se los retengáis, les serán retenidos (cfr. Jn 20, 22-23). No hay motivo para no dar un sentido bien preciso a textos que hablan de confesar los pecados: «Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos perdonará nuestros pecados» (1 Jn 1, 9), o «confesaos pues, los pecados los unos a los otros» (Jac, 5, 16). ¿Y por qué no se ha de entender del mismo modo la práctica de los primeros cristianos?: «y muchos de quienes habían creído iban para confesar y declarar sus prácticas de magia» (Act 19, 18). Por otra parte, así lo habían hecho, en los momentos del tránsito del Antiguo al Nuevo Testamento: los que iban a hacerse bautizar por Juan Bautista, confesaban sus pecados (Mc 1, 5; Mt 3, 6).

Pedir perdón y perdonar

Seguro que todavía hay gente desconcertada ante el hecho de que, a varios niveles, dignatarios de la

lglesia católica hayan pedido perdón por actuaciones —sobre todo omisiones— de cristianos de tiempos pasados, sin que en todos los casos queden demasiado claras unas responsabilidades que se situaron en unas circunstancias concretas y que, si existían, probablemente debían ser compartidas con otros.

Tengo que decir, empero, que he encontrado no pocas personas que han descubierto el valor ético, o ejemplar, de estas disculpas ofrecidas generosamente.

Haya o no, en todos los casos, un motivo obligado para hacerlo, se ha de reconocer que esta actitud humilde cuadra bien en los seguidores de aquel que les hace decir, en la oración básica que les ha enseñado: «perdónanos nuestras culpas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden» (Mt 6, 12). Es probable que, sólo adelantándose de esta manera, los otros se animarán también a pedir perdón. Para todos vale aquello de que «quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra» (cfr. Jn 8, 1-11), que Jesús dijo a quienes con ánimo justiciero querían apedrear a la mujer sorprendida en flagrante adulterio.

La idea del perdón a quien ha sido ofensor se encontraba ya de alguna manera en los tiempos más antiguos, y en los clásicos de todas las culturas encontraríamos ejemplos que serían significativos precedentes de una misericordiosa humanidad. En el libro del Éxodo, en un contexto en que se dan muchas normas jurídicas y morales, y varios criterios para el cálculo de las indemnizaciones por daños y perjuicios, hay un detalle que denota un alto grado de civilidad en sus destinatarios judíos: «Si te topas con un buey o un asno de tu enemigo, que va errante, llévaselo» (Ex 23, 4).

En un libro tan literariamente bello como es el de los Proverbios denominados de Salomón, se leen unas palabras, que más adelante citará San Pablo: «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, si tiene sed, dale de beber, porque es ponerle brasas de fuego sobre la cabeza, y Yahveh te lo recompensará» (Pr 25, 21-22).

La generalización del otorgamiento incondicional de perdón —que uno ve en los mártires cristianos de todos los tiempos— procede de la definitiva superación, en la doctrina de Cristo, de la ley del talión. Hasta aquel momento se buscaba una equivalencia entre el daño recibido y el que se inflige en la vindicta: «ojo por ojo, diente por diente» (Dt 19, 21; Ex 21, 23-25), lo cual ya había supuesto un progreso respecto a una venganza desmesurada o incluso taxativamente proporcionada (Gn 4, 24). Aun así, a partir de Cristo, se propone un ideal más alto: «pero yo os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a quienes os odian: y rogad por quienes os persiguen y os calumnian» (Mt 5, 43-44).

Y en el Corán, los musulmanes pueden leer también este pensamiento escrito siglos más tarde: «El mal y el bien no podrían andar juntos. Devuelve bien por mal y verás a tu enemigo convertido en protector y amigo» (Sura XLI, 34).

Por su parte, es clara la lección que Jesús dio a Pedro cuando, a la pregunta de éste sobre cuántas veces tenía que perdonar a alguien que le hubiera ofendido, le responde que, no solamente siete veces, como insinuaba Pedro, el cual debía pensar que ya era mucho, sino «setenta veces siete», que quiere decir siempre (Mt 18, 21-22).

Y el ejemplo supremo de esta actitud, son las palabras de Jesús en la Cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34), mientras él intercede por los causantes de su muerte.

Si todo el mundo no lo ve así, y ahora en concreto, israelíes y palestinos, ya sean judíos, musulmanes o cristianos, las luchas no se acabarán nunca.

El perdón de las ofensas

No hace falta recalcar que, comoquiera que es el mismo Espíritu el inspirador de los dos Testamentos, no puede haber contradicción entre aquello que fue enseñado por Dios —si bien, «fragmentariamente y de muy varias maneras», a través de los profetas— y lo que nos ha dicho después en el Hijo, que constituye la plenitud de la revelación (Heb 1, 1).

Pero también aquí se ha de tener en cuenta el principio hermenéutico universal que aconseja distinguir los tiempos, con objeto de poner de acuerdo los derechos (*distingue tempora et concordabis iura*), y también los deberes, ya se entiende. Más todavía, el contenido del Evangelio tiene las raíces en la Antigua Ley, o se encuentra, a manera de sombra anunciadora de la realidad futura.

Me ha gustado en muchas ocasiones ver esto comprobado en la mayor parte de los grandes temas. Con todo, me atrevo a decir que hay un asunto que valdría la pena estudiar bien. Es la posibilidad que quien ha sido ofendido se sienta llamado a otorgar un perdón incondicional a quien le ha inferido la ofensa, que iría más allá de la medida de la ley del

talión: la que quiere que se cumpla siempre aquello de «vida por vida; ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie» (Dt 19, 21). Estimo que aquel criterio —que adquiere una claridad meridiana en el Nuevo Testamento— estaba ya presente de alguna manera en el Antiguo, pero requeriría una mayor profundización, para que quienes se quieran quedar sólo en este último, también pudieran descubrir la respuesta con facilidad.

Me hace pensar en esto el pasaje de Mt 18, 21-35, en que se narra la bellísima parábola de un servidor del rey, que exige de un compañero el pago de una pequeña deuda, mientras que a él su señor le condona la suya, de una cuantía enorme, de diez mil talentos, o diez mil millones, si queremos actualizar de alguna manera la cifra, sin que se pretenda dar una equivalencia.

Es el ejemplo que pone Jesús para ilustrar su respuesta a Pedro, que le pregunta cuántas veces tiene que perdonar a su hermano las ofensas recibidas: no solamente siete veces, sino setenta veces siete, es decir, siempre.

Y se me ocurre que, aunque en el Antiguo Testamento no apareciera un precepto explícito, en este sentido, sí que es, al menos implícito: el que se desprende de la manera de conducirse Dios, que tendría que ser imitada por las criaturas racionales, hechas a su imagen y semejanza.

Dios, en efecto, lava y purifica a los hombres, de sus pecados (Ps 51 (50), 4-5) y según algunas de las sugestivas expresiones de los salmos y de los profetas, «tira nuestras culpas lejos de nosotros, como el oriente está lejos del occidente» (Ps 103 (102), 12);

los pecados de los hombres los precipita al fondo del mar (Mi 7, 19); se los echa a la espalda (Is 38, 17); los olvida o no se acuerda de ellos (Ps 24,7; 78,8; Jr 31, 34); los borra, raspándolos (Ps 51 (50), 1), no tiene en cuenta la culpa, sepulta el pecado y absuelve de la falta (Ps 32 (31), 1-2).

Y esto, porque Dios trata a los fieles familiarmente (Ps 25 (24), 14), a los hombres como hijos (Ps 103 (102), 13); Is 49, 14-15), es misericordioso (Ps 145 (144), 8) y Ps, passim) —«compasivo y benigno»— (Ps 86 (85), 15), y cuando se arrepienten, les perdona del todo las culpas. Y como nosotros nos hemos de parecer a Dios —«sed santos porque yo soy santo» (Lv, 11, 44)—, no podemos más que hacer lo mismo con las injurias de nuestros hermanos, puesto que todos somos hijos de Dios. Por esto dice Jesús: «sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6, 36).

Cristo lo había enseñado a todo el mundo en el pequeño breviario de la vida cristiana, que es el Padre nuestro: «y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt 6, 12). Él, en quien habita toda la plenitud, ha pacificado y reconciliado todas las cosas y todo el mundo, con la sangre de su cruz (cfr. Col 1, 19-22). Él «es nuestra paz, el que, de dos pueblos ha hecho uno destruyendo el muro de separación (...) y unidos los dos en un solo cuerpo»: ha conseguido «reconciliarlos con Dios por medio de la cruz, matando en él la enemistad» (cfr. Ef 2, 14-16).

Y justamente desde la cruz da una suprema lección práctica de perdón: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34).

Con todo, este perdón de corazón no estaría necesariamente reñido con la restitución o con las reparaciones económicas a que tal vez la acción del adversario pueda dar lugar, y sean debidas a la persona, a la institución o al grupo social que hayan sufrido el perjuicio.

Ponerse de acuerdo en este punto, volvemos a decirlo, constituiría un gran paso adelante en el entendimiento —y en la vía de la paz— entre todos los que son hijos de Abraham, según la carne, o el espíritu: los judíos, los musulmanes y los cristianos.

De la cátedra de Moisés a la de Cristo

En algún momento, cuando quiere mover a los oyentes a vivir la humildad, Jesús se pone él mismo como ejemplo: «aprended de mí, que soy manso, y humilde de corazón» (Mt 11, 29). Otras veces lo hace de manera sugestiva, y eficaz, con parábolas, como aquella tan conocida de los dos hombres —uno fariseo y el otro publicano— que suben al Templo, a orar (Lc 18, 9-14).

Otra vez en que, hablando a la gente y a sus discípulos, les propone, para conseguirlo, un contraste: el espejo donde se proyecta la vida de quienes saben la teoría, y no la traducen en obras, y más bien practican lo contrario, puesto que «*dicunt enim et non faciunt*», dicen cosas acertadas, pero no las hacen (Mt 23, 1-12).

Como conclusión de todo el episodio, Jesús querría que los suyos fueran servidores los unos de los otros, cosa que es una manera de sacar partido del

aforismo que les recuerda: «quien se ensalza será humillado y quien se humilla será ensalzado».

Hacia el fin de la pequeña catequesis se encuentra un criterio que valdrá muy particularmente para sus discípulos: «el primero entre vosotros tendrá que ser vuestro servidor». Esto de ningún modo quiere decir que quien tenga el papel de sirviente será quien mandará, o que no haya de haber nadie que tenga funciones de gobierno, sino que el trabajo de dirigir es una forma de servir a los otros, mientras se cumple bien con una tarea que quizás los otros no sabrían realizar, con las virtudes que suelen exigirse a los servidores: la dedicación o la generosidad, la delicadeza o la amabilidad, y la perseverancia.

Cristo quiere hacer seguramente varias advertencias: primero, que cuando sus discípulos hayan de ejercer las tareas que nos recuerdan aquellos conceptos, no tienen que buscar en primer lugar los honores que tal vez las acompañan, como hacían quienes en aquellos tiempos reivindicaban los primeros lugares en los banquetes, y los asientos de honor en las sinagogas, o exigían saludos deferentes en la plaza pública, sino que deberán tener en cuenta sobre todo aquella función de servicio que les ha descrito.

Este pasaje, además, ofrece una ocasión de intentar unas precisiones terminológicas, que puedan ayudar a superar algunas interpretaciones sectarias, que se hacen fuera del contexto, y sin tener fundamento sólido. Son de quienes querrían desterrar el uso legítimo que siempre se ha hecho en la vida eclesiástica, y aun en la civil, de las palabras »maestro», «padre» y doctor», pretendiendo reservarlas únicamente para Dios, y quieren fijarse en el hecho

de que Jesús dice a los discípulos que entre ellos no las empleen.

Ésta podría ser la intención de Jesús cuando explica el sentido de las palabras mencionadas. Alude primero al vocablo *rabí*, «maestro», y hace notar que, para sus discípulos, el verdadero maestro (*ho didàskalos*) es él.

Después aclara el sentido del concepto «padre»; y se puede entender de su comentario que no eran tales, en sentido propio, algunas personas a quienes tal vez se daba este nombre honorífico: ni los que actuaban como cabeza de las escuelas proféticas, ni los doctores de la Ley.

Queda claro que el Padre es uno: el Padre por excelencia, el del Cielo, y los otros se llamarán así por analogía, o lo serán por participación. Como escribirá después Pablo: de la paternidad de Dios proceden todas las otras, también en el orden espiritual y en el humano (cfr. Ef 3, 15).

Tampoco los escribas y fariseos eran verdaderamente doctores, consejeros, *katheghetés*, nombre que indicaría la función de un maestro práctico, de un guía en la vida moral, un orientador, un director del espíritu.

No sería pues una conclusión legítima la de decir que no se puedan aplicar aquellas tres palabras a ninguna persona humana que se ejercite en las nobles funciones a que se refieren, puesto que de esta manera, se excluiría que hubiera un nombre que definiera la función del enseñante; o del padre según la familia humana, o del que hace de cabeza en una comunidad religiosa; o del orientador en materia espiritual.

Quienes realizan aquellos trabajos tienen que pensar pues que lo hacen, no por autoridad propia, sino siempre por participación de la autoridad o de los atributos de Dios.

Y quién sabe si aquí, en estas tres funciones, estarían de alguna manera aludidas las tres Personas divinas, a las cuales aquellas se atribuyen: la del Padre, que es origen de todo; la del Hijo, Maestro por antonomasia; y la del Espíritu Santo, el Paráclito, el Santificador, que es quien guía, quien orienta.

Son muchas las aplicaciones de esta invitación a ser humildes y a servir, o a servir siendo humildes, como se quiera. En esta línea vendría, por ejemplo, el consejo que daba el Fundador del Opus Dei: «No os tenéis que hacer nunca necesarios. Lo que sabéis enseñadlo a otros...», y añadía a aquellos a quienes se dirigía, que habían de alegrarse del hecho de que los demás supieran más que ellos y fueran más capaces que ellos.

Seguro que pensaba en todo tipo de personas, en las más varias situaciones: en la preocupación de los catedráticos para formar a otros, y para no reservarse secretos para ellos a la hora de sugerir trabajos de investigación o de orientar una tesis; y en la verdadera maestría en cualquiera actividad: en las fórmulas magistrales de un médico, o en las recetas de un pastelero o de una cocinera. Pero también debía tener presente la contrapartida: la recta intención, la fidelidad y la gratitud de quien era beneficiario de detalles de generosidad como éstos.

Y no habría de suceder tampoco que quien quisiera no ser necesario, hiciera lo posible, con cuquería, para hacerse imprescindible.

Los movimientos migratorios que han provocado la presencia entre nosotros, de personas de todos los horizontes culturales, y en un ambiente de libertad religiosa —esperamos que irreversible, y creciente, donde se integren los recién llegados— tiene que constituir una oportunidad única para un diálogo sereno y en profundidad sobre las bases de las respectivas construcciones doctrinales, especialmente de los cristianos con los hebreos y los musulmanes: las tres grandes familias monoteístas, de quienes creen en un solo Dios, descendientes todos de Abraham, por el espíritu o el parentesco.

En los cristianos, la plenitud de la revelación en Jesucristo y la efusión del Espíritu ha traído a una maduración en el conocimiento de un Dios único, pero que no está solo, sino como a la manera de una familia unida, donde hay tres Personas verdaderas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Los judíos, si acuden a los libros del Nuevo Testamento —que no dejan de ser muestras de su cultura, que se abre generosamente hacia los gentiles—, a la luz de las enseñanzas del Mesías de Israel: el Hijo de Dios hecho hombre, el Verbo encarnado, podrán llegar a ver con gozo, en los libros escritos antes de la venida de Cristo: sombras, vestigios, huellas de un Dios que es Padre —y que tiene los sentimientos de una Madre: «¿acaso puede una mujer olvidar a su hijo y no compadecerse del fruto de sus entrañas? Y si ella lo olvidara, yo no me olvidaré de ti» (Is 49, 14-15)— y que es la Sabiduría misma (cfr. Pr 8; Ecli 24), la Palabra eterna: «la Palabra Omnipotente» que «vino de

las sedes reales» (Sa 18, 15), y también un Espíritu, que es infundido encima de todos: los hijos y las hijas; los jóvenes y los ancianos; los esclavos y las esclavas (cfr. Jl 2, 28-32; Act 2, 17-21), todo el mundo igual, porque Dios los adopta a todos como hijos.

Los musulmanes, en el Dios de todos, que es ciertamente, como ellos lo ven, Señor, Amo, Caudillo, y clemente y misericordioso con sus fieles, podrán descubrir aquel Dios que también es Padre. Y concluir que, si tiene un Hijo por antonomasia, como un Padre y como una Madre, ve a todos los humanos como personas amadas: hijos e hijas, todos hermanos entre ellos. Y también que ha querido la igualdad de todos, tanto hombres como mujeres, y la libertad: sin barreras infranqueables o sujeciones injustas.

Es este un gran reto que tienen aquellos a quienes ha tocado vivir en esta fase de la historia, tan atrayente, y acoger a todo el mundo, y compartir todo lo mejor de unos y otros, tanto en el orden material como en el espiritual.

LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS HA VENIDO

JESUCRISTO: DIOS Y HOMBRE, UN VARÓN HIJO DE UNA MUJER

Aunque el comentario no tenga más valor que el de ser un «divertimento», me permito una divagación sobre este punto: de qué manera, partiendo del lenguaje humano, se puede hablar de sexos en relación con Dios.

Hasta la plenitud de los tiempos, en que Dios, a partir de una mujer (Ga 4, 4) se hizo Hombre, Dios trascendía del todo estos géneros, por más que las palabras que se le aplicaban eran siempre masculinas.

Pero cuando, en Jesucristo, la segunda persona de la Trinidad se hizo Hombre —lo fue como Varón— y siempre será tal, también en el Cielo nuevo y la tierra nueva (Ap 21, 1), en las bodas eternas del Cordero con la Esposa (id 19,7), la Ciudad Santa, Jerusalén, que baja del Cielo (id 21, 9-10).

De todas formas, con respecto a las otras dos personas —el Padre y el Espíritu Santo— si bien se acostumbra a hablar de él, analógicamente, con se-

mejanzas, categorías y figuras iconográficas, masculinas, parecería que las femeninas no tendrían tampoco por qué ser, por principio, inadecuadas. Estamos habituados a ver, el Padre Eterno, como un Viejo venerable, pintado con barba blanca: el que nos puede evocar aquel «Anciano de días» descrito por Daniel (7, 9-10), que se sienta en su trono, ante el cual se presenta el Hijo de Hombre (7, 13-14). Claro está que estas imágenes no agotan todos los atributos de un Dios, lleno de gracia y de verdad, de firmeza y de misericordia, que es como un Padre (Ps 102 (103), 13), y como una Madre (Is 66, 13).

Y por una osadía que a alguno podrá parecer una temeridad, querríamos dejarnos llevar por la imaginación y por razones estéticas, y ver, en el Espíritu Santo —el Paráclito—, Consolador o Abogado, con la efusión de sus dones sobre hombres y mujeres, una especial similitud —analogía— con el papel de una Mujer: María —Madre y Virgen— que concibió, por obra del Espíritu Santo, al Hijo de Dios hecho Hombre, que en Pentecostés, en el Cenáculo, tuvo un visible protagonismo (Act 2, 1-2), que impregna de gracia y de espiritualidad a la Iglesia —Madre fecunda de los hijos y hijas de Dios—, y es el modelo donde se han de mirar al espejo las mujeres, e intérprete de sus aspiraciones.

Todo esto hace pensar que en los planes de Dios debe de haber, en estas cosas, como un explicable equilibrio, que se manifiesta en la manera de hablar, con las aproximaciones propias de las analogías.

De aquella paternidad y maternidad de Dios, ha resultado el Dios que se ha encarnado —Hombre, Varón— el cual se hace representar en la Iglesia, a

través del sacerdocio ministerial de obispos y presbíteros, ejercido, como el de los Apóstoles, por hombres que tienen sus poderes y cumplen sus funciones pastorales.

Y es el Espíritu Santo, con la intercesión de María, la Virgen María —Omnipotencia suplicante—, quien ha de santificar, con perseverancia exigente y afectuosa, mediante intervenciones humanas, a todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo.

Pero junto con la afirmación de que Jesús, el Dios Encarnado, es un Hombre, Varón, tenemos que decir que, de todos los humanos, será siempre María, una Mujer, la Mujer por excelencia, la persona que, más de cerca, toca a Dios, ella que, como la aclama el Pueblo cristiano, es «Hija de Dios Padre», «Madre de Dios Hijo», «Esposa de Dios Espíritu Santo»: «más que tú, ¡sólo Dios!» (*Camino*, 496).

En cualquier caso, la Trinidad del Cielo —he aquí un nombre femenino en nuestras lenguas latinas—: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tiene su reflejo en la trinidad de la tierra, la que está constituida por las figuras amables de José —quien hace la función de Padre—, Jesús, el Niño, y María —la Madre—, y que es bien visible, en la Natividad del Señor, en la cueva de Belén.

Signos de Jesucristo y de María

En los ámbitos geográficos y culturales en que vivió Cristo había bastantes precedentes de mujeres constituidas en dignidad o situadas en lugares elevados o de relieve en la escala social como para que él

hubiera podido, sin causar demasiada extrañeza, admitirlas al ejercicio del sacerdocio.

En Israel había profetisas como María, la hermana de Moisés, o que ocupaban el puesto de juez, como Débora. Y casi contemporánea a los tiempos del Evangelio fue Cleopatra, la reina de Egipto, que hacía ir de cabeza a Julio César o a Marco Antonio, mientras que en los templos paganos había, desde siempre, sacerdotisas o vestales. Y no hablamos de nuevo de aquel ejemplar de mujer activa: no solamente ama de casa y dueña del marido y de los hijos, sino también hábil artesana y comerciante, que hace acrecentar el patrimonio familiar, que se describe en el libro de los Proverbios (31, 10-31).

Las mujeres que acompañaron a Jesús, que estuvieron al pie de la Cruz y que recibieron, las primeras, las apariciones del Resucitado, como María Magdalena o Salomé, por no hablar de su Madre, María, hubieran estado bien capacitadas para dirigir el culto o ser dispensadoras de la gracia. Si no las llamó, era porque las tenía destinadas —a ellas y a otras mujeres— a funciones para las cuales eran insustituibles.

Nos quería dejar claro, ciertamente, que las mujeres, por el bautismo, como todos los cristianos, en su interior se identificaban plenamente con Cristo, pero que también quiso que hubiera cristianos —en este caso, hombres— que en su exterior, por un parecido físico, más próximo, con él, pudieran ser signos —pedagógicamente útiles y eficaces— de su presencia en el mundo, de él —que era el Hijo de Dios— y que, al hacerse Hombre, esto ha sido como Varón.

Y nos es lícito considerar que, en el trabajo de las mujeres en la Iglesia —riqueza de contemplación y delicadeza de sentimiento, ejercicio intelectual y cordialidad de su servicio a las personas—, siempre podremos ver un signo de la posición eminente, en la Iglesia y para la Iglesia, de María, Madre de Dios y Madre del Pueblo de Dios.

Las Bienaventuranzas: la novedad de la predicación de Jesús

Género literario

No hace falta decir que los doce versículos de la introducción al Sermón de la Montaña —las Bienaventuranzas (Mt 5, 1-12; cfr. también Lc 6, 20-49)—, es un texto que todo el mundo, sin excepción, pondría en una antología de los fragmentos más significativos de la doctrina del Evangelio.

La primera pregunta que uno se hace —explícita o implícitamente— es la de su género literario: exhortatorio, ascético, parenético, jurídico, exegético, etc. Yo quiero ver una finalidad concreta del compilador, la de presentar una degustación o una síntesis de lo que tendrá que ser el contenido de aquel primer gran Sermón dirigido por Jesús a la gente de Galilea que le seguía, que ocupa dos capítulos enteros del evangelio de Mateo: señalar el paso del Antiguo al Nuevo Testamento, e ilustrar a los oyentes sobre la continuidad de la Ley y de los Profetas, en todas aquellas cosas —la mayor parte— que son válidas: «no os penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas;

no he venido a abolir, sino a llevar a cumplimiento» (Mt 5, 17-18). Y cierto, en las cosas que han perdido vigencia, los hace volver al principio de los tiempos, o de la historia, a la bondad de la creación, y a la luminosa claridad del derecho natural, que ha de ser la base de los derechos humanos, y de todas las otras normas jurídicas, tal y como lo dice más adelante, al hablar de uno de estos temas, las corruptelas en la legislación sobre el matrimonio (Mt 19, 1-12), cuando recalca: «pero en un principio, no era así» (v. 8).

Pero también ha querido mostrar la novedad del Nuevo: «Habéis oído que se dijo a los antiguos (...). Pues yo os digo (...)» (Mt 5, 21), afirma con palabra autoritativa de quien es Maestro, Sacerdote, Señor, en quien se encuentra la culminación de toda la revelación y la vida del Antiguo Testamento: promesas, leyes, ceremonias, anuncios.

La medida del perdón

Esta novedad se da sobre todo en aquellos mandatos o consejos en que la medida nueva supera a la antigua, y esto sobre todo en las cosas que se refieren a la caridad, al amor, como por ejemplo la misericordia y el perdón. Y así, si para los antiguos constituía un adelanto la ley del talión, para los nuevos tiempos, el criterio será el perdón incondicional del ofensor (cfr. Mt 18, 22, donde se habla de perdonar «setenta veces siete», es decir, siempre.

Dios, en efecto, ha querido que, a lo largo de toda la historia de su relación con los hombres, se fuera

dando una medida creciente a la hora de vivir los deberes de caridad. Primero, en aquello que se refiere a reducir al máximo el daño a los otros, con la superación de la venganza ilimitada propia de algunas sociedades humanas; en el mundo extrabíblico, se establecía un tope, que en un principio era todavía muy alto: «Caín es vengado siete veces, pero Lamec lo será setenta veces siete» (Gn 4, 24). Más adelante, la ley del talión supondrá un gran salto adelante en la civilización: es la que quiere que se cumpla aquello de «vida por vida; ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie» (Dt 19, 21).

Contenido del texto

Y volviendo al texto de las Bienaventuranzas, podemos decir que en su conjunto ofrece una amplia perspectiva del itinerario del seguidor de Cristo, por la tierra, hasta el Cielo, y refleja las virtudes que tiene que cultivar: las teologales que le ligan a Dios —fe, esperanza, caridad (1 Cor 13, 13)—, y las morales —prudencia, justicia, fortaleza, templanza (Sa 8, 7)—, todas ellas perfeccionadas por los dones del Espíritu Santo (Is 11, 2-3), que facilitan el ejercicio de potencias y apetitos. Y el Padrenuestro —la oración que Cristo enseñó, y que la mencionada Alocución también recoge (Mt 6, 9-15)—, impregnada del mismo espíritu de las Bienaventuranzas, ayuda a todo el mundo a recordarlas y mueve a quien reza, a vivirlas.

Ocho veces distintas se afirma que quienes están dispuestos a seguir, con varios matices de conducta,

el género de vida que Jesús propone, serán bienaventurados, beatos o felices; y se puede entender que esto acontecerá con la plena fruición de Dios en el Cielo, que se anticipa, de algún modo, en la relativa felicidad que se puede conseguir en la tierra.

Otro texto del mismo evangelio ayuda a recordar las motivaciones y a hacer un examen (Mt 25, 31-46): son las denominadas obras de misericordia. Cristo mismo, en la persona del necesitado, espera el detalle de atención: «siempre que lo hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo habéis hecho» (v. 45): dar de comer y de beber, acoger al forastero, vestir al desnudo; visitar al enfermo y al preso. Y sobre esto el Juez justo, Jesucristo, se basará para su sentencia: y mientras unos —quienes hicieron obras de éstas, «irán a la vida eterna», los otros, los que no, «al suplicio eterno» (v. 46).

Los pobres en el espíritu

El hecho de que la primera y la última de las bienaventuranzas —dirigidas a quienes son «pobres en el espíritu» (v. 3) y a los «perseguidos por causa de la justicia» (v. 10)— expresen el premio con las mismas palabras: «de ellos es el Reino de los Cielos», lleva a pensar que también el aspecto de virtud que considera en los interesados debe ser el mismo, y que por lo tanto, aquí, coinciden el hecho de ser «pobres en el espíritu» y el de buscar con afán la justicia, es decir la santidad, y esto da lugar a la persecución que sufren.

El concepto de «pobre» —y también de «justo»— que ofrece aquí Jesús, es la culminación del que se

venía perfilando a lo largo del Antiguo Testamento, y que el profeta Sofonías (c. 3, passim) presenta cuando describe «el resto de Israel», constituido por los justos —es decir aquellos que tienen hambre y sed de cumplir la voluntad de Dios—, y son pobres: en el sentido de estar desprendidos de las cosas, y muchas veces en el de estar privados de ellas; y no ponen la confianza en los medios materiales, ni en ellos mismos, sino en Dios, y de esta manera son también humildes, sobrios y moderados, y a menudo son maltratados, y ayudan al prójimo.

El deseo de cumplir la Ley y también el de vivir todas las virtudes, tendrían como objetivo la misma realidad —la justicia o la santidad— y así, un hombre o una mujer, con estos propósitos y la ayuda de Dios, llegarían a ser justos, santos, humildes, pobres: los pobres de Yahveh, como quienes salen al encuentro de Jesús en los albores del Nuevo Testamento: Zacarías e Isabel («los dos eran justos ante Dios, y seguían, irreprochables, todos los preceptos y las observancias del Señor» (Lc 1, 6), a los cuales se anuncia un hijo que «será lleno del Espíritu Santo desde el vientre de la madre» (Lc 1, 15); el anciano Simeón («un hombre justo y piadoso, que esperaba el consuelo de Israel y el Espíritu Santo estaba en él» (Lc 2, 25), Ana («profetisa (...) que no se movía del Templo, sirviendo a Dios noche y día con ayunos y plegarias» (Lc 2, 37); y los padres de Jesús: José, de quien se dice que era «justo» (Mt 1, 19), y María, la virgen, «llena de gracia», a quien el ángel se dirige: «el Señor es contigo» cuando le anuncia que tendrá un hijo, que «será grande y se denominará Hijo del Altísimo» (cfr. Lc 1, 26-37) .

Es verdad que puede haber ricos en fortuna, en cualidades humanas, en relaciones familiares, y que sean pobres por el desprendimiento y por la humildad, pero la experiencia enseña que a quienes son materialmente ricos les cuesta más ser pobres, que a los pobres de solemnidad. Y si por las palabras de Jesús —dichas no sin hipérbole— sabemos que «es más fácil que pase un camello por el agujero de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios» (cfr. Lc 18, 25), también recordamos que añade —y aquí no se usa la figura retórica de la exageración—, que «lo que es imposible a los hombres es posible para Dios» (v. 27).

Actitudes hacia Dios y el prójimo

Todas estas actitudes de los seguidores de Cristo miran siempre a Dios, unas veces directamente, pero casi siempre pasando por el trato lleno de caridad con el prójimo: los pobres en el espíritu, porque ayudan a los demás; quienes lloran, porque se arrepienten de sus pecados o porque se compadecen del dolor de los otros; quienes tienen hambre y sed de ser justos, porque también quienes tratan con ellos resultarán beneficiados; los compasivos, porque consolarán a otros; los limpios de corazón, porque no habrá perjudicados por malos deseos ni juicios injustos; los pacificadores —los que hacen obra de paz: los factores de paz (*eirenopoioi*), como dice el texto griego de Mateo—; los perseguidos por causa de la justicia, porque no son violentos, y sufren sin devolver la ofensa.

Hacia la Bienaventuranza definitiva

En todos los casos, el premio es una faceta de la gloria del Cielo: el Reino en su fase definitiva (Mt 13, 43); la posesión del Paraíso (Ap 2, 7), del cual la Tierra prometida (Ps 36 (37), 11) era una imagen (2 Pe 2, 13); la consolación del espíritu (Lc 2, 25) que será plena en el Cielo, donde no habrá ni muerte, ni llanto, ni dolor (cfr. Ap 21, 4); la compasión por parte de Dios, que otorgará el total perdón de los pecados (Mt 6, 12; Mt 18, 21-35; 26, 28) y con él la posesión de Dios (Mt 19, 29); la visión de Dios —no ya a través de un espejo deformado sino cara a cara (1 Cor 13, 12)—; la plenitud de la filiación divina vivida como premio (1 Jn 3, 1-2); y otra vez se alude al Reino de Dios en su fase celestial (Mt 6, 10).

Objetivos arduos

Con todo, no habría que olvidar que son objetivos arduos de conseguir, y que, como «el reino de Dios, se abre paso con fuerza, y quienes «se hacen violencia son quienes lo arrebatan» (Mt 11, 12), y que para ese fin se requiere una actitud incompatible con la pereza, la acidia, la pasividad o las manifestaciones de quietismo. Y, con rectitud de intención, si bien esto no ha de ser incompatible con el logro de hitos humanos legítimos: el prestigio que acompaña al ejercicio profesional, de un trabajo a veces bien vistoso que tiene que contribuir al servicio de la sociedad y al aumento del nivel de vida, o la legítima defensa de las personas o de los bienes: de uno mismo

o de los suyos, o del propio grupo humano, o de los derechos de la Iglesia. Así se ve luego, en la vida del mismo Cristo, cuando sube a Jerusalén, «pero no abiertamente sino como a escondidas» (Jn 7, 10), o responde a la noticia según la cual Herodes lo quiere matar (cfr. Lc 13, 31-33), o da instrucciones de cómo tienen que comportarse ante las autoridades o los tribunales (Mc 10, 11), y cuando se encara con los escribas y fariseos (Mt 23, 13-36), o da instrucciones sobre la manera de comportarse ante ellos (Mt 23, 1-12; Lc 11, 37-54). Y también una conducta prudente y firme es la que adoptarán sus seguidores de aquellas primeras generaciones de cristianos, como Esteban (Act 7, 51-52); o Pablo (en Act 9; 22; 23; passim), y después, en plena época de persecuciones, los apologistas dirigirán sus escritos a los judíos y paganos, y a las autoridades, con valentía y con respeto.

El Señor bendice las cosas buenas del mundo

Hace falta tener muy en cuenta que el Señor se ha encarnado en un mundo al que Dios creador ha hecho bueno, si bien se ha introducido el pecado en él, pero que tiene que ser restituido a su bondad originaria, también con la Redención, operada por él en la Cruz, y llevada a la práctica con la colaboración de los hombres y mujeres de todos los tiempos. Por esto vivió en este mundo y en él continúan los suyos. En este mundo hay valores que motivan a la gente a actuar, y de éstos también él participó: el trabajo, con las más distintas tareas, la vida familiar —bodas, hi-

jos, preocupaciones, salud— y la atención responsable de los asuntos privados o públicos.

Jesucristo bendice todo esto; la buena cosecha que aporta el ciento por uno al sembrador, la alegría de unas bodas de Caná, la fecundidad de un rebaño de ovejas. Pero no quiere que el trigo que tenía que servir para utilidad de todos, quede almacenado en depósitos cada vez más grandes, sólo para la egoísta satisfacción del amo. Por esto también predica el desasimiento: desde aceptar los inesperados reveses de fortuna —una granizada, las malezas que invaden el campo, los destrozos que hace el lobo en un rebaño, el abuso del que no paga una deuda— hasta la plena disponibilidad para lo que Dios quiera, de quienes escuchan su palabra «y, dejando todas las cosas, le siguieron» (Lc 5, 11).

A manera de epílogo

Y a continuación de las Bienaventuranzas se encuentran las conocidas palabras de Cristo a quienes le escuchan: «vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se vuelve insípida con qué se la volverá a salar...». «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5, 13-14), acompañadas de unas consideraciones prácticas.

Podrían ser otra síntesis, tanto de lo que acaba de decir en las Bienaventuranzas, como de lo que se encuentra en todo el discurso.

Hacen pensar en la función de ser, dentro de todo el mundo, junto a los otros cristianos, según la parafrasis del Fundador del Opus Dei, «**sal y luz de sal y luz**» y ayudar a dar sentido a todas las actividades

humanas, haciéndolas bien: «que vean vuestras buenas obras» de acuerdo con la propia naturaleza de las cosas y las normas éticas, y con espíritu de servicio. Y dirigiéndolas a la gloria de Dios; «y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos» (v. 16). La vida ordinaria del cristiano, a todos los niveles, contribuirá a dar sabor, gusto, a toda la masa de la sociedad, con un trabajo hecho con humildad, que, como la sal, pasará desapercibida la mayor parte de las veces.

Una de las manifestaciones de esta vida, contemplativamente activa, de quienes tienen que ser «**sal y luz de sal y luz**» en medio de la sociedad, será la de referirlo todo a Dios, y hacer de ello una ocasión de una expresión de la presencia de Dios, con alguna de las normas de piedad de siempre, que sea más adecuada: una efusión de amor, una acción de gracias, un acto de desagravio, una petición. Será, como ha dicho san Josemaría Escrivá: «vivir cada instante con vibración de eternidad».

Y la convivencia dará lugar al diálogo, a intercambiar puntos de vista, a la siembra de doctrina, a otras maneras de ser efectivamente «la luz del mundo».

Un hombre bueno, samaritano

Jesús se alegra cuando ve que alguna persona sigue un buen camino, o hace una afirmación doctrinalmente acertada, como es el caso del legista, que ha sabido resumir bastante bien con palabras de dos pasajes de la Ley de Moisés (Dt 6, 5 y Lv 19, 18), lo que ésta enseña en esencia sobre los preceptos divinos del amor a Dios y al prójimo (cfr. Lc 10, 25-29).

Lo ha dicho así: «Amarás al Señor, tu Dios, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo» (27).

El experto hace al Señor una pregunta, con objeto de justificarse, y muy probablemente también para que Jesús se pueda lucir: «¿Y quién es mi prójimo?»(id). Cristo se lo premió, respondiendo con una parábola bellísima (30-37), con la cual ilustra las palabras citadas más arriba.

Un viajero bajaba de Jerusalén a Jericó. Aquella urbe, situada en Judea, a una cierta altitud, era también, a la sazón, el centro religioso, cultural y político, con el Templo y las sedes de las autoridades, tanto las judías como las romanas. La otra ciudad, a unos 25 km, hacia el sudeste, un emporio comercial, aparecía como un oasis en medio de un desierto, próximo a la desembocadura del Jordán en el Mar Muerto. Era un itinerario peligroso, donde fácilmente se encontraban al acecho salteadores de caminos.

Un pobre hombre fue víctima de uno de estos ataques. Lo mismo podía ser un comerciante rico, que otro de pocos caudales, el cual, por el hecho de no llevar gran cosa encima, provocara aquella violenta reacción de los agresores. La experiencia, no lejana, enseña que también en nuestros días, incluso cuando se va por la ciudad, conviene llevar algún dinero en los bolsillos, para que, en alguno de estos casos, la decepción de los ladrones, que no han podido celebrar con alegría un botín, no los lleve a una reacción incontrolada, y quieran demostrar que no les gusta perder el tiempo en una salida infructuosa.

Lo cierto es que aquel hombre quedó, maltrecho, al borde del camino, a merced de la buena disposi-

ción de algún peatón compasivo. Pasaron varios viajeros. Primero, un sacerdote. No era extraño, puesto que sería relativamente frecuente el caso de algunos que estaban al servicio del Templo y residían fuera de Jerusalén, y tenían que trasladarse para cumplir su turno cuando les tocaba. Pensamos en el caso de Zacarías, el padre de Juan Bautista, que el evangelista Lucas nos presenta en una función del culto que era tenida como muy honorífica: la de poner el incienso en la parte más interior del Templo, y que allí recibe el anuncio del futuro nacimiento de un hijo (Lc 1, 5-25). Y el mismo hagiógrafo nos habla de dónde vivía, con su esposa Isabel, en las montañas de Judá, cuando la Virgen María, que lleva en sus entrañas al Hijo de Dios encarnado, movida por la caridad va a visitar a la mencionada prima suya (Lc 1, 39-45).

Es posible que al sacerdote que pasa de largo le tocara el turno del servicio y que, si iba con el tiempo justo, no se detuviera, a pesar de que no le fuera indiferente la situación del accidentado. Quién sabe si prefirió cumplir antes con un deber reglamentario, que con uno de caridad que, con todo, por su naturaleza sería más acuciante. Se puede pensar que, seguramente por considerarse menos obligado a cumplir su deber de humanidad, no solamente continúa hacia adelante sin quererse fijar en aquel cuadro, sino que, para evitar la proximidad del herido, cruza la carretera para ir al otro lado (*antiparelthen*), escribe Lucas, con una forma verbal expresiva de esta intención.

El levita debió de encontrar las mismas razones que el sacerdote para no pararse, pero seguramente se sintió todavía con menos libertad de espíritu que

éste, porque tal vez tenía que realizar su trabajo como subordinado, y se veía obligado a dar explicaciones y justificarse, si lo incumplía.

Este tipo de reacciones continúa dándose hoy: sucede a menudo que cuando un conductor se ve solicitado por un chico que está dispuesto a limpiarle los cristales del coche, o por un vendedor ambulante que ofrece unos pañuelos de papel, acelera o ralentiza la marcha para obviar el compromiso. De manera parecida, cuando alguien que transita por un lugar público se topa con unos músicos ambulantes, no raramente aprieta el paso con objeto de dar sensación de prisa y no tener que parar y revolver en los bolsillos para buscar unas monedas y darlas a quienes las esperan razonablemente.

Aquel era un hombre que pertenecía a un pueblo —el de los samaritanos— que se había separado del tronco de Israel, los habitantes del cual, en buena parte eran de origen extranjero, y que, a nivel religioso, como ya hemos dicho, se habían quedado sólo en la aceptación del Pentateuco, en aquello que se denominaba la Ley de Moisés. Por esto a su gente se los consideraba como cismáticos o herejes. De aquí que judíos y samaritanos no se trataran.

Para ilustrar la distancia que podía haber entre estos dos pueblos —si bien ambos eran descendientes de Abraham— podríamos decir que es como si ahora un albanés de Kosovo, mahometano, se detuviera para prestar ayuda a un serbio, cristiano ortodoxo.

Le atiende, le carga encima de su asno, le lleva a la posada, da una cantidad por anticipado al dueño y se compromete a pagarle la deuda que quede.

No le ha frenado la resistencia que a veces experimentan algunos conductores, si recogen a un herido, causada por el temor a complicaciones legales, o al peligro de manchar de sangre la tapicería nueva de su coche. Se ha sabido que cuando el arquitecto Antoni Gaudí, en 1926, fue atropellado por un tranvía, en Barcelona, varios taxistas, que lo tomaron por un mendigo, no lo atendieron para trasladarlo al hospital.

Pero por encima de aparentes barreras raciales, culturales, de clase, el samaritano actúa de acuerdo con la conciencia de la fraternidad que ha de unir a todos los hombres, que deriva de su condición de hijos de un mismo padre, según el criterio que Jesús adelantó en el Sermón de la Montaña: sois «hijos de vuestro padre del cielo que hace salir el sol sobre justos e injustos» (Mt 5, 45). En aquella ocasión, partiendo de lo que estaba escrito, «amarás a tu prójimo» (Lv 19, 18), y de lo que había sido abusivamente añadido «odiarás a tu enemigo», con toda autoridad, agregó unas palabras suyas: «pero yo os digo: quered a vuestros enemigos» (Mt 5, 43-44).

Pero en la parábola hay otro personaje que merece ser recordado: el posadero. Hace también una obra de misericordia y con la máxima naturalidad, como si aquello formara parte de una profesión que él sabe impregnar de caridad. Se fía del samaritano; no teme complicarse la vida, asumiendo posibles problemas como el de verse obligado a tener al accidentado más días de los previstos y que no acudiera quien tenía que pagarle la totalidad de la cuenta.

Llama la atención el hecho de que la parábola acaba con la pregunta que Jesús hace al doctor de la

Ley sobre cuál de los tres transeúntes es el prójimo de quien cayó a manos de ladrones. Parecería, en principio, que el Maestro planteaba la cuestión para que la respuesta fuera que el prójimo es quien ha sido ayudado. Sin embargo, lo ha formulado de tal manera que ha de contestar que el prójimo es el benefactor, el que ha actuado con misericordia.

Tal vez nos sirva para ver que actos como éste provocan reacciones de caridad en los dos sentidos, o que, en definitiva, en el prójimo —sea quien sea— se tiene que ver a Jesucristo, el cual aquí podría estar aludido en la figura del Samaritano, como sucede en la invitación general de Jesús a hacer obras de misericordia, cuando recalca que, en quien tiene hambre o sed, en el peregrino o en el que va desnudo, en el enfermo o en quien está en prisión, hay que verle a él: uno y otro, en efecto, son el prójimo.

Notemos que en el Evangelio no se aplican calificativos a este samaritano. Con todo, con el paso del tiempo se le ha denominado el Buen Samaritano —como figura en el título de un célebre hospital— o piadoso o misericordioso samaritano. Hoy día no se le pondría un adjetivo laudatorio, porque alguien podría interpretar que un personaje como éste es una excepción entre la gente de aquel pueblo, y sonaría a descalificación de los demás. Y esto no iría de acuerdo con el respeto exquisito que se procura tener a todas las etnias.

Dios ha querido que, a lo largo de toda la historia de su relación con el género humano, se diera una medida creciente a la hora de vivir los deberes de caridad. Primero en aquello que mira a reducir al máximo el daño a los otros, con la superación de la ven-

ganza ilimitada de algunas sociedades humanas, en el mundo extrabíblico, estableciéndose un tope que en un principio era aún muy alto, como ya hemos recordado en estas páginas: «Caín será vengado siete veces, pero Lamec lo será setenta veces» (Gn 4, 24). Más adelante, la ley del talión supone un gran adelanto en la civilización: es la que quiere que valga aquello de «vida por vida; ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie» (Dt 19, 21).

Junto con esto, hay que recordar los preceptos positivos para practicar la caridad, como los que han sido evocados en la conversación entre el legista y Cristo. Mencionamos también la medida áurea en este precepto: «No hagas a nadie aquello que tú no querrías para ti» (Tb 4, 15) nos conduce hacia el espíritu del Evangelio: «todo aquello que queréis que os hagan los hombres, hacedlo también vosotros a ellos» (Mt 7, 12).

Y la enseñanza vivida de Jesucristo —después de expresar una invitación a superar la ley del talión, cuando habla de no «resistir el mal», de manera que «si alguien te pega en una mejilla, preséntale la otra» (Mt 5, 38-42)—, llega a una formulación altísima en el denominado «mandato nuevo»: «un mandato nuevo os doy, que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, que os améis los unos a los otros.» (Jn 13, 34). Es una medida insuperable.

De la parábola del hijo pródigo

Todo el mundo conoce la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32): de un padre que tiene dos hijos, y el más pequeño se encara con el padre para que le

dé la parte de la herencia que le corresponde, deja la casa y se va a un país lejano, donde dilapida la fortuna viviendo disolutamente. Tras sus insatisfactorias experiencias, se siente movido a una contrición, impregnada de un sentimiento filial y exclama: «me levantaré e iré hacia mi padre, y le diré: ¡padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de llamarme hijo tuyo!»

Vuelve a la casa paterna, y su padre, que le estaba esperando, lo acoge y le perdona, y manda hacer una gran fiesta, pero el hermano mayor protesta y no quiere participar en la alegría general.

No es raro que cuando se lee este pasaje de la Escritura se eche en falta a la madre. De esto se pueden dar y, en efecto, se han dado, varias respuestas.

Según una de ellas, de haber estado la madre, el hijo que resultó pródigo no se habría marchado. Otros dirán que el detalle de que viviera o no la madre es irrelevante para entender la parábola, si bien la previa muerte de la madre podría explicar un aspecto de la pretensión de aquel hijo, de pedir la parte de la herencia que le atañe —la que tal vez procedía de la madre—, puesto que a la que le pudiera venir del padre no tendría propiamente derecho hasta la muerte de éste, y si se la daba, era por pura liberalidad.

Una explicación más satisfactoria, sería la de pensar que este padre —que es ejemplo de misericordia y de fidelidad— es imagen de la bondad de Dios. Y Dios, superando todas las categorías mentales humanas, es, al mismo tiempo, como un padre, y como una madre, y ama a sus hijos con la firmeza de un padre y la ternura de una madre.

Y así, al analizarla, podríamos parafrasear las afirmaciones de la parábola, ampliando algún extremo.

El padre de familia sería Dios, que tiene, liberados de toda mácula de imperfección, y llevados al infinito, los sentimientos de padre y madre, por más que estos últimos los haga llegar a los hombres y mujeres de la tierra, especialmente por la vía de María, Virgen y Madre de todos, y también de la Santa Madre Iglesia. Y también, y no haría falta recalcarlo, a través de los padres y madres de la tierra, que le representan.

El hijo pródigo, que derrocha su parte de la herencia, retrata a todos los hijos de Dios, que somos capaces de alejarnos, en alguna medida, todos, de la casa paterna, pero asimismo de volver a ella.

El otro hijo, satisfecho de sí mismo, duro en sus juicios, malhumorado, es el que también todos somos muchas veces, faltos de solidaridad y de comprensión, cuando olvidamos que la verdadera caridad, tanto como en dar, consiste en comprender (cfr. *Camino*, 463), actitud que ha de ser la de los que somos hijos de un mismo Padre y de una misma Madre, y por tanto hermanos entre todos.

Parábolas para todos

El evangelista Lucas, al introducir la parábola en la cual los dos protagonistas son un fariseo y un publicano que van al Templo a orar, hace enseguida la aplicación «a aquellos que se tienen por justos, y desprecian a los demás» (Lc 18, 9-14).

Me atrevería a decir que el segundo —el publicano que ejerce una profesión, la de recaudador de

tributos, que hace pasar dinero por sus manos y que, en parte por esto, es mal visto por sus conciudadanos— se dirige a Dios, pero no se compara con los demás, personifica con modestia la vida corriente. Y que el primero, el fariseo, puede ser un paradigma de las personas que, en los aspectos religiosos y morales, adoptan —de acuerdo con el talante de cada cual— una actitud de exigencia, con ellos mismos, no lo dudamos, pero todavía más con los otros.

Hoy día el publicano podría ser el hombre de a pie, con las luchas por la supervivencia —de él mismo y de los suyos—, con la experiencia de las pequeñas miserias propias de la vida: las suyas y las de los otros. Por esto en su oración no se atreve a levantar la vista al cielo mientras va diciendo a Dios: «sé propicio conmigo, que soy un pecador» (v. 13).

El fariseo es el que hoy día tendría sus teorías particulares de cómo se tiene que servir a Dios, y de cómo se tiene que transformar la sociedad: diría a los demás lo que tienen que hacer para ser pobres, apostrofaría a los ricos, y entendería de determinada manera la solidaridad con el prójimo.

Este tipo se considera a sí mejor que los otros, en todo: cumple los mandatos de la ley, y también hace más ayuno y da más limosna que el común de la gente (vv. 11, 12). Y por esto da gracias a Dios porque no es como otros, y está convencido de que éstos tendrían que hacer como él.

No podía prever que es aquel otro —pese a todos sus fallos— quien tendrá enseguida la confirmación de que está justificado, aunque no sea un reconocimiento oficial y público, de sus virtudes, ante todo el mundo, como a veces Dios quiere que se haga,

para utilidad general, con la vida de algunos de sus Siervos.

Y quien se asemeja al fariseo, compara los defectos o las limitaciones del otro —que también las tiene, como todo hombre— con las virtudes, que él cree tener. Y ojalá éstas no le falten, por lo menos en parte, porque más de una vez ocurre en alguna medida, desgraciadamente, que quizá sean sólo aparentes. Él juzga al otro desde su alto nivel, y le duele que sea apreciado por la gente. Y está seguro que es a él a quien Dios ha llenado de dones y carismas, y lo ha hecho bueno, mejor que a los otros, y piensa al mismo tiempo que son él, o alguno de quienes actúan como él, los que tendrían que ser reconocidos como ejemplares.

Es verdad, si uno sabe que los otros, como todo el mundo, tienen deficiencias, ha de pensar también que no están privados del todo de virtudes, y que uno mismo tiene defectos, y quizás no pequeños —que hace falta descubrir, en orden a superarlos—, pero igualmente cosas buenas. Y si lo capta así, puede mostrarse agradecido: para con Dios, y con quienes le han ayudado a conseguirlas.

Y cada cual ha de procurar sinceramente tener esta actitud del espíritu, y practicar esto con justicia y magnanimidad, con caridad y comprensión, sin favoritismos, y menos aún, con discriminaciones. Saldrá con ello ganando, ante Dios, y también de cara a los hombres.

Marta y María

Por lo que se ve, los compiladores del material de los evangelios sinópticos —Mateo, Marcos, Lu-

cas— e igualmente Juan, no se proponen siempre armonizar ciertos pasajes, para que haya exactamente los mismos personajes o que los hechos sucedan en unas determinadas circunstancias de espacio y lugar. Les basta normalmente que, con algunos datos esenciales, puedan ofrecer una lección de doctrina.

Así, no nos parece de gran interés —cuando menos para el aspecto que tocaremos ahora— averiguar si es la misma persona, la mujer que se llamaba María, que protagoniza varias escenas, en alguna de las cuales se muestra atenta a las palabras de Jesús, y en otras —queriendo borrar su condición de pecadora— unge los pies de Jesús.

Sin embargo, queremos pensar que, aun no siendo considerados como lugares paralelos, es la misma persona, María, la hermana de Marta, de la cual se habla en Lucas (10, 38-42) —donde ésta se queja del hecho de que su hermana la deja sola trabajando— y la que es referida, junto con Marta, en el episodio de la resurrección de Lázaro (Jn 11, 1-46).

Un denominador común de esta Marta en una y otra escena es la diligencia con que se mueve, ya sea para hacer sus labores, ya sea para salir al encuentro de Jesús y prepararlo para que opere la resurrección de su hermano, y también para avisar oportunamente a María, de la llegada de Jesús. María, en ambos textos, es presentada en su afán por escuchar aquello que dice Jesús.

Y en uno y otro de los relatos, de Lázaro, o no se habla de él, o se hace de manera pasiva: enfermo, muerto, o vuelto a la vida e impasible. El lector no tiene datos para conocer la personalidad de éste, pero sí que queda bien retratada la de las hermanas.

Aun así, nosotros queremos detenernos solamente en el primero de los episodios, y nada más en algunos detalles. Se dice que fue Marta quien acogió a Jesús en su casa, y se habla también de su hermana María, que «sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra». De Marta se señala que «estaba absorbida preparando muchas cosas del servicio».

El trabajo de Marta y la atención a las palabras de Dios son dos aspectos de una misma realidad: la acción de una persona, y su capacidad de contemplación. Y se tiene que buscar la manera de mantenerlas unidas, no separarlas. Tienen que formar parte de aquello que san Josemaría Escrivá ha denominado «unidad de vida» —la unión, en cada uno, de los diversos aspectos de la actividad: aquello que hace referencia al trato con Dios en las variadas formas de plegaria; a la realización de los propios deberes, en el trabajo y con la familia; y al afán de ayudar a otros a ser mejores, que es exigencia de la caridad. Es una nomenclatura, la de «unidad de vida», que el Concilio Vaticano II ha recogido en el Decreto *Presbyterorum ordinis* (n. 14), de cuya comisión redactora fue secretario Mons. Álvaro del Portillo, íntimo colaborador, de siempre, del Fundador del Opus Dei—.

Este último lo ilustraba con la imagen del legendario Rey Midas, que tenía el extraño poder de convertir en oro todas las cosas que tocaba. Nosotros, explicaba él, podamos hacer mucho más: convertir en plegaria, en vida sobrenatural, en gloria, todas las cosas que hacemos.

La Cruz

Es obvio que para operar la Redención —de las personas y de la creación— habría podido bastar el más pequeño acto de Jesucristo, el Hijo de Dios, en cualquier momento de su vida en esta tierra, en su condición de Dios y Hombre verdadero.

Y esto, desde que empezó a estar presente en el seno de la Virgen María —cuando «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14)— hasta el final de su vida mortal en la tierra. Es decir, desde que hubo dado su «sí», con las palabras «hágase en mí según tu palabra» (cfr. Lc 1, 36-39), quien en aquel instante se convertía en la madre de Dios, hasta el momento de expirar el Salvador en la Cruz, cuando dijo: «en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 43).

Con todo, Dios Uno y Trino decidió que los efectos del rescate realizado por el Hijo de Dios derivaran de su muerte: «hemos sido reconciliados con Dios por la muerte del Hijo» (Rm 5, 10). Y esto ha sido una muestra del amor de Dios por los hombres».

El amor consiste en esto: no somos nosotros quienes nos hemos adelantado a amar a Dios; él nos ha querido primero y ha enviado a su Hijo como víctima que expía nuestros pecados» (1 Jn 4, 10).

Una de las razones de esto nos la da el mismo Jesús cuando dice en la Cena: «nadie tiene un amor más grande que quien da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). Y así, «si Dios nos ha amado tanto, tam-

bién nosotros nos hemos de amar los unos a los otros» (1 Jn 4, 11).

La Redención se relaciona, de hecho, con el patíbulo de la cruz, y resumidamente, con la Cruz: «Dios quiso reconciliarlo todo por él y destinarlo todo a él, poniendo la paz en todo lo que hay, tanto en la tierra como en el Cielo» (Col 1, 20); «nos ha dado la vida juntamente con Cristo. Dios nos ha perdonado todos los pecados y ha invalidado el quirógrafo[20] que nos acusaba de nuestra deuda con los preceptos de la ley; lo anuló pues clavándolo en la cruz» (Col 2, 14).

La suma del dolor

Y Jesús llegó al punto culminante de la muerte, después de haber experimentado la suma de todos los dolores físicos y morales, que se describen con todo detalle en los cuatro evangelios. ¿Y por qué tanto sufrimiento? Se puede pensar que también era conveniente que fuera así, porque Jesucristo, Dios perfecto y Hombre perfecto, reunía por esto la plenitud de todas las virtudes y las cualidades humanas, y era razonable que tampoco en esto nadie le aventajara, si tenemos en cuenta que el dolor, asumido con fortaleza y amor de Dios, es un valor humano, y más

[20] Quirógrafo (del griego cheir, mano): Véase *Diccionario de la Real Academia Española*: Relativo al documento concerniente a la obligación contractual que no está autorizado por notario ni lleva otro signo oficial o público.

cuando no es consecuencia de ninguna culpa propia ni de una conducta imprudente.

Así Jesús quedará como un ejemplo en todo, también en la actitud que se ha de tener ante el sufrimiento de cualquier clase. «Esta es la vocación que habéis recibido, puesto que también Cristo padeció por vosotros: así os daba ejemplo para que sigáis sus huellas» (1 Pe 2, 21). Y, después señala que «cuando le insultaban, no devolvía el insulto; cuando lo atormentaban, no respondía con amenazas» (id. 23). Por esto anima a los destinatarios de la carta a imitarlo: «¿qué tiene de glorioso soportar un castigo corporal si habéis cometido una falta? En cambio, si después de obrar bien tenéis que sufrir y lo soportáis con paciencia, esto es agradable a los ojos de Dios» (id. 20). Y en la pasión del Señor han encontrado la fuerza los mártires: quienes han dado la vida por la fe, por la fidelidad a los principios morales, por la defensa de los nobles ideales.

A todos nos puede decir, animándonos a ser consecuentes, el autor de la epístola a los Hebreos: «todavía no habéis resistido hasta dar la sangre» (12, 4). Y con mayor motivo vale esto ante las incomodidades de la vida, los pinchazos que a menudo acarrean los defectos o las torpezas de los demás. Encontraremos en la Pasión una invitación a hacer nuestro el ejemplo de Jesús en la Cruz, y decir: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen, y ser comprensivos con las debilidades del prójimo.

El hecho de la Cruz se convertiría en el punto central de la historia de la salvación, en el Nuevo Testamento: «porque donde hay testamento es forzoso que muera el testador, y Cristo entró de una vez para

siempre en el santuario, no con sangre de machos cabríos y de terneros, sino con la propia sangre y logró la redención eterna» (Heb 9, 12).

Los signos se realizan

Sucedería lo que dijo Jesús: «no he venido a abolir la ley o los profetas, sino a darles cumplimiento» (Mt 5, 17). Las figuras, los símbolos, los signos, referentes a los sacrificios que se ofrecían en la época de la Antigua Ley, como el Cordero pascual (Ex 12, 5), o los que inmolaban los sacerdotes de la tribu de Leví, se cumplirían de una manera plena en el Sacrificio de Jesucristo, que tuvo una eficacia universal y de valor infinito. Era ofrecido de una vez para siempre, y así como aquellos sacerdotes tenían que repetir a menudo los mismos sacrificios, que no podían quitar los pecados, «él, en cambio, después de haber ofrecido un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado por siempre jamás a la derecha de Dios» (cfr. Heb 10, 11-13).

Jesús —que es sacerdote, víctima y altar— sella con su sangre la Nueva Alianza, en la Cena. Bajo las apariencias del pan y del vino, les da su Cuerpo —entregado por todo el mundo— y su Sangre —derramada también por todos—; parte el pan, y así les da su Cuerpo, y en el cáliz les hace beber su Sangre: «Bebed todos, que ésta es mi sangre de la Alianza, que será derramada por muchos para remisión de los pecados» (cfr. Mt 26, 26-28). Ya no hará falta, como hizo Moisés cuando selló la Antigua Alianza, que se sacrifiquen terneros y que con una parte de la sangre se asperje el altar o el pueblo (cfr. Ex 26), puesto que

la sangre del único Mediador, el Hombre Cristo Jesús, será totalmente eficaz y por siempre jamás (cfr. 1 Tm 2, 5).

Otro *tipo*

De esta manera se realizaba plenamente un signo, el *tipo* que explicó Jesús a Nicodemo: «así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, también el Hijo del hombre tiene que ser elevado» (Jn 3, 13), y que así estaba escrito en el Pentateuco: «Moisés hizo una serpiente de bronce y la colgó arriba en una pértiga. Si una serpiente había picado a alguien y éste miraba la serpiente de bronce, sanaba» (Nm 21, 9).

Y en otro pasaje —«cuando seré levantado encima de la tierra, atraeré a todo el mundo (o todas las cosas) hacia mí» (Jn 12, 32)— se detallan los efectos salvadores de esta elevación de Cristo, en las personas y en la naturaleza. Podemos decirlo así —con una doble referencia: a la humanidad y al «cosmos»— porque, permítasenos recordarlo, se han producido, sucesivamente, dos lecturas complementarias que expresan respectivamente dos matices.

En una de ellas —si se prefiere la lección por la cual se ha inclinado la Neovulgata: la de «omnes», todos, todo el mundo— se puede entender que, por la fuerza de la Cruz, el Redentor atraerá hacia él a las personas.

En la otra variante, la que había adoptado la Vulgata, «omnia», todas las cosas, se podía ver «in recto» una referencia a las realidades terrenales, por

más que ya se sobrentiende que son asumidas por los hombres y mujeres en este mundo. Era ésta la enseñanza que había sacado, no sin una especial iluminación san Josemaría[21], al ver en aquellas palabras un llamamiento a poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas.

En el Calvario, una síntesis

El Calvario, con la Cruz (cfr. Mt 27; Mc 15; Lc 23; Jn 19), se ha convertido en el punto culminante del mundo. Y allí encontramos una síntesis de toda la vida y la doctrina de Jesucristo. Según el plan de Dios, con esto se ha realizado la Redención —«habéis sido comprados a un gran precio» (1 Cor 6, 20) escribe Pablo a todos; «has sido sacrificado y nos has redimido para Dios con tu sangre» (Ap 5, 9), dice Juan refiriéndose al Cordero inmaculado[22].Todo está, de alguna manera, presente o recapitulado: el mundo y la humanidad, en cuanto que objeto de la Redención[23].

Con Cristo que muere, que es la Cabeza, queremos ver el resto de su Cuerpo, la Iglesia, la cual —si

---

[21] Cfr. Andrés Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei (I)*, pp. 379 y ss.

[22] Nótese la expresiva etimología de las palabras «redención» y «rescate», que tienen que ver con el lenguaje de la compraventa, en relación también con la liberación de los esclavos: (*red-emo*, recomprar; rescatar; *egoràsthete*, 1 Cor 6,20; *egoràsas*, Ap 5, 9); *lytròsetai*, Tit 2, 14)

[23] Cfr. Ferran Blasi Birbe, *Al paso de los días*, Ediciones Rondas, Barcelona 1989, pp. 70-71.

bien en la Encarnación ya había nacido radicalmente— ahora, en la Cruz, surge formalmente, como una nueva Eva, del lado abierto del nuevo Adán, Cristo.

Las representaciones artísticas de esta escena acostumbran a incluir todavía otras figuras: al pie de la Cruz, María, la Madre de Jesús, de pie, firme, compartiendo el dolor del Redentor, y Juan, el apóstol y evangelista, y también las santas mujeres. Todas estas personas constituyen como la representación de quienes, en lo sucesivo, formarán parte integrante de la Iglesia, el Pueblo de Dios: alrededor de Jesús y de María, Madre de Dios y de la Iglesia, se adivinan todos los fieles, miembros de la Jerarquía, y laicos, hombres y mujeres.

Pero la mirada llega a divisar aún más gente: el ladrón arrepentido, que expresa la condición pecadora de todo hombre, a quien Dios puede concederle la gracia de obtener —con el deseo, unido a un amor de Dios que mueve a la contrición—, la incorporación al Reino de Dios; y el otro ladrón, del cual no consta el arrepentimiento, que ejemplifica la posibilidad de una frustración de la voluntad salvadora de Dios, por la libre negativa del hombre.

Otro personaje entra en el cuadro: el centurión, que en todos aquellos acontecimientos descubre que el Hombre al que ha custodiado es verdaderamente el Hijo de Dios, y que bien nos podría representar a todos los que estamos emparentados con las tierras del Imperio romano, como las del Mediterráneo o del Medio Oriente. También esto nos insinúa otro trazo de la Iglesia: la apertura misionera, el encargo de llevar a todo el mundo el mensaje de Redención.

Todo el universo pues estaba allí, al lado de aquellos hombres y mujeres nacidos en la tierra de Israel, que se encuentran alrededor del Sacerdote Eterno —Jesús clavado en la Cruz—, o en otras regiones, y de quien ha prestado —en un principio quizá a regañadientes— el servicio de ayudar a traer la cruz un buen trecho del camino, otro hombre con vinculaciones extranjeras —el Cirineo— si el nombre tiene algo que ver con Cirene o Cirenaica, las tierras que serían ahora las de Libia[24].

Nos imaginamos así la Cruz en la entraña del mundo. También por esto la simple contemplación de un Crucifijo, de una Cruz, sugiere siempre tantas consideraciones. Comprendemos los acentos cálidos con que se expresaba san Pablo —y después de él tantos otros—: «Dios me libre de gloriarme en nada si no es en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Ga 6, 14). Y que haya quedado como un conocido aforismo la afirmación *«Stat crux, dum volvitur orbis»*, la cruz permanece firme mientras el mundo gira.

---

[24] En la pasión narrada por Marcos se habla de «un tal Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo» (Mc 15, 21). Y probablemente refiriéndose a la familia de Simón, escribe Pablo a los romanos: «saludad a Rufo, que ha sido escogido en el Señor, y su madre, que considero también mía» (Rm 16, 13). En *Vía Crucis*, escribe Josemaría Escrivá en el comentario a la V estación, glosando el servicio de Simón: «años más tarde, los hijos de Simón, ya cristianos, serán conocidos y queridos entre sus hermanos en la fe. Y todo empezó por un encuentro inopinado con la Cruz». Se puede recordar que entre los que escucharon el discurso de Pedro, el día del Pentecostés, había también gente procedente de Egipto y de «las comarcas de Libia, de cerca de Cirene». (Act 2, 10): unos, judíos; otros quizá gentiles; y también prosélitos.

Por lo que leemos en los evangelios, todas las apariciones de Jesús se producen ante unas personas que le habían seguido —los apóstoles y las santas mujeres— que si bien querían a su Maestro, no tenían nada de crédulos; y éstos han de vencer su resistencia para aceptar que aquel al que ven es él, Jesús de Nazaret en carne y hueso.

Aun así, de las evidencias que se van produciendo, se llega a una afirmación que se repite, y que —expresada en términos bien categóricos: «realmente el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón» (Lc 24, 34), y acompañada del jubiloso «alleluia»— ha pasado a la literatura cristiana, en antiquísimas composiciones poéticas y oraciones muy populares. La recogen, entre otros, el himno «*victimae paschali*» —«*scimus Christum surrexisse a mortuis vere*», sabemos que Cristo ha resucitado de entre los muertos verdaderamente— y el canto del «*Regina coeli laetare*»: donde se felicita a María, porque «*surrexit Dominus vere*», el Señor ha resucitado verdaderamente.

El texto griego de Lucas utiliza un adverbio —(*óntos*)— derivado del participio presente del verbo ser, que podemos traducir, como se ha hecho habitual, por «realmente», forma que parece tener un gran peso metafísico, más quizá todavía que la del latino «vere», verdaderamente, de la traducción de san Jerónimo, y que ha dado lugar a maneras de decir bien adecuadas, como «de verdad», «en verdad», «es verdad».

Está claro que sirven todas estas palabras que hacen referencia a un conocimiento seguro, a la certidumbre, a la realidad y en alguna otra lengua, tam-

bién a la bondad. Podríamos tener presente aquí en alguna medida aquello que dicen los filósofos: que los trascendentales —los atributos propios de todo ente— la verdad, la bondad, la unidad, y también la belleza— coinciden.

Este hombre que les sale al encuentro, es Jesús, con su propio cuerpo —si bien espiritualizado, y así, ágil y sutil— y con su alma, unidos inseparablemente a la divinidad. Y, bello como siempre, y además, radiante, glorioso.

Una Pascua cada semana

La Pascua de Resurrección —el triunfo definitivo del Hijo de Dios sobre la muerte— es el punto central de la historia del mundo, que confirma públicamente a Jesucristo como Señor, el *Kyrios,* el *Dominus*. Cristo es también dominador del tiempo, y desde entonces todos los siglos y los milenios estarán siempre marcados por la Pascua, todos serán siempre un tiempo pascual.

Aun así, la piedad cristiana, con finalidad pedagógica ha sentido la necesidad de establecer unos ritmos en que se señale, en los días más adecuados de cada año, el recuerdo de algunos hechos, y en concreto ha diseñado un ciclo en el cual el punto culminante es la rememoración de aquella Pascua —de la Resurrección de Cristo—, que tuvo lugar el primer día de la semana. Y esta solemnidad viene después de otras conmemoraciones: la de la muerte del Redentor, sucedida el viernes anterior a aquella Pascua, y que se anticipó sacramentalmente el jueves de la

institución de la Eucaristía, con la mística immolación de aquel mismo sacrificio, en el cual, bajo las apariencias del pan y del vino, se hizo por primera vez la manducación del verdadero Cuerpo y de la verdadera Sangre de Cristo.

Este banquete sacrificial venía, desde tiempos antiguos, prefigurado por la muerte del Cordero pascual, del cual comían quienes participaban en la Pascua. Así, el año en que tuvieron lugar los misterios salvadores de Cristo, con el sacrificio del verdadero Cordero de Dios, y la comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, llegó definitivamente la realidad que el ritual de la Pascua significaba, el sacrificio redentor de Cristo.

Pero está claro que los fieles habrían de esperar mucho, para poder disfrutar del carácter festivo de la Pascua, si uno se limitara a celebrar la Pascua propiamente dicha, que sería una sola vez al año, y por esto la piedad cristiana, desde la época de los Apóstoles, ha sentido la necesidad de hacerlo, de alguna manera, cada semana: en el primer día de ésta —y hay que decir que la Iglesia ha puesto esta práctica en la base del precepto dominical.

Y éste será en lo sucesivo el «día del Señor», el «día dominical», el «dies dominica», una fiesta para el cuerpo y para el espíritu, que será así como un día pascual, que viene caracterizado por la celebración del sacrificio eucarístico, y el hecho de que Jesús se hace presente tal y como es en el Cielo, glorioso, puede subrayar este aspecto pascual.

Y todavía más, los hombres y las mujeres que sienten el afán de identificarse con Jesucristo, continuamente experimentan la necesidad de alimentarse cada día con el banquete pascual, con la participa-

ción en la misa, si pueden, y si no, con un ferviente acto de deseo. Y así, cuando menos el tiempo dedicado a la celebración de la misa, cada día, es también un breve tiempo pascual.

Se puede pensar que, si desde la primera Pascua de la Redención, todo el tiempo se ha convertido en pascual, también lo es una pequeña fracción de un día cualquiera, y más en la celebración de los misterios pascuales en la misa cotidiana. Y esto lo pueden considerar tanto quienes habitan en países sociológicamente musulmanes o judíos donde no tendrían posibilidad de encontrar tiempo para asistir a la misa, más que el viernes o el sábado, como aquellos a quienes su piedad los lleva a ir a misa cada día y que no raramente tienen que defender su libertad de hacerlo.

Y se puede subrayar el carácter pascual de un día cualquiera con la meditación sobre la Resurrección del Señor, y concretamente con la consideración piadosa de los misterios gloriosos del Santo Rosario.

También se puede decir que cada domingo —aunque no sea del tiempo pascual, que es el tiempo por excelencia— y cualquier otro día, si hay motivos razonables, proporcionados, puede ser apto también para la administración de un bautismo, o de otro sacramento, que hagan llegar a quien lo tenga que recibir, las gracias pascuales.

No se ha de olvidar el criterio avalado por la experiencia pastoral, de que los sacramentos son para los hombres, y que las verdaderas necesidades de éstos, no pueden siempre supeditarse a unas normas inflexibles, en que se busquen primordialmente los signos y su dimensión poética y estética, que a menudo son valores que tienen mucho de personal.

LOS APÓSTOLES Y LOS PRIMEROS CRISTIANOS

De Jerusalén a Gaza: un precedente del auto-stop

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos sorprende con la mayor variedad de situaciones en las cuales los primeros cristianos, de manera activa, hacen presente el evangelio.

Encontramos incluso un ejemplo de aquello que ahora llamaríamos auto-stop, recurso que utilizaba sobre todo la gente joven para viajar de manera barata, cuando no había tantos automóviles, y escaseaban los servicios públicos de transporte, y que ahora razones de seguridad o de prudencia desaconsejan: parar un vehículo, con una señal convenida, para pedir al chófer que lleve al pasajero hasta donde pueda, aprovechando algún lugar que le quede vacío.

Con todo, en el pasaje bíblico al que nos referimos (Act 8, 26-40), la iniciativa no la tiene nadie que quiera ser transportado, sino el Espíritu Santo que, en efecto, sugiere al diácono Felipe que se acerque al coche donde va un alto personaje, ministro de las

finanzas de la reina Candace de Etiopia, a quien el texto denomina eunuco, no porque lo fuera en un sentido propio, sino probablemente porque aquel era el nombre que, de manera genérica, se daba a quienes servían a alguna persona poderosa, y eran admitidos a trabajos que requerían toda la confianza, cosa que en algunos casos, como seguramente en el de este superintendente, no dependía del hecho de haber sido sometido a ninguna mutilación.

Debía ser uno de aquellos prosélitos que el pueblo de Israel tenía en todas partes, entre los gentiles. Bajaba a Gaza, desde Jerusalén, del Templo, donde había ido a adorar al Dios de los judíos, que era el mismo que éstos y después los cristianos anhelaban que fuera reconocido como el único Dios, el Dios de todo el mundo. A su país, había llevado, unos quinientos años atrás, la noticia de este Dios y del Templo que le construía el rey Salomón, la reina de Saba, que había ido a visitar a éste para aprender de su sabiduría (cfr. Lc 11, 31; 1 R 10, 1).

El etíope invita a Felipe a subir al carruaje, y el diácono acepta. Esto da ocasión a una conversación entre los dos, y empieza un proceso de evangelización que parte de la lectura que el africano hacía en aquel momento, de un pasaje de la Biblia, en concreto del libro del profeta Isaías (53, 7 y ss), que habla de la paciencia con que una oveja es llevada al matadero, y del cordero que se deja trasquilar, texto que miraba hacia el futuro sacrificio del Mesías.

Felipe ha preguntado al etíope si entiende aquello que lee. Y éste contesta: «¿cómo podría si nadie me lo explica?».

Es verdad que Dios, en la Escritura, habla directamente a cada uno de los destinatarios, a todos los lectores, pero también lo es que no siempre éstos son capaces de interpretarlo todo perfectamente a la primera lectura, y les hace falta quien les ayude. En primer lugar lo hace la Iglesia, Madre y Maestra, que enseña el sentido propio de un texto: en una homilía, en la catequesis, o en una nota a pie de página de una edición de la Biblia; y a veces es otro creyente que ya ha escuchado alguna vez una explicación adecuada quien facilita la comprensión.

En este caso hace la exégesis Felipe, en la instrucción que le da, y tan bien, que le habla de la redención y de la aplicación de ésta por la vía de los sacramentos —de los cuales el primero es el bautismo— y aquel africano, cuando llegan a un lugar donde hay agua, expresa el deseo de ser bautizado.

Hace antes una profesión de la fe: «Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios». Bajan al agua, y Felipe le administra el bautismo. Y una vez realizado el trabajo, el Espíritu se lleva a Felipe hacia otra misión, y el etíope vuelve dichoso a su país, con una fe que ha culminado en la aceptación de la Revelación cristiana.

Y todo cristiano podría hacer como Felipe; si no practicando el auto-stop, sí en un departamento de ferrocarril, durante un viaje, o en la sala de espera de un aeropuerto. Y ser así un instrumento de Dios: en uno, para la maduración de la fe, o en otro, para recuperarla, por medio de una conversación, de una orientación útil, o de un buen consejo.

Y en muchos casos esto acabará en la recepción del bautismo, o acudiendo al sacramento de la recon-

ciliación, aunque no se pueda rematar enseguida la operación, sino que haya que seguir el itinerario establecido: el que pasa por los pastores de la Iglesia.

Obedecer a Dios antes que a los hombres

Lo encontramos pronto en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Un hombre cojo de nacimiento —el texto original dice de manera gráfica, y biológicamente expresiva: «desde el seno de su madre»—, a la puerta del Templo de Jerusalén, pedía limosna a Pedro y Juan, que entraban a la hora de la oración de nona. Ellos le dicen: «míranos». Pedro añade: «plata y oro, no tengo, pero aquello que tengo te lo doy: en nombre de Jesús de Nazaret, ¡anda!» (cfr. 3, 1-10).

Gusta observar en las palabras de los apóstoles, ya desde el primer momento de su actuación, una seguridad —que no les viene de ellos mismos sino del origen divino de su misión— y una valentía que han aprendido de su Maestro, y que el Espíritu Santo les ha confirmado. No se les ve cohibidos ni tímidos o vergonzosos. Al decir «míranos» afrontan una situación que no debe de ser fácil, se encaran con quien pide una cosa y le dan otra.

Seguro que experimentan una explicable satisfacción al decir que no llevan dinero. Cierto que en aquellos momentos los medios materiales no habían de ser de mucha utilidad para la edificación de la Iglesia, y por esto no piensan en ellos. Pero viven la virtud de la caridad, que es comunicativa, y encontrarán otras vías para manifestarla que no sea la de dar unas monedas, y les conducirá a compartir con el prójimo lo mejor

de que disponen. Aquí se hace patente en la curación de este paralítico, y también en el deseo de hacer participar a los otros del tesoro de su fe.

A continuación entran en el Templo (8), después hablan al pueblo y anuncian a Jesús (12-26). Muchos de los que habían escuchado, creyeron: unos cinco mil (4, 4).

Los notables del Templo mandan detenerlos, y el día siguiente son presentados al Sanedrín. Y cuando les preguntan en nombre de quién han hecho aquella curación, no solamente dicen que ha sido en nombre de Jesucristo Nazareno, sino que afirman que «no hay salvación en nadie más» (cfr. 3-22).

Los perseguidores quedan desconcertados con su firmeza, y como no quieren que se difunda la noticia de este hecho entre el pueblo, los intimidan a no hablar a nadie en aquel nombre (cfr. 18).

Y ellos replican con unas palabras que tienen una validez perenne: «juzgad vosotros mismos si os parece justo delante de Dios que os obedezcamos a vosotros antes que a Dios» (19).

Es un principio que deberían tener presente quienes hacen las leyes, y quienes las aplican, o se sirven de ellas, para que nadie se viera obligado a esgrimir aquel lema ante una ley inicua o injusta, o no hubiera necesidad de invocar la objeción de conciencia.

No se ha de olvidar que una ley de este tipo, como las que conculcan lo esencial de los derechos humanos básicos —pensemos en las que permiten la muerte directa del inocente, y las que incluso ayudan a ello—, no sería verdaderamente una ley, sino una corrupción de la ley, si queremos expresarlo con palabras de autores clásicos.

Y esto, porque estaría en contradicción con la naturaleza del hombre: animal racional, inteligente y libre y destinado a vivir en sociedad, que ha de acomodar su comportamiento a esta ley que modera el obrar en el orden ético, que ha de ser la base de todas las otras leyes humanas, una ley tan natural, tan propia de la naturaleza creada como las que rigen las reacciones físicas, químicas o energéticas de su organismo.

Es este un episodio en el que intervienen los dos miembros seguramente más cualificados del Colegio de los Doce: el decano, y el más joven: Pedro —la Cabeza—, que es el Vicario que sucede a Cristo en la fase terrenal del Reino de Dios, y que aparece continuamente como adalid en la primera expansión de la Iglesia que nos describe el libro de los Hechos de los Apóstoles, y que se realiza con el soplo constante del Espíritu. El otro, Juan, a quien Jesús había confiado a su Madre, y que se distinguirá por sus escritos, de contenido profundamente teológico y doctrinal, y que con su evangelio —que lleva la marca de su personalidad— completará los otros tres denominados sinópticos.

La vocación de Timoteo

El espíritu apostólico de Pablo, que ciertamente no encuentra límites —a todo el mundo quiere llegar y a nadie discrimina— muestra, con todo, alguna preferencia: en el caso de quienes habrán de ser sus más íntimos colaboradores, o un día sus sucesores. Y entre todos ellos, hay uno que ocupa un lugar preferente en su corazón. A los de Filipos les dice, a

propósito de él: «no tengo a nadie tan compenetrado conmigo, que se preocupe tan sinceramente por vuestras cosas; porque todos buscan los propios intereses, y no los de Jesucristo. Pero vosotros ya conocéis lo suficiente su probada virtud, y cómo, igual que un hijo al lado de su padre, se ha consagrado a mí en el servicio del evangelio (Fl 2, 19-23).

Tiene ciertamente motivos para denominarlo hijo suyo: a los de Corinto les escribe: «os he enviado a Timoteo, que es un hijo mío querido y fiel en el Señor» (1 Cor 4, 17). Por esto tiene plena confianza en el hecho de que Timoteo les recordará sus normas de conducta.

Pablo debía de tener una imagen especialmente entrañable de su primer encuentro con Timoteo, cuando éste era seguramente un muchacho joven, durante el segundo viaje, justamente en Derbe y Listra: «y he aquí que había un discípulo denominado Timoteo, hijo de una mujer judía fiel, y de padre gentil y del cual, los hermanos que estaban en Listra e Iconio daban un buen testimonio» (Act 16, 1-3). Y se lo llevó, arrancándolo del hogar de las dos mujeres: su madre y su abuela, que tenían de él un afectuoso cuidado, y la fe de las cuales celebra Pablo, y espera que será también la del joven: «la que habitó primero en tu abuela Loide y en tu madre, Eunice» (2 Tm 1, 5).

A él le escribirá dos de las epístolas pastorales, las que llevan como título el nombre del destinatario.

La confianza con que lo trata, y la fidelidad con que sabe que le corresponde, ha dado lugar a aquel entrañable final de la segunda de las epístolas que le dirige, en el cual va combinando la expresión de los variados sentimientos que le provoca el recuerdo de

motivos de fidelidad de unos y de infidelidad de otros. «Apresúrate a venir pronto», le dice, como necesitándolo. Y por contraste, aquella noticia dramática: «Demas me ha abandonado por el amor de este siglo, y se ha ido a Tesalónica». Y al mismo tiempo, la estima por los instrumentos de su trabajo apostólico: «Cuando vengas, trae la pluma que me dejé en Tróade, en casa de Carpo, y los libros, sobre todo los pergaminos». Y menciona, con especial afecto, entre otros, a Tito, Lucas y Marcos (2 Tm 4, 9-18).

Y poco antes, entre las recomendaciones últimas: «pero tú, vigila en todo, trabaja, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio. Sé sobrio» (4, 5).

La paternidad espiritual de Pablo respecto de Timoteo es como un paradigma de otras que se han dado a lo largo de la historia.

El apóstol Pablo en Europa

Son apasionantes los capítulos del libro de los Hechos de los Apóstoles que nos describen los primeros pasos de Pablo por Europa, después de haber tenido la visión de aquel macedonio que le dice, cuando se encuentra en Asia menor: «ven a Macedonia (es decir a Europa), y ayúdanos» (Act 16, 9).

Y es cierto que Pablo aprovecha siempre toda ocasión que se le presenta para transmitir su mensaje, tanto si se puede prever que la dificultad será muy grande o que no lo será tanto.

Y la verdad es que Dios le prepara un primer encuentro inesperado, que se desarrolla de manera grata, produce sus frutos, y debió de animarle de for-

ma muy oportuna. Fue en Filipos, el conocimiento que Pablo y sus acompañantes hicieron de Lidia, la comerciante de púrpura, una mujer distinguida, a la que es fácil imaginar inteligente, con buen gusto y con talento práctico para llevar adelante un negocio importante, y con un exquisito sentido de la hospitalidad (cfr. Act 16, 13-15).

Debía de ser una de aquellas personas que, en cualquier parte del mundo grecorromano, proviniendo de los gentiles, habían aprendido algunos trazos del Dios de Israel —«daba culto a Dios», dice el autor de los Actos— y estaban más preparadas para acoger la plenitud de la fe cristiana.

Justamente la encuentran en un lugar donde se reunían a hacer oración. Y era razonable que Dios tuviera en cuenta sus ruegos para hacerle descubrir la vía más directa para conocer y tratar a Dios: Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida.

Y la invitación de Lidia, para que sus nuevos maestros en la fe, se hospedaran en su casa, sería una pálida imagen del deseo de recibir en ella al Señor, y también de tenerlo en su interior. Bien pronto sería posible porque aquel día «el Señor le abrió el corazón para entender las cosas que Pablo decía», y con ella aceptó la fe y recibió el bautismo «toda su casa» (cfr. Act 15, 15). Y efectivamente, apelando a su fidelidad, les rogó que entraran en su hogar y se quedaran allí; «y nos obligó» (16).

Uno puede imaginar con qué generosidad y con qué alegría, sobre todo a partir de entonces, debía de aprovechar las ocasiones que su profesión le ofrecía —los contactos con clientes, proveedores y trabajadores—, para transmitir un mensaje que les permiti-

ría santificar el trabajo profesional a todos los niveles, y tener conciencia de que el trabajo es imitación de Dios que trabaja, en la conservación del mundo que ha creado, para que sea más útil, más bello, y la riqueza esté mejor repartida.

Después son encarcelados, y Dios los asiste continuamente: un terremoto rompe las cadenas que los ataban. Tratan con mucha lealtad al carcelero y éste corresponde a su confianza. Pablo le hace una catequesis sobre la redención, recibe el don de la fe, y son bautizados él y toda su familia. Les prepara mesa en su casa, y se alegra con toda la familia de haber creído en Dios. (cfr. 16, 25-32). Y es natural que tras salir de la prisión, Pablo y Silas vayan a encontrar refugio en casa de Lidia, de donde salen muy consolados, viendo a los hermanos (40).

Con la colaboración de mujeres dotadas de las cualidades de Lidia y de hombres como el carcelero, no es extraño lo que se señala: que, con la predicación de Pablo y Silas en Tesalónica «se les juntó una muchedumbre de griegos devotos», y lo que se añade: «y no pocas mujeres distinguidas» (Act 17, 3-4). Y algo parecido aconteció en Berea: y de los judíos «muchos creyeron, y de entre los griegos, mujeres honestas, y hombres, no pocos» (17, 12).

Y sea por lo que sea, en Filipos, unos años más tarde, cuando Pablo escribe una carta a la comunidad cristiana que hay en la ciudad, al hacer referencia a su primera predicación en aquellos lugares, dice gozoso: «Y sabéis también vosotros, filipenses, que en el principio del evangelio, cuando me marché de Macedonia, ninguna Iglesia me ayudó, en cuanto a recibir donativos, sino sólo vosotros»(4, 15).

En la despedida escribe: «Os saludan todos los santos, sobre todo los que son de la casa del César» (22). Se pueden llamar familiares del César: son funcionarios imperiales, que quizás se habían convertido por el afán apostólico de Pablo durante su prisión romana y de ellos posiblemente los había también en ciudades de derecho romano, como Filipos. Es un indicio de cómo el Evangelio va impregnando la sociedad grecolatina.

Aquila y Priscila

Otro de los contactos de san Pablo, a los cuales la misma vida dio ocasión, fue el que tuvo con el matrimonio Priscila y Aquila, o Aquila y Priscila que, en cuanto a la prelación de los nombres, de las dos maneras se encuentra escrito en varios lugares. «Sale de Atenas, llega a Corinto, y encuentra a un cierto judío, denominado Aquila, originario del Ponto» (Act 18, 1).

Fue un caso de camaradería profesional —todos eran fabricantes de tiendas de campaña— fortalecida por la común condición de israelitas.

Habían sido expulsados de Roma en tiempo del emperador Claudio, en una persecución que tuvo lugar entre los años 41-54[25]. De esta manera, también les había dado Dios una ocasión de sufrir una perse-

---

[25] Véase C. Suetonius Tranquillus, *Vita Claudii,* escrita hacia el año 120: «*Iudaeos impulsore Chresto assidue tumultuantes Roma expulit*», expulsó de Roma *a* los judíos que, por causa de Cresto, provocaban a menudo tumultos, en una clara referencia a Cristo, bien que con un pintoresco error ortográfico.

cución injusta por motivos religiosos, y siempre el exilio, bien llevado, ayuda a vivir el desasimiento de las cosas humanas, a poner la confianza en Dios, y a ganarse amigos allá donde uno va para constituir nuevas raíces.

Por lo que se ve, mientras Pablo permaneció en Corinto, en las discusiones en la sinagoga y en las conversaciones en casa, debió de dejar en sus compañeros un buen depósito doctrinal, y la compenetración entre todos ellos llegó a ser muy notable. Cuando Pablo va a Siria, le acompañan Aquila y Priscila, pero los dejó en Éfeso, mientras él se disponía a realizar el tercer viaje por la región de Galacia. Y el fiel matrimonio tiene ocasión de vivir un detalle de cristiana fraternidad: con Apolo. Este era alejandrino, hombre elocuente, con un conocimiento parcial de la doctrina, pues había sido instruido en la vía del Señor, pero no conocía más que el bautismo de Juan.

Y entonces Priscila y Aquila «lo tomaron aparte, y le expusieron de manera más diligente la vía del Señor». Y así, después de esta oportuna intervención, cuando Apolo va a Acaya, lo recomiendan a los hermanos de allá, y con sus predicaciones dio mucho fruto, mostrando públicamente por medio de las Escrituras, que Jesús es Cristo» (Act 18, 24-28).

En el Areópago

Cierto que Pablo no minusvaloraba los contactos con los pequeños grupos de personas —las que hacían oración a orillas del río o las que se reunían en

la sinagoga los sábados— donde le era fácil establecer un diálogo que conduciría a formularle preguntas, que él contestaría.

Pero su ambición apostólica no conocía límites, y veía, con el deseo, todas y cada una de las personas de este mundo, integradas un día en el misterio del cuerpo místico de Cristo. Y así, una vez al reyezuelo Herodes Agripa, que irónicamente le comenta: «y con algo más me persuades de hacerme cristiano», le responde Pablo con afectuosa dignidad: «Ojalá Dios quisiera que, por mucho o por poco, no solamente tú, sino también todos, quienes hoy me escucháis, lleguéis a ser como yo, pero sin estas cadenas» (Act 26, 28-30). Ya lo creo que lo anhelaba, y debía de pensar que la conversión de alguien que tenía poder político facilitaría el camino de la plenitud de la fe, también a sus súbditos o a sus subordinados, cuando menos removiendo obstáculos.

Pues ahora se encuentra en el centro del mundo, en unos lugares que gozan probablemente de la civilización más desarrollada en aquellos tiempos: en las letras, en las ciencias, en la filosofía, y de todo esto algo ha quedado tras la expansión protagonizada por Alejandro Magno, que tuvo como maestro a Aristóteles, y que, en el siglo IV a. C., se extendió desde medio Mediterráneo hasta la India, dejando un rastro, con la lengua griega, en las formas más simplificadas y fáciles de aprender del «koiné diálektos». Era el habla común, en la península de Grecia y las Islas, y al sur de la Península itálica y en Sicilia y el Asia menor, y por Egipto, Palestina, Siria y Mesopotamia, y en muchos puertos y colonias desperdiga-

das por todas partes, también en el levante de la Península ibérica.

Una lengua que fue vehículo del Espíritu Santo, ya en las postrimerías del Antiguo Testamento en Alejandría —de lo cual es un ejemplo el libro de la Sabiduría, que constituye como un puente entre el mundo hebreo y el griego— y para todos los libros que nos han llegado del Nuevo Testamento: desde los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, y las Epístolas, hasta el Apocalipsis.

Subir al Areópago y captar la atención de los oyentes atenienses era un primer paso para intentar hacer lo mismo después con los de Roma, desde el foro o del coliseo (cfr. Act 17, 15-34).

Pablo debía de tener la misma sensación que si ocupara hoy la tribuna del canal de mayor audiencia de una televisión nacional, continental o intercontinental, sólo que tenía el público allí delante y podía ver sus reacciones.

El Apóstol debió de prepararse muy bien su papel, inmergiéndose en el tema, como hace el que ha de dar una conferencia a un público selecto o participar en un programa de envergadura, de radio o de televisión, de manera que le pueda salir una respuesta para cualquier situación impensada.

Él se había paseado por las calles de Atenas, fijándose en todo y vio una inscripción «al dios desconocido». Y no le faltaba un excelente recurso literario para llegar a la exposición de su asunto: desde el Dios desconocido —se refería al suyo, al de todos, al único Dios—, pasaría a predicar abiertamente a Jesucristo, que es este Dios encarnado, que murió y resucitó, Redentor de todos. Pero en un determinado

momento, ya no le permiten continuar: «sobre esto te escucharemos otro día» (32).

Aparentemente un fracaso. Con todo, éste no fue total. Y sólo Dios puede valorar los frutos que se produjeron, entonces o más adelante. El texto nos dice que Pablo se marchó. Pero añade el cronista, dejándonos en la inconcreción: «Y algunos hombres se adhirieron a él y creyeron, entre los cuales, Dionisio el Areopagita y una mujer que se llamaba Dámaris y otros con ellos» (cfr. id 33-34).

Está claro que no hay esfuerzo que se pierda. Toda semilla acaba dando fruto. El mismo Pablo escribiría un día a los de Corinto, ciudad a la cual se dirigió a continuación de su estancia en Atenas, para exhortarlos a mantenerse firmes, inconmovibles, a darse de pleno a la obra de Dios, «a sabiendas de que vuestro trabajo no es inútil en el Señor» (1 Cor 15, 58).

Signos de contradicción

Jesús, y sus seguidores, han sido siempre —y desde el primer momento— signo de contradicción, como ya pronosticó el anciano Simeón el día de la presentación del Niño Jesús en el Templo (Lc 2, 34). Unos acogerán su persona y su mensaje salvador, y otros los rechazarán, e incluso intentarán hacerle morir, y al fin lo conseguirán.

Y los primeros cristianos, en Jerusalén, en Antioquía o en Roma dan gracias a Dios, porque su género de vida, caracterizado por la fraternidad y por la ejemplaridad de su conducta, atrae a quienes forman parte de una sociedad moralmente decadente, pero también

experimentan la verdad de la afirmación de san Pablo: «y todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecución» (2 Tm 3, 12).

Y uno de los más antiguos y sugestivos textos de la literatura cristiana —la Epístola a Diogneto[26]— marca los contrastes de la actitud de los fieles en el mundo en que vivían, ante los que no tienen su misma fe. Dice de los cristianos: «viven en sus patrias, pero como si fueran forasteros; como ciudadanos, tienen comunes todas las cosas con los otros y, como forasteros, todo lo sufren; toda región extranjera les es patria, y toda patria, lugar extranjero. Como todos, se casan, y como todos, engendran hijos, pero no los abandonan. Tienen común la mesa, pero no la cama» (cc. 5-6).

Se hace una analogía: «lo que el alma es en el cuerpo, los cristianos lo son en el mundo», y se recuerda que «el alma, cierto, habita en el cuerpo, pero no es del cuerpo», y se hace de esto una aplicación: «también los cristianos habitan en el mundo, pero no son del mundo». Y acontece, sin embargo, que «la carne odia al alma y la persigue, aun cuando no ha recibido de ella ningún agravio: es que no le permite disfrutar de los placeres; el mundo aborrece a los cristianos, que no le han hecho ningún agravio, comoquiera que ellos rechazan los placeres desordenados» (nn. 6, 2. 6). Con todo, el alma ama a la carne, aunque ésta y los miembros la odien... Y los cristianos aman a aquellos que los odian».

---

[26] Cfr. Kirch, *Enchiridion sobre las fuentes de historia eclesiástica antigua*, Herder, Barcelona, 1965, nn. 151-153.

Y esto ha sucedido siempre, y continuará sucediendo. La Iglesia, sus instituciones y los cristianos que quieren llevar una vida coherente con su fe, serán objeto de admiración y de estima, por parte de muchos, pero al mismo tiempo, otros, sobre todo los poderosos, intentarán no dejarles hablar, ponerlos en ridículo, y aun perseguirlos de manera cruenta.

En algunos casos ya se sabe cuál sería la manera de captar las simpatías de muchos: adoptar una actitud favorable a todo aquello que no es compatible con la moral del Evangelio o con la moral natural. Y digamos ahora, aunque sea de paso, que se ha de buscar la coincidencia substancial entre ellas, porque la primera se basa en la doctrina de Jesucristo, que es el maestro divino —el Dios hecho hombre—, y la segunda se basa en la ley natural, que es la que Dios creador ha promulgado para el hombre, creatura racional.

Quizás este es el motivo por el cual hay todavía sectores de opinión que no acaban de manifestar el aprecio que sería razonable esperar que tuvieran hacia algunos pastores de Iglesia que hacen esfuerzos por la paz, el ecumenismo o la justicia, pero que al mismo tiempo no dejan de defender el depósito de la doctrina y la moral evangélicas en otros puntos que pueden no resultar siempre cómodos, y hablan de la santidad del matrimonio y de la defensa incondicional de la vida del ser humano y de su integridad desde sus inicios hasta su fin natural.

Gusta oír cómo, a veces, es celebrada la tarea de personas de la Iglesia que se dedican de manera generosa, y públicamente conocida, al servicio de los pobres. Pero los aplausos a esas personas a menudo

van paralelos con silencios bien elocuentes con respecto a la acción de otros. Y en este caso equivalen a una descalificación de algunos de estos últimos, especialmente pastores de almas o teólogos, que por más que cultiven igualmente, de manera generosa y cordial, aquellos aspectos de la caridad, no quieren, ni puedan, olvidar tampoco la predicación de la moral en todo su conjunto.

No siempre el hecho de no tener a su favor, en parte o en todo, a una cierta prensa, o la simpatía general, es un índice de que no se hace el trabajo que uno debe.

PABLO, LOS ISRAELITAS Y EL CRISTO SEGÚN LA CARNE

Hay algunos textos bíblicos, sobre todo del Nuevo Testamento —y de manera particular de san Pablo—, que invitan a contemplar desde una gran perspectiva la Historia de la Salvación. Casi siempre se trata de síntesis que se ofrecen, a propósito de temas concretos. Pensemos en dos textos paulinos: *Rom 9, 1-5* y *Flp 2, 5-11*.

En el primero, partiendo de su preocupación ante la reiterada negativa de la mayor parte de sus connacionales —los judíos— a aceptar la fe de Cristo, y antes de referirse al testimonio que están llamados a dar al final de los tiempos con su conversión colectiva (Rm 11), lanza una mirada a toda la historia pasada de Israel, y al cantar sus glorias más salientes, mueve al lector a dejarse llevar por un movimiento que le conduce con fuerza a un clímax: la afirmación de que la mayor de todas esas glorias es el hecho de que Jesucristo, judío según la carne, es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos» (v. 5).

Como introducción al tema recalca que estaría dispuesto a sufrir cualquier cosa en bien de sus hermanos, para que fueran salvos. Dice: «desearía yo mismo ser anatema por parte de Cristo en bien de mis hermanos» (v. 3). Y con esto tal vez quiera decir que, por el hecho de emplearse a fondo en la defensa de sus hermanos, dejara de vérsele integrado en el grupo de los discípulos, con el honor que esto supone, y que estuviera mal visto por éstos. Ya se entiende que no puede referirse al hecho de perder la fe en él y con ello la comunión con todos.

Cuando enumera los glorias de Israel, establece una gradación:

Parte de la afirmación de que los israelitas son sus hermanos según la carne (v. 3-4), o sea todos los miembros del pueblo elegido, ya que ese apelativo deriva del nombre del patriarca Israel, que es la misma persona que Jacob —que era hijo de Isaac—, y este último lo era a su vez de Abraham. Tengamos en cuenta que en ese momento no se había dividido todavía la familia de los descendientes de Abraham y de la esposa Sara, cosa que ocurrió con los hijos de Jacob, con lo que se dio lugar a las doce tribus de Israel, entre las cuales la de Judá tuvo la preeminencia, y de la cual procederían David y Salomón, que serían los antecesores de Jesucristo.

A continuación recuerda que de ellos es la «adopción filial» (la *hyiothesía*) (v. 4), la condición de hijos, que es consecuencia de una adopción. Se puede recordar aquí que, a lo largo de los tiempos bíblicos hay una evolución respecto a la significación de la expresión «hijos de Dios»: primero se da este apelativo de hijo, a todo el Pueblo en su conjunto (Dt 1,

31; 32, 1-12; Ecli 36, 14), y también a los ángeles (Ps 28 (29), 1; Ps 88 (89,7); y poco a poco a cada uno de sus miembros (cfr. Ps 102 (103), 13; Is 49, 14-15; Is 66, 13; e Is 43, 5-7; Sa 2, 13-18). Y junto con la aplicación de la palabra Hijo de Dios a David —«él me invocará: tú eres mi Padre»—, se utilizará como el apelativo propio del Mesías, que será Hijo de Dios y Dios mismo (cfr. Ps 2,7)[27] A continuación se habla de la «gloria» (la *dóxa*; en hebr.: *Kabot*) (v. 4), y sus oyentes o lectores pensarían en las actuaciones esplendorosas de Dios creador, de Yahveh que, en medio de grandes prodigios libera a su Pueblo de la esclavitud de Egipto, con episodios tan extraordinarios como el paso del mar Rojo (Ex 14), o del río Jordán (Ios 3 y 4). Y también envolviendo el Sinaí, como con una nube (Ex 24, 16), y en la columna de nube o de fuego que significará su presencia: «nunca faltó la columna de nube duante el día, ni la columna de fuego por la noche» (Ex 13, 22). Y en el honor en que debían tener el Arca de la Alianza —que primero era itinerante, luego fue trasladada a Jerusalén (1 Cr 15), y por fin, una vez edificado el Templo (2 Cr 3) fue instalada allí (id. 5).

Y en el respeto que merecía (véase el castigo que recibe Oza, quien de forma imprudente la toca (1 Cr 13), sentimientos de veneración multiplicados luego, en el Templo de Jerusalén, y distintos según los lugares: los más exteriores que todos, incluso los gentiles, podían frecuentar; y los propios de los israelitas —los hombres y las mujeres—; y los de los varones;

---

[27] Véase sobre esto *Los nombres de Cristo en la Biblia*, págs. 70-74.

y de los sacerdotes: el *sanctuarium*, el *sanctum*, y que tenían su punto culminante en el *sancta sanctorum*. Véase cómo explica Ezequiel que le vino la palabra del Señor y la visión que describe en la que, entre otras cosas, hay una especie de trono del que sobresalía una figura que parecía un hombre, y un brillo como de electro, y algo así como fuego; el resplandor que lo nimbaba era como el que aparece en las nubes cuando llueve: «era la apariencia visible de la gloria del Señor» (Ez 1, 1-28).

Y en otro lugar «la gloria del señor llenaba el Templo. Este es el sitio de mi trono, el sitio para las plantas de mis pies, donde voy a residir para siempre en medio de los hijos de Israel» (cfr. Ez 43, 1-7). Véase también Ps 112 (113),4: «el Señor es excelso a la vista de todas las gentes, y su gloria está por encima de los cielos.

Luego se trata de «las alianzas» (*hai diathêkai*) (v. 4): lo dice en plural, porque, además de las que Dios concertó con todo el género humano en Adán (Gn 1, 26-30; 5, 1-2) y en Noé (Gn 9, 1-17), y con el que era origen del Pueblo escogido, Abraham (Gn 17), estableció la más solemne con Moisés (Ex 24; cfr. Dt 4), que se renovó diversas veces, y que en cierto modo, siempre que, por incumplimiento de los israelitas, se rompía, se restauraba, y volvía a hacerse nueva. Eran sucesivas aproximaciones a la que debía ser la nueva alianza, de verdad, la que quedó establecida con la institución de la Eucaristía, que anticipaba en la Cena (Mc 14, 22-24), la que sellaba en la Cruz con la efusión de su sangre, realizándose de manera eminente lo que hizo Moisés con la sangre de la víctima (cfr. Ex. 24).

«Y la legislación» (*he nomothesía*) (v. 4): la multiplicidad de leyes que reglamentaban todos los aspectos de la vida personal y colectiva en los distintos campos, que constituyen la llamada Ley de Moisés, la Torah, que recoge fundamentalmente el Pentateuco, entre las cuales destacaba la formulación del Decálogo (Dt 5; Ex 20); y la ley del talión (Ex 21, 23-27) que —al establecer una equivalencia entre el daño recibido y la respuesta que se había de dar al agresor, y al fijar por tanto un límite a toda forma de reivindicación— suponía ya un avance respecto a épocas y civilizaciones anteriores. Estaba también la de la caridad (Lv 19, 18; Dt 6, 5) que sería la básica en los tiempos mesiánicos, con la más generosa medida establecida por Jesucristo (Mt 5, 38-48).

«Y el culto» (*he latreía*) (v.4): el culto de adoración que se rendía al único verdadero Dios, de acuerdo con unas instrucciones precisas, y con todo el cuidado para atajar cualquier forma de culto a falsos dioses, que pusiera en peligro una de las bases de la vida social y religiosa de los israelitas: el monoteísmo (Ex 20, 1-6).

«Y las promesas» (*hai epaggelíai*) (v. 4). Se refiere probablemente, a la serie de promesas mesiánicas que, arrancando del protoevangelio (Gn 3, 15), y tomando forma en la que, dentro del Pueblo elegido, Dios dirige a Abraham (cfr. Gn 12, 3; 22, 18), se repiten a Isaac (Gn 26,4) y a Jacob (Gn 28, 13-14), en un singular episodio en el que ve los ángeles de Dios, subiendo al cielo y bajando, y al que alude Jesús, refieriéndose seguramente a la Encarnación (Jn 1, 51). En la bendición que movido por Dios, Jacob pronuncia sobre Judá, se contiene también una

clara promesa mesiánica, que se apoya en la metáfora de la vara, el báculo (*shebet*), que es un signo de autoridad: «no será arrebatado el cetro de Judá, ni el báculo de entre sus pies, hasta que venga aquel del cual es propio y al que pertenece la obediencia de los pueblos» (Gn 49, 9-11). También un profeta, que no es judío, Balaam, pronuncia varias bendiciones en favor de Judá, y en una de ellas, además de hablar del cetro, alude a «una estrella que surgirá de Jacob» (Nm 24, 17). El siguiente paso será la promesa que el profeta Natán hace a David, de parte de Dios, del reino eterno en la casa de David (2 Sam 7, 8-17). Otras promesas son las que diversos hombres de Dios, especialmente los profetas, anuncian abundantemente a lo largo de toda la historia de Israel, para cumplirse en lo inmediato, en alguna victoria señalada, o en la era mesiánica (cfr. Is 7, 14).

«De los cuales son los patriarcas» (*hoi patéres*) (v. 5), de manera especial los de la primera época, cuyos hechos conocemos por los capítulos 12 a 49 del Génesis, y por las referencias que en lenguaje poético se encuentran en alguno de los libros sapienciales (Sirácide, 44 y ss), y también los que en cada tribu o en cada familia o clan, tenían una preeminencia a lo largo de toda la historia de Israel, sin olvidar los de la última época, como pudo ser san José, el descendiente de David, a quien la piedad cristiana llama Patriarca, o el padre de la Virgen María, el Heli de la genealogía (Lc 3, 22) o el Joaquín de la tradición.

«Y de quienes desciende el Mesías según la carne (*kai ecs ôn ho Christòs tò katà sárka*) (v. 5): éste es el honor máximo del Pueblo de Israel, el de haber

proporcionado el sustrato humano a Cristo (cfr. también Rom 1, 3). Y en el caso singular de Cristo, tiene de María toda su carne y sangre, y de José, la paternidad legal, el parentesco con David, y la vinculación a la tribu de Judá.

Y el curso de las ideas llega a su punto culminante en el mismo final, al hacer una rotunda afirmación, de este Cristo según la carne, «quien es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos, amén» (*ho ón epì pánton theòs eulogetòs eis toús aionas, amén*) (v. 5). La construcción gramatical hace pensar, en efecto, que es una confesión expresa de la divinidad, que se hace de Cristo, y no una simple doxología que se dirigiría a Dios, y que cortaría la frase, como algunos, sin argumentos válidos han pretendido. El curso de ideas que viene desde el principio habría llevado al punto culminante: Cristo es Hombre —israelita—, y Dios que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos.

No deja de llamar la atención que entre esas glorias no menciona expresamente la Sagrada escritura. La razón puede ser que mira más bien a la tradición, y que le interesa más el contenido que el vehículo. Y, en efecto lo más saliente de la tradición judía que se ha ido transmitiendo de palabra o por escrito son los valores antes considerados, entre los cuales, las promesas y las alianzas, o la historia de los Patriarcas, constituyen los elementos más importantes.

El Verbo: continuidad en tres estadios

Hay un esquema que el apóstol san Pablo utiliza algunas veces, y lo reviste de varias maneras. Él se-

ñala como tres estadios en la existencia de Jesucristo, e intenta mostrar con esto que hay una continuidad en una misma Persona —el Verbo—: en los Cielos desde toda la eternidad, en su vida en la tierra, y después por los siglos de los siglos.

Veámoslo ahora en Rm 1, 3, a propósito del Hijo de Dios (*perì toû Hyioû autoû*). El primero de aquellos estadios es el del Verbo en el seno del Padre, engendrado desde toda la eternidad. El segundo es el de la Encarnación (véase id 3), con una natividad temporal: nacido de la descendencia de David según la carne *(toû genoménou toû spérmatos Dauìd katà sárka)*. Y el tercero es el de la glorificación, que ha seguido a la muerte: (véase v. 4: quien fue constituido como Hijo de Dios con (manifestación de) poder según el espíritu de santidad desde su resurrección de entre los muertos (*toû oristhéntos Hyioû Theoû en dynámei katà pneûma agiosynes ecs anastáseos nekrôn*), Jesucristo nuestro Señor (*Iesoû Christoû toû Kyríou hemôn*).

El salto de la Encarnación

Esto mismo se ve en la presentación grandiosa que hace del misterio de Cristo en Fl 2, 5-11, donde las tres fases de la vida de la Segunda Persona divina son todavía más marcadas. Es un pasaje de no fácil interpretación, entre otros motivos, porque se emplean elementos del lenguaje filosófico griego, con un sentido que no es necesariamente el de ninguna de las grandes escuelas, como el más conocido de Aristóteles. Así, cuando se habla de subsistir (*hypár-*

chon) o de forma (*morphé*). Por esto es útil a veces traducir parafraseando, es decir explicando el sentido con algún circunloquio, que nos lleve más directamente a la mente del autor. Y se comprende que de este texto se hayan hecho muchas traducciones diferentes.

Encontramos referido el primer estadio del Verbo en una alusión a su preexistencia: «el cual, subsistiendo en la forma de Dios (*hòs en morphê Theoû hypárchon*), (siendo como era de condición divina) «no consideró como una presa arrebatada el hecho de ser igual a Dios» (o «no se guardó con avaricia esto de ser tanto como Dios» (aun cuando tenía derecho a las manifestaciones externas de gloria que le corresponden como Dios) (v. 6).

Y a continuación pasa a la segunda fase: «sino que se vació él mismo (o «se anonadó») hasta tomar la condición de esclavo (*allà eautòn eskénosen morphèn douloû labón*) (v. 7), y hacerse a semejanza de los hombres (*en homoiómati anthrópon genómenos*). Y presentándose, en su aspecto, como un hombre (*kai schémati euretheìs os ánthropos*), se humilló todavía (*etapeìnosen eauton genómenos*), haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (*hypékoos méchrì thanátou, thanátou de stauroû*) (v. 7-8). Se puede señalar que la forma verbal *eautòn ekénosen*, «se vació él mismo» ha dado lugar al sustantivo *kénosis*, vaciamiento, que una corriente aparecida dentro del luteranismo lo interpreta de una manera radical, inadecuadamente, como si Cristo hubiera renunciado a su divinidad, quedando en la sola condición humana. Y así piensan entender mejor, entre otras cosas, las angustias de Jesús en Getsemaní

(Mt 26, 36-46) y en la Cruz (Mt 27, 45-50). Una explicación más coherente con el resto de la teología protestante y con la católica y la ortodoxa sería la de ver allí una renuncia generosa a las manifestaciones externas de una gloria que le correspondía como Dios: el aplauso de todas las criaturas, y los efectos visibles de la glorificación a que tenía derecho por la visión beatífica.

Y se pasa al tercer momento: «Y por esto también Dios le exaltó (*hyperypsosen*), y le dio un Nombre que está por encima de todo otro nombre (*kai echarísato autô tò ónoma tò hypèr pân ónoma*) (v. 9), para que ante el Nombre de Jesús toda rodilla se doble (*hína en tô onómati Iesoú pân góny kámpse*), de los seres del cielo, y de los de la tierra, y de los de los infiernos (*epouraníon kaì epigeíon kaì katachthoníon*) (v. 10), y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor (*kai pâssa glôssa ecsomologésetai hóti Kyrios Iesoûs Christòs*) para gloria del Padre (*eis dóxan toû Theoû Patrós*)» (v. 11). En esta fase, se reafirma su condición de Dios, puesto que hace falta considerar, en efecto, que la palabra griega *Kyrios*, que quiere decir «Señor», *Dominus* en latín, es la forma con que, en la versión de los Setenta se traduce el nombre de «Yahveh». Y esta significación divina de la palabra se ve todavía reforzada por el hecho de que en la época en que se escriben los libros del Nuevo Testamento los emperadores reivindicaban para sí aquella palabra en su pretensión de hacerse reconocer como divinidades[28]. Y no sola-

[28] Véase también nuestro *Los nombres de Cristo en la Biblia,* pág. 74-78.

mente el Verbo vuelve a la normalidad del principio, sino que también su humanidad, definitivamente glorificada participa plenamente del triunfo de Cristo. Y se reafirma la realeza —su condición de Señor— de Jesucristo Dios y Hombre, sobre todo el Universo, y la frase se cierra con la aclamación de todos los seres, y la confesión de su condición de Dios.

Otros textos

Otro texto en la misma línea es el de Heb 1, 1-4, donde se pone al Hijo al nivel del Padre, y se da lugar a continuación a un desarrollo más extenso del tema, subrayando la superioridad de Cristo sobre todas las criaturas, incluidos los ángeles. Es una introducción, literariamente muy trabajada, en la cual hay muchas palabras del lenguaje filosófico helénico, que hace pensar en la cultura de los judíos de la diáspora, concretamente de los alejandrinos, especialmente en todo aquello en que se subraya la íntima relación del Hijo con el Padre. Parte de una comparación entre el hecho de haber hablado Dios en otro tiempo, de manera fragmentaria y de muy diversas maneras (*polymerôs kaì politrópos*) a los padres por medio de los profetas (v. 1), y que en estos días novísimos nos haya hablado en el Hijo (2), y se puede sobreentender que de manera completa y definitiva. Y retoma la referencia al Hijo, y nos lleva a la mencionada preexistencia eterna, añadiendo que «le ha constituido heredero de todas las cosas, por medio del cual ha hecho también los siglos» (2). Y continúa con la misma idea de su proximidad al Padre y

la colaboración con él en la creación y conservación de todas las cosas, «el cual, esplendor, como es, de la gloria» (*apaúgasma tês dóxes*) y «figura de su sustancia» (*charactèr tês hypostáseos autoû*), y llevando todas las cosas con la palabra de su poder (o su palabra poderosa) (*phéron te tà pánta tô remati tés dynámeos autoû*) (3), se somete a continuación a un contraste.

Y acto seguido enlaza con el paso al segundo momento, el de la encarnación y redención: «tras realizar la purificación de los pecados» (3). E inmediatamente con el tercero: «se sentó a la derecha de la Grandeza en las alturas» (*ekáthisen en dexiâ tês Megalosynes en hypseloîs*) (3), y haciendo una comparación con los ángeles, hace notar que es más que ellos, e insinúa así su naturaleza divina: «y ha llegado a ser bien superior a los ángeles, comoquiera que, en comparación con ellos, ha heredado un nombre más excelente *(«par'autous kekleronómeken ónoma»)*.

Hay que decir que existe otro texto que en esto tiene una fuerza parecida. Es el de Tito 2, 11-14. En él se recuerda que «se manifestó la gracia salvadora de Dios a todos los hombres», y depués de hacer varias oportunas exhortaciones para vivir «sobria, justa y piadosamente» (*sophrónos, kai dikaíos kaì eusebôs*), en espera de «la bienaventurada esperanza y el advenimiento de la gloria» (*prosdechómenoi tèn makarían elpída kaì epipháneian tês dóxes*) «del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo» (*toû megaloû Theoû kai Sotêros hemôn Iesoû Christoû* (13). Claro está que se trata de la misma persona: la que es denominada «gran Dios» y «Salvador nuestro»:

es Jesucristo, puesto que hay un solo artículo «toû», que determina aquel que es al mismo tiempo Dios y Salvador: Jesucristo. No son dos, porque entonces habría dicho «del gran Dios y del Salvador nuestro», cosa que no hace.

En otras páginas se ha comentado el texto de Rom 9, 1-5, y a ellas nos remitimos, con respecto a la afirmación final de la divinidad de Cristo, cuando se dice que de ellos, de los Padres, procede Cristo según la carne, «el cual es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén» (5).

La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros: Juan 1

Sobre el género literario del prólogo del cuarto Evangelio, se ha dicho que es como la obertura de una ópera: una síntesis de todo el argumento y un anticipo de los temas más característicos.

No hay duda de que está muy trabajada desde el punto de vista literario: tiene una forma poética que se manifiesta en un cierto ritmo e incluso en algunas rimas, en la forma cíclica de exponer las ideas, en una simetría en las partes y en el conjunto, y en lo que es muy propio de la poesía hebraica —aquí una composición poética en griego, hecha por un hebreo—: el paralelismo de los miembros que se manifiesta en las repeticiones de conceptos, en las imágenes, en la referencia a las causas o las consecuencias.

Hay paralelismos sinónimos —una sentencia presentada en un miembro se repite con otras palabras en el siguiente (v. 3: todas las cosas han sido hechas por él, y sin él no se ha hecho ni una sola cosa); sin-

téticos: si se ilustra con una comparación, o se buscan sus causas o sus consecuencias (v. 7; 12), o se desarrolla (v. 4; 9) o se demuestra (vv. 16 y 17); y antitéticos (v. 5: el contraste de la luz y las tinieblas).

La simetría se ve en la correspondencia entre las distintas partes del conjunto: la semejanza de temas entre la primera parte —que trata de la creación— y la última, de la «recreación», y en la correspondencia entre el inicio y el final, y entre lo que está en segundo lugar y lo penúltimo, y así sucesivamente, hasta llegar al centro, donde se desarrollan los temas que centran el interés en la venida del Verbo, con el don de la filación divina, y la afirmación de la Encarnación. Y esto ocurre también con las dos inclusiones del tema de Juan, el Precursor.

La forma cíclica se ve en el hecho de que la última palabra de un versículo o estico, pasa a ser la primera del siguiente (vv. 1, 4, 5).

Algunos temas importantes:

La preexistencia del Verbo. Hay que notar que «Theós» con artículo tiene el sentido de Padre (18; ver también vv. 14 y 15).

La luz (4, 5, 9) y la vida (4) luz, tanto de la razón, como de la fe, y también de la gloria, y de la vida, tanto de la natural como de la sobrenatural.

La superioridad de Cristo sobre Juan: el que no es la luz da testimonio de que el Verbo encarnado es la luz, de que le corresponde ese nombre divino (6-8) y da otra vez testimonio afirmando la prioridad temporal del que «viene detrás de mí, y ha pasado antes de mí, porque era primero que yo» (15).

Diversas lecturas posibles del v. 9: luz verdadera (*tò phôs tò alethinòn*) (sujeto de la frase), que viene

a este mundo (*erchómenon eis tòn kósmon*) (participio en aposición con la luz), e ilumina (verbo activo) a todo hombre (*ánthropon*) (complemento directo). En la otra: luz... que ilumina a todo hombre que viene (participio en aposición con todo hombre que viene) a este mundo.

Distintas acepciones de la palabra *kósmos* (v. 10): cosmológico («el mundo ha sido hecho por él») (10); antropológico (en Juan unas veces significa todos los hombres («y el mundo no le conoció») (10), y otras, el conjunto de los hombres que rechaza a Dios) («si el mundo os odia...) (15, 18).

Alusión implícita al Bautismo (12-13), y tal vez también de manera indirecta al Espíritu Santo (cfr. Jn 3, 3-6).

La filiación divina: hijos «llegar a ser hijos (*tékna*, niños) *theoû* de Dios» (12); («los cuales (...) sino que nacieron de Dios» (12).

Y el Verbo se hizo carne (*sàrcs egeneto*) (14). La carne no es sólo el cuerpo, y menos el cuerpo muerto, sino el hombre entero, cuerpo y alma (cfr. Jn 3, 6;17, 2; Gn 6, 3)

Habitavit in nobis: (*eskénosen en hemyn*: plantó su tienda entre nosotros (14). Cfr. Jn 7, 2: *He heortè tôn Ioudaíon he skenopegía,* la fiesta de los tabernáculos.

«Y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre» (v. 14). Alusión a la gloria (*tèn dóxan*), que es una manifestación de la divinidad, de la que se habla con frecuencia en el A.T. Juan ha sido testigo de la que se ha hecho patente en Jesucristo en el bautismo (Jn 1, 32-34 (cfr. Mt 3, 13-17), en la transfiguración (Mt 17, 1-13), en la resurrección (Jn 20, 19-29). Se

podría recordar también el canto de los ángeles en el nacimiento: «*gloria in altissimis Deo*» (Lc 2, 14). A lo largo del Evangelio se habla con frecuencia de su gloria, y de que es glorificado: «Jesús en Caná manifestó su gloria» (Jn 2, 11). «Es mi Padre quien me glorifica» (Jn 8, 54). Y él pide la gloria de su Padre: «glorifica tu nombre. Y vino una voz del cielo: ya lo he glorificado y de nuevo lo glorificaré» (Jn 12, 28). «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él» (Jn 13, 32).

Plenum gratiae et veritatis. Probablemente adaptación de *eset we emet* (misericordia y fidelidad), y ya se apunta una evolución del sentido de esas palabras para significar la gracia como entidad sobrenatural o ayuda de Dios, y verdad, como contenido intelectual de la fe.

Y gracia por gracia. Puede significar una sobreabundancia de dones; o una sustitución de la economía salvífica del Antiguo Testamento por la del Nuevo.

La superioridad de Jesucristo sobre Moisés: la gracia y la verdad, en cualquiera de los sentidos indicados, que son valores llamados a ser permanentes —atributos de Dios, de los cuales el hombre puede participar— que son más importantes que la Ley, que fue, de hecho, transitoria.

En el Cielo

Una de las pocas cosas que sabemos con certeza sobre el Cielo, es que «ni el ojo lo ha visto nunca, ni el oído lo ha oído, ni ha entrado nunca en un corazón

de hombre, aquello que Dios ha preparado para los que le quieren» (1 Cor 2, 9). Y es explicable que las almas que anhelan los goces celestiales, sirviéndose de las analogías, desde las experiencias humanas, sublimándolas, intenten unas aproximaciones —por más que se queden muy lejos del objetivo— a aquello que esperan y que los espera.

Quienes hayan experimentado alguna gran alegría en la tierra pueden captar algún atisbo, sin que estos sentimientos hayan de convertirse en reducciones sentimentales o materialistas del paraíso: o la indecible paz del alma en el hijo pródigo que, con una confesión contrita, retorna corriendo a la casa paterna; la acción de gracias a Dios, acompañada de una alegría profunda, del hombre y de la mujer, a quienes Dios, por primera vez ha hecho participar de su poder creador y han visto culminar con un fruto los legítimos goces del matrimonio; sin despreciar la satisfacción del adolescente deportista que, con sus esquíes, en un día de buena nieve, inicia el descenso de la pista más larga que jamás haya soñado; o el niño, feliz, después de haber recibido la visita de san Nicolás o de los Reyes Magos, con los regalos, o que, los ha visto saltar del tronco simbólico de Navidad.

Y, simplificando un poco, osaría decir que habría como dos actitudes características que tienen, con todo, un denominador común: la afirmación de que —en todo caso— habrá una visión de Dios cara a cara, y se le captará, como se dice en una vieja expresión teológica, «totus, sed non totaliter», todo, pero no totalmente.

Con todo, para algunos de éstos —yo diría que son pocos—, la sola contemplación de Dios basta-

ría, y todo parentesco terrenal y toda afección humana quedarían superados.

Hay otros, en cambio —la mayor parte, sin duda y yo modestamente me coloco entre ellos— que no dudan de que allí también contarán las cosas de la tierra, que forman parte de un mundo que Dios ha creado y ha entregado al hombre, a toda la humanidad, para que lo custodie y se sirva de él (cfr. Gn 1 y 2): al hombre y a la mujer, a los cuales ha dicho creced y multiplicaos, y a todos los que vendrán, a lo largo de los siglos, creados para vivir en sociedad.

Es razonable, en este sentido, la creencia según la cual la posesión de Dios no hará olvidar los vínculos familiares, de amistad o de camaradería que han hecho grata la convivencia social en este mundo, y la convicción de que el Creador dará respuesta a todos los interrogantes que uno se haya planteado en la búsqueda de la belleza, en el servicio a la humanidad, en la prosecución de la justicia.

A los últimos les parecería poco humano que uno perdiera el interés por las cosas que afectan a quienes han estado afectivamente unidos a él en la tierra, y de los cuales ha compartido los afanes nobles.

Por estos motivos, estimamos igualmente que quienes nos han precedido con la señal de la fe interceden por los que quedamos en la tierra. En la parábola de Lázaro el pobre y el rico a quien se suele denominar Epulón (Lc 16, 19-31), algo de esto se podría ver en la preocupación del último, desde el infierno, si bien desde la frustración, para que no vayan a parar allí los cinco hermanos que ha dejado en la casa familiar (id 27-28).

La liturgia romana pone en las fiestas de los doctores una cita de un texto de tema apocalíptico de Daniel: «quienes han sido doctos refulgirán como el resplandor del firmamento, y quienes instruyen en la justicia a muchos, serán como estrellas por toda la eternidad (cfr. Dn 12, 3)». Y se puede pensar que esto ocurrirá cuando, en la contemplación de Dios, reflejarán algo de la luz de Dios, a los que, en el mundo, se interesan por todo ello.

De ahí también que, las cosas buenas de la tierra son una imagen —por más que lejana e imperfecta— de las del Cielo: el amor de marido y mujer es un sacramento del amor perfecto de Jesucristo y su Esposa, la Iglesia, el Reino de Dios, (Ef 5, 23; Ap 21, 2) y el Banquete de la Eucaristía es una anticipación en la fe, del Convite del Reino que no tendrá fin (Lc 15, 23).

De un cabo al otro de la Biblia, la Trinidad

La vida de la Trinidad *ad intra* queda envuelta en el misterio, y sólo de vez en cuando se abren los cielos y se oye alguna manifestación del Dios tres veces Santo, como la que capta Isaías —«Santo, Santo, Santo» (6, 3)—, o las repeticiones ternarias que parece como si pidieran una especial relación con las tres Personas: «es el Templo del Señor, el Templo del Señor, el Templo del Señor» (Jr 7, 4).

Hemos recordado hace poco que también en la creación había dicho Dios en sus adentros: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Y en aquel plural estaban el Padre, su Palabra eterna, y el Espíritu que planeaba sobre las aguas.

A lo largo de la primera fase de la Historia de la Salvación era el mismo Dios que se manifestaba, pero como si adoptara varias maneras de presentarse, tan distintas, que uno podía verlas como personas, porque lo eran: el Dios creador que, para los hombres y mujeres es Padre; su Palabra, que dice palabras que son al mismo tiempo divinas y humanas, o la Sabiduría que se refleja en la prudencia de los Patriarcas o en la ciencia de Salomón, o quien inspira a los profetas y hagiógrafos; o lanza su soplo, su aliento o el espíritu que da de nuevo la vida a los huesos muertos.

Parece, además, como si al Padre se le pudiera conocer de algún modo por las obras de la creación, al Hijo por las manifestaciones de sabiduría que son reflejo del Verbo, y al Espíritu Santo, también por el ministerio de los ángeles, de los espíritus.

En la época del Nuevo Testamento, no raramente de manera simultánea, se hace triplemente sensible: como lo acabamos de recordar, en la misma Anunciación: el Hijo del Altísimo se encarna en las purísimas entrañas de María por obra del Espíritu Santo (cfr. Lc 1, 26-38). También en el Bautismo de Cristo (Mt 3, 16): por la voz del Padre y la figura de Cristo; y en la imagen de la paloma, el Espíritu Santo.

Igualmente, en las referencias completas a las tres Personas, como en el encargo de bautizar (cfr. Mt 28, 18-20), y en cada una de las personas de la Sagrada Familia, que son signos de las tres del Cielo: José, padre legal de Jesús, icono del Padre; la humanidad de Cristo, en la cual habita la plenitud de la divinidad; María, la Llena de gracia, que es también Templo del Espíritu Santo, y su Esposa.

Las sombras apuntan a la realidad, y la afirmación de la Trinidad se hace rotunda en las palabras del Hijo y en las palabras y hechos de los otros que le acompañan: Jesús se llenó de gozo en el Espíritu Santo y dijo: «Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra... Y nadie conoce quien es el Hijo sino el Padre, ni quien es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar» (cfr. Lc 10, 21-22).

Y la consumación de todo, que es descrita en el Apocalipsis, al final de la Biblia, y con ella el advenimiento de un Cielo nuevo y una Tierra nueva, parece como si viniera sellada por una presencia de la Trinidad: «Y me mostró un río de agua de vida, esplendente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero».

Y la corriente de agua, que procede de Dios y del Cordero —del Padre y del Hijo—, es decir, el Espíritu Santo, da vida: «en medio de sus calles, en una y otra orilla del río, árboles de vida, que dan fruto doce veces al año, que dan su fruto cada mes; y las hojas de los árboles son para medicina de la gente» (cfr. Ap 22, 1-2).

APÉNDICE: CONOCER LA BIBLIA

SUGERENCIAS PARA UNA PRIMERA LECTURA DE LA BIBLIA

Interés por la Biblia

Como a tantos otros, también a mí muchas personas me han hecho preguntas relacionadas con la lectura de la Biblia, no sólo sobre el género literario de algún libro, o el sentido de un pasaje concreto, sino también a propósito de una lectura sistemática de toda la Sagrada Escritura.

En el ánimo de muchas de estas personas, se da un verdadero aprecio por esta expresión de la revelación divina, que deriva de la convicción de que «las cosas reveladas por Dios, que la Sagrada Escritura contiene y ofrece, han sido consignadas por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo» (Concilio Vaticano II, Constitución *Dei Verbum,* 11, y que por este hecho, los libros que las contienen «tienen a Dios como autor, y como tales han sido confiados a la Iglesia», si bien para la redacción de éstos, «Dios se valió de hombres que él eligió, que usaban sus facultades y fuerzas» (id 11).

En todo caso, las palabras de Dios, expresadas en las lenguas humanas, se hacen semejantes al lenguaje

humano, así como en otros tiempos, «la Palabra del Eterno Padre, al asumir la carne de la debilidad humana, se hizo parecida a los hombres» (id 13).

Motivado por este interés, me decido a ofrecer unas sugerencias con vistas a seguir un orden, que pueda ser pedagógicamente útil, para quien tenga que leerla por primera vez, y respondo así a las consultas que se me han hecho en esta línea.

No querría que este acceso directo a la Escritura llevara al lector a prescindir necesariamente de la utilización, en un primer momento, de algunos de los excelentes manuales de la que usualmente se denomina Historia Sagrada y, como parte de la misma, de los resúmenes de la vida de Jesucristo. Dichos materiales, a distintos niveles, están destinados a familiarizar al lector con los temas bíblicos, y tendrían que motivarlo, prepararlo, para una mejor comprensión de los textos en el momento de una lectura propiamente dicha de los libros sagrados.

Intentemos, pues, elaborar este programa didáctico.

El Nuevo Testamento

En el caso de una persona cristiana, o que se ha formado culturalmente en un ámbito cristiano, lo más recomendable es empezar por el Nuevo Testamento. Se coloca así en la «plenitud de los tiempos»: «cuando llegó la plenitud de los tempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos la condición de hijos» (Ga 4, 4).

Sería el momento de leer varias veces, uno detrás de otro, los evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan, en el orden tradicional. También se podría seguir otro camino y dar un salto. Por ejemplo: Lucas, Mateo, Juan y Marcos. Y esto, porque Lucas va bien para comenzar por su estilo de crónica y es un resumen ordenado y completo de todo.

El contenido de los evangelios proviene, directa o indirectamente, de la predicación de los apóstoles. Los rasgos de la fisonomía de Jesús y los episodios de su vida, así como las palabras de Jesús que presentan, son los elementos básicos para poder trazar una historia de él. Estos elementos tienen relación con un contexto catequético o con la transmisión viva de su mensaje, que realizan los primeros cristianos.

Esto provoca que, a pesar de que existe una coincidencia básica entre los diversos evangelios, se observen diferencias, en relación a algunos temas, en la forma, en la estructura o en ciertos detalles, que van en función de las necesidades y características de los destinatarios, de las diferentes comunidades que se van formando y, obviamente, de la personalidad del compilador. Es la denominada cuestión sinóptica, que se refiere al paralelismo de los tres primeros evangelios y a su propia «discordia concordante» o «concordia discordante», como prefiera decirse, y al hecho de que el cuarto, en cierta manera, completa los anteriores y ayuda a situarlos en su propio ámbito geográfico, histórico y cultural.

Después, es recomendable leer los Hechos (o Actos) de los Apóstoles, un par o tres veces. También podría pensarse en un orden inverso al indicado an-

teriormente: estrenarse con la lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles. Partir así de la existencia de los primeros cristianos y comprobar el hecho de la presencia del cristianismo en la Tierra Santa y en el resto del Imperio grecorromano y, de allí, ir hacia atrás para conocer las causas inmediatas de este fenómeno y, en concreto, la figura, los hechos y la doctrina de Jesucristo. Para ello, se pasaría a leer los evangelios, en el orden que se considere mejor. Después se continuaría con el resto del contenido del Nuevo Testamento.

Las Epístolas y el Apocalipsis

En relación con las catorce epístolas paulinas, las trece que llevan su nombre y la dirigida a los Hebreos, habría diversas posibilidades. La más sencilla es la de leerlas en el orden en que acostumbran a estar en la Biblia. Pero cabrían otras maneras de introducirse gradualmente, siguiendo un orden diferente, con el fin de captar más fácilmente su rico contenido pastoral, dogmático, moral e histórico.

Por ejemplo, se podría empezar por la epístola a los Gálatas, donde se refleja el encuentro de Pablo con una problemática inicial; continuar por la primera a los Corintos, de tanta importancia doctrinal en los temas más variados. Después, se podría pasar a las epístolas de la cautividad, que presentan ya muy estructurado el misterio de Cristo: Efesios, Filipenses, Colosenses, y la dirigida a Filemón, la cual, centrada en el tema puntual de la esclavitud, es de fácil y grata lectura. A continuación, se podrían leer

las epístolas denominadas pastorales, escritas a colaboradores suyos (las dos a Timoteo y la dirigida a Tito), y, para acabar, la dirigida a los Romanos, la segunda a los Corintios, las dos a los Tesalonicenses y, finalmente, la epístola a los Hebreos.

Se podrían leer seguidas todas las epístolas denominadas católicas (todas tienen una marcada nota pastoral), en el orden en que vengan en la edición de la Biblia de que se disponga: las dos de Pedro, las tres de Juan, la de Santiago (o Jacobo) y la de Judas. Tal vez, por su carácter más primitivo y por la temática que tocan a veces, más relacionada con el Antiguo Testamento, se podrán dejar estas dos últimas para el final. Para acabar se podría leer el Apocalipsis (o Revelación).

El Antiguo Testamento: introducción

Como introducción inmediata al Antiguo Testamento, podría ser útil leer el discurso apologético de san Esteban (Act 7), en el que este diácono hace un resumen de la historia sagrada, o bien Heb 11, donde se pasa revista a muchos personajes del Antiguo Testamento, desde la perspectiva de la fe. También en los discursos catequéticos de Pablo (el de Antioquía de Pisidia, Act 13), o de Pedro (Act 2, 14-41 y Act 3, 12-26, en Jerusalén), se ve cómo el Antiguo Testamento era anuncio y preparación del Nuevo, y encuentra su cumplimiento en éste.

Después, se pueden buscar algunos resúmenes que se hacen de cuando en cuando en el Antiguo Testamento de los acontecimientos anteriores a ese

momento, como, por ejemplo, el de Aquior, el ammonita (Jdt 5, 5-24).

El Génesis

A continuación, se puede empezar por algunos libros históricos fundamentales. El primero, el Génesis, del grupo de los cinco que constituyen el Pentateuco (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio). El primero, en efecto, es el libro que trata de los principios: del mundo, con la narración de la creación de todas las cosas, de la nada, y de las sucesivas etapas en que van apareciendo todos los seres; de la primera pareja humana; de la prehistoria, que prepara el origen del pueblo israelita a partir de Abraham (que podría situarse cronológicamente entre los siglos XVIII y XX antes de Cristo), con las tradiciones familiares judías relativas a los patriarcas (Abraham, Isaac, Jacob y Judá) y sus conexiones con los otros pueblos.

En relación con el Génesis, habría dos posibilidades: empezarlo por la historia de Abraham y los patriarcas (desde Gen 12 en adelante), y después retroceder y leer la creación del mundo y del hombre y todo lo que siguió (Gn 1, 1-11), o bien, leerlo por orden, desde el principio.

El Éxodo

El siguiente libro a leer sería el Éxodo, que enlaza inmediatamente con el Génesis y tiene mucho inte-

rés, tanto por la importancia de los hechos que narra (podemos situarlos provisionalmente en el siglo XV antes de Cristo), como por su valor como signos: la liberación de la esclavitud humana, que prefigura y simboliza la espiritual, con la salida de Egipto del pueblo de Israel, la celebración de la Pascua y el paso del Mar Rojo; la vocación de Moisés, con la revelación del nombre de Yahveh y del núcleo de la Ley, y las noticias de personas, cosas o hechos que llegarán a ser tipos de Cristo, como Melquisedec, el maná, la serpiente de bronce, etc.

En el resto de los libros del Pentateuco, encontramos también, combinados, elementos históricos y legislativos, que recuerdan la Providencia de Dios sobre su pueblo y el origen divino del núcleo de la Ley de Moisés, y la autoridad que merecen todas las normas que van surgiendo progresivamente para regular la vida privada y colectiva de Israel.

En un primer momento se podrían leer extractos del libro de los Números, entre ellos, la actuación profética de Balaam (22-24), y también textos narrativos históricos del Deuteronomio (capítulos 1 al 11) y el final del mismo, con la muerte de Moisés (capítulos 32 al 34).

Algunos saltos por la historia

Después, para no alargar la lectura de los libros históricos hasta tener elementos suficientes para trazar la línea de los hechos, conviene dar algunos saltos.

Se podría leer a Josué (o, al menos, los 11 primeros capítulos), por el hecho de ser la continuación in-

mediata de los libros del Pentateuco, por su valor histórico (la conquista de la Tierra Prometida), por el simbolismo de algunos episodios (como el paso del Jordán y la caída de los muros de Jericó) y por su interés exegético, como el episodio en el que Josué hace detener el sol y la luna (c. 10).

El libro de Josué muestra la continuidad en la historia del pueblo de Israel, al presentar al sucesor, ya preparado por Moisés, que lo introduce en la tierra prometida, la cual, en adelante, ya conquistada, será un símbolo permanente de la Patria celestial, que es el lugar de destino final.

El libro de los Jueces recibe ese título de la función de los caudillos que surgían, cuando era necesario, para aunar los esfuerzos de las diferentes tribus de Israel, que todavía se gobernaban de modo autónomo, cuando tenían que hacer frente a alguna necesidad que las afectaba a todas ellas. Este período constituye una preparación remota hacia la monarquía, paso que protagoniza Samuel, hombre de gobierno y, al mismo tiempo, carismático.

Todavía no es urgente leer dicho libro y se podría pasar directamente a la lectura de la vida del último de los Jueces, Samuel, que se encuentra en el primero de Samuel. En este libro se pueden conocer las circunstancias de la institución de la monarquía, con la unción de Saúl y la de David (figura que, como se ha dicho gráficamente, cabalga sobre el año mil) y los episodios más importantes de la vida de éstos. Se podría completar con algún tema del segundo de Samuel, como el c. 7 (ver también 1 Cr 17), que contiene la promesa del reino a la casa de David.

Después, se podría pasar al primero de los Reyes y leer los primeros capítulos, sobre todo los relativos a la historia de Salomón.

Rut

El libro de Rut (una joya literaria, con la que muchos escritores han disfrutado al traducirla) es una descripción atractiva de algunas de las virtudes rurales y domésticas y un complemento de la genealogía de David.

Es también una apertura hacia los gentiles, al dar a conocer la vida de esta mujer moabita, Rut, que se encuentra entre los antepasados de David, y por consiguiente, también de Cristo (cfr. Mt 1, 5-6).

Poesía y Teología: los 150 salmos

Conociendo mejor a David y Salomón, se podrían leer con mayor interés los 150 salmos. Son muestras de bellísima poesía que expresan muy bien los estados de ánimo de los autores y sus sentimientos: en la angustia, la acción de gracias, la alabanza a Dios, la petición.

Con sus imágenes y unos antropomorfismos, que nunca son groseros ni materialistas, ayudan a formarse una cierta idea de Dios (con sus atributos, que lo presentan todopoderoso y omnisciente, y también padre, lleno de afecto, y misericordioso) y a captar el especial parentesco humano y espiritual que estos dos personajes tienen con Cristo y el valor mesiá-

nico del Salterio en general, y de algunos Salmos en particular.

Elías, Eliseo y más historia

Los Libros de los Reyes describen las consecuencias de la división de los dos reinos: Judea y Samaria, es decir, el Sur, y el Norte, que se presentan como un correctivo a la infidelidad del pueblo y que es causa de la debilidad del país frente a las incursiones e invasiones extranjeras: de los filisteos y egipcios, que vienen del Sur, y de los asirios y caldeos, que se sitúan como procedentes del Norte.

Desde 1 Reyes 17, en adelante, y en 2 Reyes, 1 a 13, se pueden repasar las vidas de Elías y Eliseo, dos notables profetas no escritores: hombres que Dios enviaba para que, con el ejemplo, la palabra o los gestos, llevasen al pueblo a la conversión y a recuperar la esperanza, pero a los cuales no había hecho instrumentos de la inspiración bíblica.

Sería útil realizar también alguna lectura, como mínimo de algunas partes, de los dos libros de Paralipómenos (o de las Crónicas), donde encontraremos un resumen de toda la historia del pueblo elegido, tanto de los hechos antiguos como de los más modernos. Entre ellos podemos destacar la división de los dos reinos, las invasiones de los asirios y los caldeos, la deportación a Babilonia (en el año 587 a. C.) y el Decreto de Ciro, que permite el retorno a Israel (en el año 538 a. C.).

Los dos libros de las Crónicas, vienen a ser como una reiteración, con un estilo diferente, de lo que se

dice en otros libros históricos y proféticos. En una primera lectura, las genealogías detalladas, se podrían examinar sumariamente, o incluso saltárselas. Así, no hace falta leer en este momento los capítulos 1 al 9 del primer libro de los Paralipómenos, y se podría empezar directamente en el capítulo 10.

El Libro de Tobías

Mientras, se podría leer algún libro más anecdótico, como el Libro de Tobías, en el cual se entremezclan tanto elementos históricos como didácticos, con el interés con el que se acude a una novela histórica. La lectura de dicho libro ayuda a comprender el contexto en el que vivieron los judíos en el exilio o bajo la dominación extranjera, explica detalles de su vida familiar y, también de los servicios que prestan los ángeles, en este caso el arcángel Rafael.

De Jeremías a Esdras y Nehemías

Como introducción a los profetas, se podría leer el anuncio de la institución del profetismo y del advenimiento de un profeta singular (Deuteronomio 18). Tendría interés, en un primer momento, la lectura de un profeta como Jeremías. Además del libro de este hombre de Dios, véase como curiosidad, en el segundo libro de los Macabeos, el cap. 2 en el que se relata cómo esconde el Arca y otros objetos de culto. Después, se podría seguir con la historia de la restauración cultural y religiosa en Israel, detallada en los libros de Esdras y Nehemías.

Los profetas sienten normalmente su llamada en circunstancias difíciles de la vida de su pueblo, y lo animan a la fidelidad, a la esperanza, a una observancia de la Ley que no se quede en la letra de la misma, y a no olvidar el espíritu y la interioridad.

Textos sapienciales

La lectura del libro de la Sabiduría de Jesús, hijo de Sirac, ahora denominado Sirácide (o también Eclesiástico) podría ayudar a introducir el tema de la Sabiduría (que es una preparación, no sólo con vistas a una plena revelación del Verbo en el Nuevo Testamento, sino también a la encarnación del Verbo, la Palabra o la Sabiduría, en el inicio de la Plenitud de los tiempos). En él encontramos también resúmenes poéticos de la historia de Israel (cap. 44 al 49).

Otros profetas

A continuación se pueden leer con interés algunos profetas menores —que son llamados así porque tenían una extensión menor que la de los llamados mayores— como anticipación de algunos de los temas del Nuevo Testamento: Amós (por su forma poética y por el hecho de propugnar una piedad más interior), Miqueas (por los detalles sobre el nacimiento del Mesías), Jonás (por la imagen de la resurrección), Sofonías (por las referencias al pueblo humilde y modesto, al resto de Israel, que se pueden

encontrar en las alusiones a los pobres de Yahveh (3, 12-13); y Malaquías, que contempla a lo lejos «la ofrenda pura», el sacrificio perfecto de la era mesiánica (cfr. 1, 1).

No convendría olvidar a Isaías. Se podría empezar por su vocación (c. 6) y seguir con los cc. 7 al 12. Tiene especial interés la segunda parte del libro (libro de la consolación de Israel) y, en ella, los cantos del Siervo de Yahveh: el primero (cc. 42-48), el segundo (49-50, 1-3), el tercero (50, 4-52, 12) y el cuarto (52, 13-15 y 53-55), además de la tercera parte del Libro (cc. 56 al 66).

En algunos de los libros de los profetas, a pesar de que no siempre es fácil su interpretación, aparecen perspectivas que apuntan, en lo inmediato, a los sucesos contemporáneos; en un plazo medio, miran hacia los tiempos mesiánicos; o en la lejanía, al fin de los tiempos, de modo que, a veces, se distinguen los planos y otras, en cambio, parecen superponerse.

Así, hay muchos textos de Isaías que se cumplirán en la época mesiánica, como, por ejemplo, la descripción de los sufrimientos del Siervo de Yahveh.

Los libros de los Macabeos

Del primer libro de los Macabeos (1 M), se podría leer la introducción y los primeros capítulos, donde se alude a Alejandro Magno, rey de Macedonia y a sus sucesores, y a la revuelta de los Macabeos (Matatías, su hijo Judas y sus hermanos, cc. 1 al 9). Encontramos también una descripción de las relaciones

con Roma y Esparta (1 M 12; y 14 y 15), hechos que nos trasladan a los siglos IV al I a. C.

En el segundo libro de los Macabeos (2 M) se encontrarán referencias al episodio final de Jeremías (2 M 2); a la autoridad de diversos libros de la Biblia; y a cómo se realizó la compilación de los 5 volúmenes de Jasón de Cirene, que dio lugar a dicho libro (23). También ofrece la historia de los siete hermanos y su madre (c. 7, donde, concretamente en los vv. 27 y 28, se habla de la creación del mundo, cuando nada existía), y lo que se dice sobre los sacrificios por los difuntos (12, 38-45).

Un salto atrás

Posteriormente, se pueden ir llenando las lagunas que han quedado: lo que todavía no se ha leído del resto de libros históricos (Levítico, Números, Deuteronomio, Jueces; y también de Samuel y Reyes, o el de Paralipómenos o de las Crónicas, etc.).

Los libros de Esdras y Nehemías merecen una lectura atenta. Explican la reconstrucción de la vida colectiva (social, política y religiosa) de Israel hacia mediados del siglo V a. C., después de la repatriación desde Babilonia.

Más sobre los libros sapienciales

En los aspectos culturales, folklóricos y, por supuesto, los teológicos, se puede sacar mucho provecho del libro de los Proverbios, en el cual, como

pieza con una importancia propia, podemos encontrar el retrato de la mujer ideal (c. 31, 10-31). Y también del libro de la Sabiduría, el cual precisamente bajo la óptica de la sabiduría, incluye un resumen de la historia del mundo y de Israel (Sa 10-19) y sirve igualmente para enlazar la cultura judaica con la griega, especialmente en los aspectos filosóficos, como la teodicea o la ética, ya casi al final del Antiguo Testamento, en el contexto de la diáspora de los judíos.

Profetas restantes

Después, se pueden recuperar los libros de los profetas que no se han leído, como el de Baruc, las Lamentaciones de Jeremías. Y algunos de los profetas menores: Oseas, donde, por medio de imágenes del matrimonio y de la infidelidad, se hace un llamamiento a la fidelidad del pueblo; Joel que, aun refiriéndose a acontecimientos próximos, mira también hacia los últimos días, a la efusión del Espíritu (c. 3) y al juicio (c. 4); Abdías, que es el libro más breve de los profetas; Nahum, compuesto de tres bellos poemas dode se canta la cólera de Yahveh que no deja impunes a los culpables; Habacuc, un pasaje del cual (2, 4) es citado repetidamente por san Pablo a propósito de la fe (Rm 1, 17; Ga 3, 11; Heb 10, 38), y donde, a la manera de una teofanía, se canta en él bellamente la majestad, la justicia y la misericordia de Dios (cfr. c. 3); Ageo, el cual, con las referencias a la reconstrucción del Templo y a su gloria, lleva a pensar en la era mesiánica; y Zacarías, que anima a la recons-

trucción del Templo, mira hacia estos tiempos nuevos y presenta expresiones que tendrán resonancias en los evangelios (cfr. 9, 9; 11, 12; 12, 10; 13, 1; 13, 7.

A continuación, le llegaría el turno a Daniel, en el cual, empezando por los primeros capítulos, podemos encontrar una buena descripción de este personaje de cualidades excepcionales. El libro de Daniel proporciona detalles de la vida de los israelitas durante su exilio en Babilonia y de los peligros que esto comporta para su fe. Además, en diversos sugestivos pasajes, en la descripción de algunas visiones cultiva el género apocalíptico, que tendrá su culminación en el libro que cierra la Biblia: el Apocalipsis o Revelación, atribuido al apóstol Juan.

Hay en el libro de Daniel unas visiones que nos hacen pensar en este último y unas referencias al arcángel Miguel (10, 21; 12, 1) que son un precedente de otras que se producirán más adelante (Ap 12, 7-10 y Judas 9). También se menciona al arcángel Gabriel (8, 16; 9, 21) en un preludio de su papel de nuncio del Nuevo Testamento (Lc l, 19; 1, 26-33).

El libro de Ezequiel es una muestra del estilo alegórico, siempre difícil de interpretar, donde a menudo se entremezclan trazos de descripciones reales y significaciones espirituales.

Más textos poéticos

Pueden quedar para el final algunos libros de gran valor poético, como el Cantar de los Cantares. Las figuras de sus protagonistas, sugieren simbólicamente realidades que a veces se hallan ya en el Anti-

guo Testamento (Dios,y la Sinagoga o el pueblo), y otras en el Nuevo (Jesucristo, María, la Iglesia o el alma fiel).

Otro libro es el de Job, un poema bellísimo, que plantea el porqué del sufrimiento del justo, el sentido pleno del cuál habrá que captarlo en el Nuevo Testamento, en la pasión de Dios.

El Qohelet (llamado también Eclesiastés), de un género literario particular, puede dejarse para esta fase, cuando ya se ha adquirido mayor criterio para juzgarlo adecuadamente.

Dos heroínas: Ester y Judit

Los libros de Ester y de Judit, que son más bien independientes de los demás —a pesar de que reflejan el contexto histórico de determinados momentos de la historia de Israel—, pueden dejarse también para el final, y así se tendrán más elementos para dar respuesta a las cuestiones morales que plantean.

Recapitulación

Cuando ya se haya leído todo, podemos finalizar con una nueva lectura de Hechos 7 o de Hebreos 11. Mejor aún si se lee toda esta epístola, ya que para su adecuada interpretación es necesario un cierto conocimiento tanto de Jesucristo como de las raíces vétero-testamentarias de su doctrina. De esta forma, se podrá comprobar que se entienden mucho más.

Está claro que las pistas aquí señaladas tienen un simple valor pedagógico y que el hecho de prescindir, en una primera lectura, de algunos libros o pasajes, o de seguir un orden especial, no implica que se les dé menor importancia, ya que no podemos olvidar que, como se dice en el Decreto Sacrosancta, dictado en la sesión IV del Concilio de Trento, la Iglesia «con igual afecto de piedad y reverencia, recibe y venera todos los libros, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, porque un solo Dios es el autor de uno y otro», y «se deben recibir como sagrados y canónicos los libros íntegros, con todas sus partes, tal como es costumbre leerlos en la Iglesia Católica, y se contienen en la antigua edición vulgata latina» (Denz-Schön 784 (1302)).

Digamos que todos estos libros reflejan la acción de Dios, las Personas de la Santísima Trinidad y de sus relaciones con la criaturas, durante todo el tiempo en que habrá existido el mundo. Son libros que han sido escritos por hombres que han secundado misteriosamente la inspiración de Dios, que es su autor principal, y que, habiéndose empezado a escribir con Moisés, han tenido que adquirir su forma definitiva, bajo la guía de la Providencia, como término último antes de la muerte del último de los Apóstoles (en los inicios del siglo II d. C.).

«Ya que todo lo que los autores inspirados o hagiógrafos afirman, ha de considerarse afirmado por el Espíritu Santo, se sigue de esto que los libros de la Escritura enseñan de manera firme, fielmente y sin error la verdad que Dios quiso que se consignara

para nuestra salvación» (*Dei Verbum* 11). El conocimiento de la Escritura irá parejo con el esfuerzo para captar su sentido, es decir, aquello que los autores querían decir y aquello que Dios quería dar a conocer con sus plabras (cfr. id 12). Y a tal fin, «el intérprete indagará lo que el autor sagrado dice o intenta decir, según su tiempo y su cultura, por medio de los géneros literarios propios de su época» (id 12), recordando siempre que «la Escritura se ha de leer con el mismo Espíritu con que ha sido escrita» (id 12): el Espíritu que es, como el alma del Cuerpo místico de Cristo, el que asiste a la Iglesia en el ejercicio de su Magisterio.

Este esfuerzo de interpretación de los especialistas, las orientaciones que haya podido dar el Magisterio y el uso que los antiguos comentaristas han hecho de los diferentes pasajes en la predicación y edificación de la Iglesia se suelen recoger, de manera más o menos abreviada, en las amplias introducciones a cada uno de los libros y en las notas abundantes que suele haber en las ediciones actuales de la Biblia.

Y como resultado de esta lectura atenta se realizará aquello de san Pablo: «Toda Escritura, inspirada por Dios, es útil para enseñar, para argüir, para corregir, para instruir en la justicia, con objeto de que el hombre de Dios sea perfecto, preparado para toda obra buena» (2 Tm 3, 16-17).

BIBLIOGRAFÍA

Sagrada Biblia. Texto Neovulgata y traducción castellana AT (4 vol.), 1997 a 2002, y NT (12 vol), 1996 a 1989. *Eunsa. Pamplona.*

La Biblia, versión de los textos originales y notas por los monjes de Montserrat. Editorial Casal i Vall. Andorra 1982.

Biblia de Jerusalén, *Desclée de Brouwer, Bilbao 1975.*

La interpretación de la Biblia en la Iglesia, 1994, *Pontificia Comisión Bíblica. PPC, Madrid, 1994.*

Nuevo Testamento (trilingüe, griego, latín, castellano), J. Bover J. O'Callagham), BAC, Madrid.

Nuevo Testamento Griego-latino-catalán. Texto griego y aparat crítico del Novum Testamentum Graece de Nestle-Aland. Texto latino de la Biblia Sancta iuxta Vulgatam versionem Stuttgartiensis. Texto catalán de la Biblia catalana. *Traducción interconfesional. Al cuidado de la Asociación Bíblica de Catalunya, Editorial Claret y Sociedades Bíblicas Unidas. 1995.*

El pueblo judío y sus Sagradas Escrituras en la Biblia Cristiana. *Pontificia Comisión Bíblica. Editorial Claret. Barcelona, 2000.*

Doctrina Pontificia. Documentos Bíblicos. *BAC, Madrid 1955.*

Concilio Vaticano II, Constitución dogmática Dei Verbum.

A. Robert y A. Feuillet. Introducción a la Biblia (2 vol.) *Herder, Barcelona 1995.*

The new Jerome Biblical Commentary. Geoffray Chapmann (first published in Great Britain). 1989.

Daniel-Rops, Histoire Sainte (Le peuple de la Bible*). Librairie Arthème Fayard. Paris, 1942. Versión castellana:* El pueblo de la Biblia *Ediciones Palabra, Madrid 1989.*

Daniel-Rops, Histoire Sainte (Jésus en son temps). Librairie Arthème Fayard. Paris 1944. *Versión castellana*: El pueblo de la Biblia, *Ediciones Palabra, Madrid.*

L. Cl. Fillion, Vida de nuestro Señor Jesucristo, *Ediciones Rialp, Madrid 2002.*

ÍNDICE DE CITAS BÍBLICAS

Abdías
20 ... 136

Actos (o Hechos)
de los Apóstoles
1, 13-15 ... 110
2, 1-2 ... 157
2, 10 ... 189
2, 14-41 ... 237
2, 16-18 ... 110
2, 17-18 ... 32
2, 17-21 ... 155
3, 1-10 ... 197
3, 8 ... 198
3, 12-26 ... 198, 237
3, 22 ... 123, 198
3, 25-26 ... 82
4, 3-22 ... 198
4, 4 ... 198
4, 18 ... 198
4, 19 ... 198
7 ... 237
7, 51-52 ... 167
8, 26-40 ... 194
11 ... 249
8, 30-31 ... 9
9 ... 167
13 ... 237
15 ... 44
15, 15 ... 202
15, 16 ... 202
16, 1-3 ... 200
16, 9 ... 201
16, 13-15 ... 202
16, 14-15 ... 81
16, 25-32 ... 203
17, 3-4 ... 203
17, 12 ... 203
17, 15-34 ... 207
17, 32 ... 208
17, 33-34 ... 208
18, 1 ... 204
18, 24-28 ... 205
19, 18 ... 144
22 ... 167
23 ... 167
26, 28-30 ... 206

Amós
9, 2 ... 127

Apocalipsis (o Revelación)
2, 7 166
5, 9 187
12, 7-10 248
15, 3 74
19, 7 156
19, 16 111
21, 1 156
21, 1-2 64
21, 2 230
21, 4 ..... 131, 166
21, 9 64
21, 9-10 156
21, 10-13 90
21, 14 90
22, 1-2 ..... 68, 232

Baruc
3, 1-38 116

Colosenses, Carta a los
1, 15 ..... 51, 61
1, 16-17 117
1, 19-22 149
1, 20 183
2, 9 62
2, 14 183
3, 1 51

Corintios,
Primera carta a los
2, 4 52
2, 9 228
4, 16 ..... 45, 51
4, 17 200
6, 20 187
9, 1 57
10, 4 ..... 26, 83
11, 26 43
12 45
13, 12 166
13, 13 162
15, 28 21
15, 58 208

Crónicas, Primer libro
de las (o 1 Paralipómenos)
1-9 243
10 243
11, 15-19 105
13 214
15 214
17 240

Crónicas, Segundo libro
de las (o 2 Paralipómenos)
3 214
3, 1 85
3, 10-14 55
4, 6 56
5 214

Daniel
3, 27 60
5, 1 y ss 100
7, 9-10 157
7, 13-14 157
8, 16 248
9, 21 248
10, 21 248
12, 1 248
12, 2 130
12, 3 ..... 130, 230

Deuteronomio
1, 16-18 97
1, 31 214
4 215
5 216
5, 8 51
5, 26 127
6, 4 59

6, 5..... 169, 216
10, 17..... 60
18..... 243
18, 9-22..... 30
18, 15..... 123
19, 21 ..... 46, 148, 162, 175
26, 9..... 124
32, 1-12..... 214
32, 11..... 117
32, 12..... 127
32, 22..... 128
32, 4..... 74
34, 10..... 92

Eclesiastés (o Qohelet)
9, 10..... 127

Eclesiástico (o Sirácide)
4, 1-19..... 116
14, 20..... 116
15, 10..... 116
24..... 154
24, 1-29..... 117
36, 14..... 214
44 y ss..... 217
48, 1-5..... 94

Efesios, Carta a los
1..... 22
2, 14-16..... 149
3, 15..... 152
4, 15..... 52
5, 1..... 52
5, 23..... 230
6, 10-17..... 93

Éxodo
1, 1-7..... 90
2, 15..... 95
2, 16-22..... 95
3, 6..... 92, 126
3, 14..... 25, 78
3, 15..... 78, 86
12, 5..... 185
12, 43-51..... 25
13, 5..... 124
13, 22 ..... 51, 61, 214
14..... 214
16, 4-8..... 99
16, 13-15..... 99
16, 15..... 26
17, 9..... 26
18..... 97
18, 1-12..... 95
18, 4 (Vg)..... 95
18, 13-27..... 96
19, 16 y ss..... 92
20..... 216
20, 1-6..... 216
20, 4..... 51, 55
21, 23-25..... 146
21, 23-27..... 216
22, 11..... 92
23, 4..... 145
23, 24..... 91
24..... 214, 215
26..... 185
33, 11..... 92
33, 20..... 92
37, 7..... 55

Ezequiel
1, 1-28..... 215
25, 20..... 127
27..... 134
27, 6-9..... 134
27, 12..... 134
27, 25..... 134
32, 1-32..... 127
32, 17-31..... 128
34, 12..... 117
38, 1..... 135
43, 1-7..... 215

Filipenses, Carta a los
2, 5-11 ..... 212, 219
2, 6..... 220
2, 7..... 220
2, 7-8 220
2, 9..... 221
2, 10..... 221
2, 11..... 221
2, 19-23 200
4, 15..... 204
4, 22..... 204

Gálatas, Carta a los
2, 20..... 45, 52
3, 11..... 247
3, 15..... 82
3, 16..... 24
3, 17..... 24
4, 4 ..... 19, 51, 61, 64, 156, 234
6, 14..... 189

Génesis
1..... 23, 70
1, 1..... 58, 77
1,1-11 238
1 y 2..... 67, 229
1, 2..... 72, 78
1, 6-7 72
1, 9-10 72
1, 10..... 72
1, 11-12 72
1, 12-25 70
1, 14-31 72
1, 26..... 68, 71
1, 26-30 215
1, 27..... 77
1, 27-31 74
1, 28; 2,24 71
1, 31..... 61, 70
1, 37..... 111
2, 3..... 24
2, 15..... 72
2, 17..... 71
2, 21-5 74
2, 23..... 71, 111
2, 28..... 43
3, 14-19 71
3, 15 ..... 24, 43, 216
3, 17-19 72
4, 15..... 24
4, 24 ..... 146, 162, 175
5, 1- 2 215
6, 3..... 226
9..... 24
9, 1-17 214
10..... 135
10, 30..... 136
10, 31..... 24, 136
12..... 24, 238
12, 3..... 79, 216
12, 13..... 82
17..... 24, 215
18..... 84
18, 1-19 80
18, 18..... 82
22, 1-19 84
22, 2..... 84
22, 6..... 84
22, 7..... 84
22, 8..... 84
22, 12..... 85
22, 17-18 85
22, 18..... 216
24, 15..... 88
24, 15-66 111
24, 27..... 111
25, 1-4 95
25, 8..... 125
26, 4..... 216
27..... 87
28, 10-22 90
28, 13..... 91

28, 13-14 ..... 91, 216
28, 14..... 91
28, 21..... 91
29..... 70, 88
29, 5..... 88
30..... 89
32, 23-33..... 90, 92
32, 27..... 92
32, 31..... 92
35, 29..... 125
37, 35..... 125, 127
49..... 79
49, 8-12 90
49, 9-10 25
49, 9-11 217
49, 10..... 90
49, 29..... 125
49, 33..... 125

Hebreos, Carta a los
1, 1..... 14, 147
1, 1-2 39
1, 1-4 222
1, 2..... 222
1, 3..... 223
4, 1-13 125
5, 5..... 139
5, 6..... 139
7, 4-10 86
7, 17..... 83
9, 12..... 185
10, 11-13 185
10, 38..... 247
11..... 249
12, 2..... 57
12, 4..... 184

Isaías
En general
1, 16..... 141
1, 16-18 141
1, 18..... 141
6, 1-4 78
6, 3..... 230
7, 14..... 217
11, 2-3 162
14, 9..... 127
14, 9-11 127
14, 11..... 127
14, 15..... 127
23, 1..... 133
23, 1-17 134
23, 6-7 133
23, 10..... 134
23, 14..... 134
25, 8..... 131
38, 17..... 149
38, 18..... 127
43, 5-7 214
49, 14-15 .... 48, 63, 149, 154, 214
53, 7 y ss 195
60, 1-21 134
62, 22-24 128
66, 13 ..... 48, 63, 157, 214
66, 18-21 ..... 121, 135

Jacobo o Santiago, carta de
5, 16..... 144

Jeremías
7, 4..... 79, 230
10, 8-9 137
20, 11..... 117
31, 34..... 149
42, 5..... 60

Job
19, 26..... 128
28..... 116
38, 31-32 73
40, 15-19 73
40, 25..... 73

Joel
3, 1-5 32
2, 28-32 ..... 110, 155

Jonás
1, 2..... 132
3..... 121
1, 3..... 132

Josué
3 y 4..... 214

Juan, Evangelio según san
1..... 22
1, 1..... 117
1, 1-2 225
1, 1-3 68
1, 1-18 226
1, 2..... 68, 132
1, 3..... 224
1, 4..... 225
1, 5..... 225
1, 6-8 225
1, 7..... 225
1, 9..... 225
1, 10..... 226
1, 12..... 225
1, 14 ..... 50, 63, 111, 182, 226
1, 14 y 15..... 225
1, 15..... 225, 226
1, 16 y 17..... 225
1, 18..... 51
1, 29..... 123
1, 32-34 226
1, 51..... 91, 216
2, 1-11 102
2, 11..... 227
3, 3-6 226
3, 6..... 226
3, 13..... 186
3, 14..... 26, 83
4, 24..... 60
5, 17..... 78, 185
6, 14..... 122
6, 31..... 83
6, 49-50 26
6, 64..... 44
7, 2..... 226
7, 10..... 167
8, 1-11 145
8, 54..... 227
11, 1-46 80
12, 13..... 111
12, 21..... 57
12, 28..... 227
12, 32..... 186
13, 32..... 227
13, 34..... 175
14, 6..... 60
15, 12..... 40
15, 13..... 182
15, 18..... 226
19..... 187
19, 5..... 63
20..... 62
20, 3-10 53
20, 14-18 109
20, 19-29 226
20, 22-23 144
20, 28..... 62

Juan, Primera carta de san
1-4 57
1, 9..... 144
3, 1-2 166
4, 10..... 182
4, 11..... 183

Judas, Carta de san
9..... 248

Judit
5, 5-24 238
16, 17..... 128

Jueces
4, 4-23 y 5 111
5, 3..... 111
7, 1-4 100
7, 1-23 100
7, 4-7 101
7, 16-22 101
7, 24-25 102

Levítico
4 y 5..... 143
5, 5..... 141
11, 44..... 61, 149
12..... 143
14..... 143
15..... 143
19, 18 ..... 169, 173, 216

Lucas, Evangelio según san
1, 5-25 ..... 66, 171
1, 6..... 164
1, 11..... 66
1, 15..... 66, 164
1, 16..... 66
1, 17..... 66
1, 19..... 248
1, 26-33 248
1, 26-37 164
1, 26-38 ..... 38, 40, 65, 231
1, 28..... 111
1, 36-39 182
1, 39-45 ..... 66, 171
1, 41..... 66
1, 43..... 66
1, 45..... 67
2..... 38
2, 14..... 227
2, 15-19.20 56
2, 19..... 16
2, 22-38 85
2, 25..... 164
2, 34..... 208
2, 37..... 164
3, 21-22 67
3, 22..... 217
4, 27..... 106
5, 11..... 168
6, 20-49 160
6, 36..... 149
10, 16..... 44
10, 21-22 ..... 68, 232
10, 25-29 169
10, 27..... 70
10, 30-37 170
10, 38-42 180
11, 21-22 ..... 68, 92
11, 31..... 195
11, 37-54 167
13, 21..... 117
13, 31-33 167
15, 9..... 118
15, 11-32 175
15, 23..... 230
16, 19-31 ..... 100, 129, 229
16,22-23 129
16,24..... 129
16,27-28 229
18, 9-14 ..... 150, 177
18, 11, 12..... 178
18, 13..... 178
18, 25..... 165
18, 27..... 165
22, 42..... 85
23..... 187
23, 34..... 147, 149
23, 43..... 182
24, 34..... 90

Macabeos, Primer libro de los
8, 1-4 137
12..... 246
14 y 15..... 246

Macabeos, Segundo libro de los
2..... 243, 246
8, 28..... 77
12, 38-45 ..... 128, 246
12, 38-46 129
12, 43..... 129
12, 44..... 129
12, 45..... 129
23..... 246

Malaquías
3, 6..... 60
3, 23-24 30

Marcos, Evangelio según san
1,5..... 144
8, 28..... 30, 77
10, 18..... 61
10, 11..... 167
14, 22-24 215
15..... 187
15,21..... 189
15,40..... 109
16,9-11 109

Mateo, Evangelio según san
1,5-6 241
1, 19..... 164
2..... 39
3, 6..... 144
3, 13-17 226
3, 16..... 231
5, 1-12 160
5, 13-14 168
5, 16..... 169
5, 17..... 40, 185
5, 17-18 161
5, 21..... 161
5, 25-26 130
5, 38-42 175
5, 38-48 216
5, 43-44 ..... 146, 173
5, 45..... 173
5, 48..... 61
6, 9-15 162
6, 10..... 166
6, 12 ..... 145, 149, 166
7, 12..... 175
8, 11..... 121, 121
11, 11..... 124
11, 12..... 166
11, 29..... 150
13, 41..... 130
13, 43..... 130, 166
14, 3-11 100
16, 14..... 30
17, 1-13 226
17, 3..... 30
17, 11..... 30
18, 18..... 144
18, 21-22 146
18, 21-35 ..... 148, 166
18, 22..... 161
18, 26,28..... 166
19, 1-12 161
19, 8..... 161
19, 17..... 61
19, 29..... 166
21, 5..... 111
22, 32 ..... 80, 86, 126
23, 1-12 ..... 150, 167
23, 13-36 167
23,37..... 117

24, 34..... 42
24, 36..... 44
24, 41..... 43
25, 3..... 163
25, 31-45 ..... 45, 163
25, 31-46 ..... 81, 129
25, 34..... 130
25, 35..... 130
25, 40..... 130
25, 41..... 130
25, 45..... 163
25, 46..... 130, 163
26, 26-28 185
26, 36-46 221
27..... 187
27,45-50 221
28, 8-10 109
28, 16-20 65
28, 18-20 231
28, 19..... 40
28, 20..... 44

Miqueas
7, 19..... 149

Números
5, 7..... 141
9, 15..... 51
11, 1-4 98
11, 5..... 98
11, 31..... 99
12, 7-8 92
14, 5-10 99
16, 3..... 98
16, 31-33 126
16, 33..... 127
20, 1-13 98
20, 11..... 99
21, 4..... 99
21, 8..... 26
21, 9..... 186
24, 17..... 217

Oseas
14, 3..... 141

Pedro, Primera carta de san
2, 20..... 184
2, 21..... 184
2, 23..... 184
4, 8..... 144
4, 9..... 81

Pedro, Segunda carta de san
2, 13..... 166

Proverbios
1, 20-23 116
3, 16-19 116
8..... 154
8, 22..... 115
8, 22-31 ..... 115, 116
8, 23..... 115
8, 24..... 115
8, 25..... 116
8, 26..... 116
8, 27..... 116
8, 28..... 116
8, 29..... 116
8, 30..... 116
8, 31..... 50, 116
10, 17..... 144
12, 4..... 113
25, 16..... 100
25, 21-22 146
28, 13..... 141
30, 7-9 100
31, 10-31 . 111, 112, 118, 159, 247
31, 11..... 112
31, 15 y 21..... 112
31, 13 y 24..... 114

31, 15..... 112, 113
31, 16..... 112
31, 18 y 19..... 114
31, 19 y 24..... 112
31, 20..... 112, 114
31, 21,22..... 113
31, 22..... 114
31, 23 ..... 112, 114, 115
31, 24..... 112, 114
31, 25..... 115
31, 27..... 113
31, 28..... 113
31, 29..... 113
31, 29-30 112
31, 30..... 115
31, 31..... 115

Reyes,
Primer libro de los
2, 2..... 125
2, 10..... 125
8, 27..... 91
10, 1..... 195
10, 21-23 133
17..... 242
18, 36..... 78
19, 11..... 92

Reyes,
Segundo libro de los
1 a 13..... 242
2, 11-14 30
5, 1-15 106

Romanos, Carta a los
1, 3..... 218, 219
1, 4..... 219
1, 17..... 47
5, 10..... 182
9, 1-5 ..... 212, 224
9, 4..... 213, 216
9, 5 ..... 212, 217, 224
11..... 212
11, 3..... 213
11, 3-4 213
11, 4..... 213
11, 5..... 212
11, 25-26 44
15, 24..... 137
16, 13..... 189

Sabiduría
2, 13-18 214
3-5 128
3, 4..... 128
5, 1..... 125
5, 4..... 125
8, 7..... 162
16, 13..... 127
18, 15..... 155

Salmos
1, 1-6 140
2, 7..... 139, 214
3, 4..... 48
3, 8..... 48
5, 9..... 61
6, 6..... 127
7, 10..... 49
8, 6..... 58
8, 29..... 73
16, 8..... 49
16 (15), 1-11..... 127
17 (16), 8..... 49
18 (17), 9..... 48
19 (18), 2..... 73
19 (18), 6-7..... 49
19 (18), 10..... 60
23 (22), 1 y ss..... 48
25 (24), 7..... 149
25 (24), 14..... 149
27 (26), 8..... 56

29 (28), 1 214
31 (30), 6 60
32 (31), 1-2 ..... 141, 149
32 (31), 5 48
37 (36), 11 166
47 (46), 2 73
48 (47), 7-8 133
48 (47), 11 61
49 (48), 16 127
51 (50) 29, 141
51 (50), 1-21 48
51 (50), 4-5 148
58 (57), 7 49
59 (58), 10 49
67 (66), 2 56
71 (70), 6 76
71 (70), 9 76
72 (71), 10 134
79 (78), 8 149
86 (85), 12-13 126
86 (85), 15 149
88 (87), 6. 12-13 127
89 (88), 7 214
89 (88), 15 48
89 (88), 49 ..... 126, 127
94 (93), 9 59
95 (94) 124
97 (96), 7 55
97 (96), 37 60
98 (97), 8 73
98 (97), 9 61
102 (101), 13 60
102 (101), 27 y 28 60
103 (102), 8 48
103 (102), 12 148
103 (102), 13 ..... 49, 157, 214
104 (103), 1 y ss 48, 61, 72
110 (109), 4 139
113 (112), 4 215
115 (113b), 4-7 49
115 (113), 17 127
117 (116), 2 60
118 (117), 1 61
131 (130)1-2 48
139 (138), 7 60
139 (138), 12 49
139 (138), 13-14 76
145 (144), 8 1459
146 (145), 9 48

Samuel, Primer libro de
1 y 2 28
2 28
2, 6 127
3 28
8 28
24, 1-8 105
24, 9-12 105
26, 1 y ss 103
28 125
28, 19 127

Samuel, Segundo libro de
3, 36 106
6 84
7, 1-3 84
7, 8-17 217
7, 12-13 143
7, 14 25
11 y 12 29
11, 1-27 142
11, 3 142
11, 4 142
11, 5 142
11, 9 142
11, 12 142
11, 13 142
11, 15 147
11, 16 147
11, 19 142
22, 9 48

Sofonías
3 164

Timoteo, Primera carta a
2, 5..... 186

Timoteo, Segunda carta a
1, 5..... 200
3, 12..... 209
3, 16..... 15, 251
4, 5..... 201
4, 9-18..... 201

Tito, Carta a
2, 11-14..... 223
2, 13..... 223
2, 14..... 187

Tobías
4, 15..... 175

Zacarías
9, 9..... 248
11, 12..... 248
12, 10..... 248
13, 1..... 248
13, 7..... 248

Este libro, publicado por
Ediciones Rialp, S. A.,
Alcalá, 290, 28027 Madrid,
se terminó de imprimir
en Gráficas Anzos, S. A.,
Fuenlabrada (Madrid),
el día 1 de febrero de 2008.

El autor trata, con un estilo asequible, sobre distintos aspectos de la Sagrada Escritura que animan a leerla, y ofrece orientaciones para que esa lectura de la Biblia resulte más cercana y fructífera.

FERRAN BLASI BIRBE, nacido en Barcelona, es licenciado en Derecho por la Universidad de la Ciudad Condal, y Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Lateranense. Tiene también los grados de Periodismo y Magisterio. Recibió la ordenación sacerdotal en 1959. Fue Profesor en la Universidad de Navarra. Ha cultivado siempre las materias relacionadas con la Sagrada Escritura, muy presentes en sus publicaciones. Ha traducido al catalán varios libros de san Josemaría Escrivá y de Juan Pablo II, y colaborado en la edición de enciclopedias y libros de teología e historia.

ISBN 978-84-321-3667-2